

DOMINGO CABRERA CRUZ

TEATRO

I

LA MUJER DORMIDA
EL AMOR EN MARCHA
EL ABISMO

J. REGULO, EDITOR

1960

**BIBLIOTECA
SAULO TORON**

Para Saulo Torón,
gran poeta y gran persona.

Con la más cordial
admiración.

J. Alvarez

TEATRO

I

Tenerife
Maio
1963.

DOMINGO CABRERA CRUZ



TEATRO

I

LA MUJER DORMIDA
EL AMOR EN MARCHA
EL ABISMO

ST Canarias

J. RÉGULO — EDITOR — LA LAGUNA

1960

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento <u>206966</u>
N.º Copia <u>485124</u>

DEPÓSITO LEGAL: TF 70 1960

IMPRESA GUTENBERG — LA LAGUNA DE TENERIFE

Nota del Editor

La vida cultural de la región canaria, que en los últimos treinta años se ha ido incorporando a buen ritmo a las corrientes generales de la investigación, de la creación literaria y de la docencia, últimamente respaldadas con el magisterio de su Universidad, venía exigiendo que se divulgara en forma asequible la mejor parte de las actividades de este orden en su aspecto literario.

A ello aspira la serie «Autores Canarios Contemporáneos» que con este volumen iniciamos. Y nos ha parecido oportuno comenzar con la obra teatral de don DOMINGO CABRERA CRUZ, por ser figura representativa de la primera mitad del presente siglo, y porque el teatro es uno de los géneros más genuinamente populares.

Seguros estamos que la recia personalidad literaria y humana de don DOMINGO CABRERA, canaria y universal al mismo tiempo, es el pórtico adecuado a la serie que inauguramos con sus tres tomos de teatro.

J. R. P.



LA MUJER DORMIDA

COMEDIA DRAMÁTICA EN TRES ACTOS

PERSONAJES

MERCEDES VARGAS DE ALMEIDA
ELENA ALMEIDA
MAD. DE MONTCLAIR
LA MARQUESA DE FORMOSA
COCOLÍN
NITA
FERNANDA
IGNACIA
LORENZO ALMEIDA
JOAQUÍN
VILLAMIL
ALBERTO
LUCIANO
PACO
MR. LEGRAND
UN CRIADO

Nora Samsó
Amparo Soler
Milagros Leal
Juana Cáceres
Gracita Morales
Rosina Montalvo
Adelín Gascó
Gloria Gil
Ernesto Vilches
José Bernal
Francisco Alonso
Vicente Haro
Alfredo Cruz
Enrique Rincón
José Martínez

ACTO PRIMERO

En casa de Lorenzo Almeida.—Gabinete contiguo al salón de fiestas. Es un lugar propio para fumar, charlar... Muebles elegantes, sedas, algunas figurillas artísticas y de valor. En todos los detalles el más exquisito refinamiento.—Se oye la música amortiguada por los cortinajes.

ESCENA I

ELENA y JOAQUÍN

(En una de las puertas de entrada al salón, medio ocultos por las cortinas, hablan sigilosa y confidencialmente)

JOAQUÍN

El movimiento es revolucionario y más serio de lo que cree el Gobierno.

ELENA

¿Qué persiguen?

JOAQUÍN

Buscan una víctima sobre quien echar todas las culpas del régimen.

ELENA

¿Mi padre?

JOAQUÍN

Sí.

ELENA

Y usted, Joaquín, ¿qué piensa?

JOAQUÍN

Que debe huir. Convénzale usted, peligra su vida.

ELENA

¿Es posible?

JOAQUÍN

Hay que temerlo todo.

ELENA

¿Cómo salvarlo?

JOAQUÍN

Ha de ganar la frontera esta misma noche. Yo buscaré los medios para hacerlo.

ELENA

(Tendiéndole las manos)

¡Gracias, gracias, Joaquín!

(JOAQUÍN sale y ELENA entra en el salón)

ESCENA II

LA MARQUESA DE FORMOSA, IGNACIA y FERNANDA

FERNANDA

¿Te has fijado? Son las perlas que estaban en el escaparate de Ansorena.

LA MARQUESA

¡Una fortuna!

IGNACIA

Pretende deslumbrar a todo trance.

FERNANDA

Esta noche está elegantísima.

LA MARQUESA

Llamativa, como siempre.

IGNACIA

El prurito de ser original.

FERNANDA

No olviden ustedes que, al fin y al cabo, es una improvisada.

LA MARQUESA

Mercedes tiene una gran distinción personal. Eso no hemos de negárselo.

IGNACIA

El collar ha sido para ella cuestión de amor propio.

LA MARQUESA

El hecho de que la Irueta, con todos sus millones, lo encontrase caro, avivó en ella el deseo de comprarlo.

ESCENA III

(Dichas y LUCIANO)

LUCIANO

Las tres tan animadas. Ni que decir tiene. ¡Murmuráis de alguna amiga!

FERNANDA

Comentamos solamente.

LUCIANO

¿Los sucesos políticos?

IGNACIA

Por derivación.

LUCIANO

¿En la persona?

IGNACIA

De la presidenta. Está guapísima esta noche.

LUCIANO

Y el marido como siempre... tan *tolerante*, tan *comprensivo*... Se dice así, ¿verdad?

LA MARQUESA

Es usted peor intencionado que nosotras.

LUCIANO

La ceguera de ese hombre, lo confieso, me irrita. Va derecho a un precipicio; y no es eso lo malo, sino que nos arrastra a todos.

LA MARQUESA

¿Hay novedades?

LUCIANO

¡Sabe Dios cómo terminará este baile!

IGNACIA
(Con ironía)

¿Temes por tu acta? ¡Una carrera tan brillante que se trunca si cae Lorenzo Almeida!

FERNANDA

¡Pobre Luciano!

LA MARQUESA

Sin broma. Cuéntenos. Usted está enterado. ¿Toma cuerpo el movimiento militar?

LUCIANO

Nadie sabe nada, marquesa, pero todos esperan algo.

IGNACIA

Pero, ¿qué se dice? No te hagas con nosotras el interesante. Somos reservadas.

LUCIANO

Aseguran que se ha destituido a un alto personaje militar...

FERNANDA

¿Quién, quién?

LUCIANO

Mejor dicho, que se intentó destituirlo; pero la guarnición lo impidió y el Gobierno es impotente para imponerse.

IGNACIA

Y tú, ¿crees que va a pasar algo?

LA MARQUESA

Se habla de grandes inmoralidades, de negocios fabulosos al amparo del poder.

LUCIANO

Tengan ustedes en cuenta que Lorenzo Almeida ha llegado a la presidencia y a la jefatura de su partido en plena juventud, que se lo debe todo a su gran talento y en nuestro país no se tolera ese alarde de superioridad. Se le combate, no por inmoral, sino por inteligente.

IGNACIA

Todo eso está bien; pero convengamos, sin embargo, que Lorenzo no tiene fortuna para vivir con el boato con que vive.

FERNANDA

¡Y que el lujo de Mercedes no tiene límite!

LUCIANO

Es su debilidad. La idiota de su mujer lo precipita. Ésa es la historia.

LA MARQUESA

Ella lo tiene sugestionado.

IGNACIA

Lo domina.

ESCENA IV

(*Dichos y ELENA*)

ELENA

¿Ha visto usted a mi padre, Luciano?

LUCIANO

En este momento conferencia con el ministro de la Guerra.

ELENA

Gracias.

LUCIANO

No tardará en venir.

FERNANDA

¿Te preocupa algo, Elena?

ELENA

Nada. El salón está muy animado. ¿Vienen ustedes?

LA MARQUESA

Sí, vamos.

ESCENA V

(LUCIANO y ALBERTO)

ALBERTO

¿Ha llegado Lorenzo?

LUCIANO

No.

ALBERTO

¿Tenemos crisis?

LUCIANO

No lo creo. Ahora más que nunca precisa un alarde de energía.

ALBERTO

Es tarde ya. La opinión está en contra suya. Su vida privada es el comentario del día. La mujer lo hunde. ¿Has visto la imprudencia de lucir esta noche el collar de Anzorena?

LUCIANO

¡Doscientas mil pesetas en perlas!

ALBERTO

Que todos se preguntan de dónde salen.

LUCIANO

Debiéramos advertirle.

ALBERTO

Es una cuestión muy delicada. Yo no me atrevo.

(LUCIANO y ALBERTO se dirigen al salón. Al entrar se tropiezan con COCOLÍN y NITA. Cruzan unas palabras)

LUCIANO

Adiós, monísimas.

COCOLÍN

Hola, diputados.

NITA

Dicen que se nubla el sol de vuestro partido.

COCOLÍN

¡Qué pena! Ya no oiremos en el Parlamento vuestros sí y vuestros no tan elocuentes.

ALBERTO

¿Bailaremos luego?

NITA

Sobre un volcán, insigne parlamentario.

ESCENA VI

COCOLÍN y NITA

(Dos chicas muy del día, estilizadas. Extremadamente elegantes. Tienen, dentro de sus tipos llamativos, la distinción propia del medio social a que pertenecen.—Toda la escena con mucha ligereza y desenfado.—Como estos modos, modales y modismos envejecen rápidamente, queda encomendado al talento de las artistas actualizarlos con gestos y expresiones que no desentonen en el ambiente en que se desarrolla la obra)

COCOLÍN

Busquemos un cigarrillo. Estoy rabiando por fumar.

NITA

Está espléndido el salón.

COCOLÍN

Ya di con ellos. Son rubios.

NITA

¡Venga uno!

COCOLÍN

¡Qué porquería!

NITA

¡Son tan suaves!

COCOLÍN

¿Qué se trama? ¿No notas un ir y venir y una
cierta inquietud en los amigos de Lorenzo?

NITA

Elena está nerviosísima.

COCOLÍN

Algo pasa, indudablemente.

NITA

Se habla de un golpe de estado.

COCOLÍN

De todos los políticos de hoy, el que me inspira más simpatías es Almeida.

NITA

Un hombre orientado a la moderna, que gobierna sin retrasar el reloj.

COCOLÍN

Y hace compatible sus ideas avanzadas con un cierto tono aristocrático.

NITA

Como que es un gran señor.

COCOLÍN

Pero levanta tempestades de odio.

NITA

Los de abajo no tienen confianza en él y los de arriba lo miran con recelo.

COCOLÍN

Le falta base parlamentaria, como diría Alberto.

NITA

Es mucho hombre y los mediocres no lo toleran. En nuestro país se soporta todo menos la inteligencia.

COCOLÍN

Pero los rumores son de otra índole.

NITA

Sí, se habla de malversaciones de caudales y de infidelidades...

COCOLÍN

En fin, que Lorenzo tiene crisis en el Gobierno y en su casa.

NITA

Le llevan la cuenta de sus fiestas y la de los trajes de su mujer.

COCOLÍN

Y como buenos fariseos se escandalizan de tanto gasto, pero no pierden ninguna de sus invitaciones.

NITA

Comen, beben y murmuran.

COCOLÍN

Tenemos una ética social encantadora y confortadora. ¡Criticamos, pero comemos!

NITA

Es la envidia. Lorenzo es un verdadero estadista.

COCOLÍN

Cierto. Y sabe vivir.

NITA

Por eso le muerden.

COCOLÍN

Y a Mercedes, no digamos...

NITA

¡Qué país éste, donde a una mujer elegante no se le permite ninguna audacia!

COCOLÍN

Y donde la política gira alrededor de unas faldas.

NITA

O de unas perlas o de unos chismes de sociedad.

COCOLÍN

¡Qué idiotas son los hombres! Mira que mezclar en sus negocios y en sus políticas las miradas, más o menos tiernas, de sus mujeres.

NITA

Se hacen la ilusión de un exclusivismo africano.

COCOLÍN

Hay que irlos educando.

NITA

Los de nuestra generación están ya educados. No nos toman muy en serio.

COCOLÍN

Con eso de la camaradería no hay quien pesque uno.

NITA

Para la falta que nos hacen... ¿Qué crees tú de Villamil y Mercedes?

COCOLÍN

Qué se hacen la ilusión de una infidelidad. Ella es hoy la mujer de moda y Villamil el más ilustre de nuestros tontos.

NITA

Entonces, ¿tú crees que Mercedes juega con él?

COCOLÍN

Y con todos. Mercedes es una mujer moderna, a la europea; un poco de escándalo y nada más... Se da, pero no se entrega.

NITA

Ahí tienes a Paco Navas, el casto.

COCOLÍN

Ése está más loco que una cafetera. Vamos a reirnos un rato.

ESCENA VII

(*Dichas y PACO NAVAS*)

PACO

¡Qué encuentro tan agradable!

NITA

(*Ofreciéndole un cigarrillo*)

Hola, Paquín. Toma.

PACO

Gracias, no fumo, Nita.

COCOLÍN

(*Encendiendo otro pitillo con gran descoco*)

Haces bien; el cigarrillo es un feo vicio en el hombre... ensucia los dedos... da mal olor...

PACO

Bueno, bueno. ¿No bailan ustedes?

COCOLÍN

Ahora descansamos. A ti ya te vimos tan estusiamado con Beatricita.

NITA

Seguramente que te creerías ser el propio Dante transportado por ella al Paraíso.

PACO

Beatriz es una chica encantadora y la considero capaz de hacer ese milagro.

COCOLÍN

Pues cuéntaselo al novio. Ayer, precisamente, me decía que si ella no se modificaba, de casados sólo se verían los días de mucha lluvia.

PACO

Y si tanto le aburre, ¿por qué no termina esas relaciones?

COCOLÍN

¡Mira éste! ¿No ves que está para heredar al tío? Te advierto que también me dijo eso.

PACO

¡Qué cínico! Haría muy bien esa chica en despedirlo.

COCOLÍN

Entonces... ya habrías encontrado tu Beatriz y tendrías a quién recitarle tus versos.

PACO

No te burles, Cocolín. Esa Beatriz a quien aludes es un ideal demasiado alto.

NITA

Pero en serio, Paquín, ¿es posible que tú creas en esa pureza angelical de la Beatriz?

COCOLÍN

No seas pez, hombre. Beatriz era un *hacha* para el *flirt*, se divertía con todos y coqueteaba con el cursi de Dante.

NITA

Prueba de ello es que se casó con otro y tuvo ¡qué sé yo cuántos chiquillos!

COCOLÍN

El marido no era poeta.

PACO

Callen, callen. ¡Cuántos disparates!

NITA

Pues para mí la mujer ideal de la Historia es Salomé. Eso sí era *candela*. Con sus bailes *descacharrantes* traía de coronillas a... a... Oye, Cocolín, ¿cómo se llamaba ese tío que estaba *cabra* por Salomé?

PACO

Nada, nada, que eres un verdadero bolchevique y todo un hombre.

COCOLÍN

¡Eh, tú, no ofendas! Lo de bolchevique pase; pero lo de todo un hombre, no te lo consiento. Nada de comparaciones ridículas.

NITA

(Con arrogancia)

¡Soy todo una mujer!

PACO

Para ser un chico sólo te falta el frac.

NITA

(Con malicia)

¡Que te crees tú eso!

COCOLÍN

Cuando te cases, Paquín, verás las ventajas del matrimonio moderno. La vida del hombre, más libre;

la de la mujer, más libre también, y convéncete que ésta es la verdadera felicidad.

NITA

¡Cañón!

PACO

¿Cómo?

NITA

Cañón, hombre.

COCOLÍN

Chico, eres contemporáneo de Felipe II. Para hablar contigo precisa hacerlo en la clásica lengua de Cervantes. Cañón quiere decir: indudable, incontrovertible, que no tiene réplica. Ya ves que sé también las palabritas que a ti te gustan.

PACO

Enterado, pero mi matrimonio no será modernista.

COCOLÍN

¡Que *démodé* estás, hijo!

PACO

Yo creo que las chicas de ahora están locas.

NITA

¿Locas? Ahora es cuando cometemos menos locuras, porque les conocemos mejor.

COCOLÍN

Y porque se acabó el romanticismo, ese disfraz con que los hombres cubrían sus apetitos para hacer víctimas a las pobres mujeres, que ponían los ojos en blanco al oírles recitar poesías de Bécquer.

NITA

Y cuando llegaban a las de Campoamor ya tenían las manos frías y... perdido el conocimiento.

COCOLÍN

Ahora no nos desvanecemos tan poéticamente.

NITA

Y no dejamos por eso de amar a nuestros novios.

COCOLÍN

Los amamos un rato largo.

PACO

Ahora sois chicas tipo americano. Por standard y a comisión.

NITA

¿Te conviene alguna de nosotras, con descuento especial para ti?

COCOLÍN

El matrimonio ideal es Mercedes y Lorenzo Almeida. Saben vivir y gozar. Cada uno hace lo que quiere.

NITA

Mercedes está guapísima.

COCOLÍN

Aunque la encuentro algo afeminada.

PACO

¡El matrimonio ideal! Ella tan alegre y ¡quién sabe si en este momento estará Lorenzo en la última escena de una gran tragedia!

COCOLÍN

¿Qué dices?

PACO

Nada, que dentro de muy poco para Lorenzo será... pero callen, ahí vienen Mercedes y Villamil.

NITA

Vamos nosotras adentro. Si no tienes compromiso, Paquín, me perteneces para este baile.

(Salen)

ESCENA VIII

MERCEDES y VILLAMIL

VILLAMIL

De hoy no pasamos, Mercedes. Este juego romántico es infantil. Me quema la impaciencia de mi deseo.

MERCEDES

Has dicho la palabra. ¡Tu deseo! Y por un deseo pretendes que sacrifique yo todo. No. ¡Eso se hace por un amor! Tú no lo sientes por mí.

VILLAMIL

No digas eso, Mercedes.

MERCEDES

¡Una hora, un instante y después... nada! Contén esa vehemencia, créeme. Un ligero coqueteo es lo que cuadra entre nosotros.

VILLAMIL

Eres incomprendible. Avivas la llama de esta pasión y quieres que me conforme con esa desesperante frivolidad tuya. ¡No, no! ¡Te quiero con todos mis sentidos y has de ser mía!

MERCEDES

Así me gustas. ¡Impulsivo, apasionado...!

VILLAMIL

No te burles.

MERCEDES

Dime seriamente, sin arranques dramáticos: ¿me quieres de veras?

VILLAMIL

¿Y me lo preguntas?

MERCEDES

¿Por toda una vida?

VILLAMIL

Te quiero como no quise nunca.

MERCEDES

¿De no estar casada, unirías tu vida a la mía para siempre?

VILLAMIL
(*Vacilante*)

¿Lo dudas?

MERCEDES

Pones tan poco entusiasmo en convencerme. ¡Y me agradaría tener fé en este amor tuyo, saber que no era para ti un capricho donjuanesco, sino algo serio!

VILLAMIL

Lo eres todo.

MERCEDES

¡Ser un gran amor que justificara una gran locura!

VILLAMIL

La de venir a mi casa. ¿Vendrás, por fin? ¿Mañana? Mira que te espero hace veinte días. ¿Vendrás, Mercedes?

MERCEDES

¡Quién sabe!

VILLAMIL

Dime que sí.

MERCEDES
(*Disimulando*)

Ten cuidado que se acerca Elena.

Sí, es una chica muy mona, la que le conviene a usted. Una gran herencia, además...

ESCENA IX

(Dichos y ELENA)

MERCEDES

¿A quién buscas, Elena?

ELENA

¿Ha llegado mi padre?

MERCEDES

No. ¿Pasa algo?

ELENA

(Con marcada intención)

Nada que pueda interesarte. No te preocupes.

MERCEDES

Empleas un tono... Estás nerviosa...

VILLAMIL

Les dejo. Tendrán ustedes que hablar.

MERCEDES

Nada por mi parte. Genialidades de Elena.

ELENA

Quédese usted. Si llega mi padre te ruego que me lo hagas saber. Me interesa hablarle en seguida.

ESCENA X

MERCEDES y VILLAMIL

VILLAMIL

Qué tono tan particular el de Elena. No puede disimular la antipatía que te profesa.

MERCEDES

Y me duele, lo puedes creer. Esa antipatía de Elena me hace un gran daño, porque comprendo que es justa y porque yo, en cambio, no sé si la quiero o la odio. Hay en ella algo que me atrae. Quisiera que mi vida fuese como la suya. Su entereza y su rectitud me imponen y, ¿por qué no decirlo?, me empequeñecen. Si yo pudiera rehacer mi vida, me gustaría ser como ella.

VILLAMIL

Oyéndote, no me explico su desvío.

MERCEDES

Pero siento, además, que me inspira algo extraño, algo malo. Esa admiración, ese cariño tan extremado que tiene a su padre, me irritan. No puedo evitarlo.

VILLAMIL

Estás celosa.

MERCEDES

Acaso. Ella ha sabido ser su hija, yo no he aprendido todavía a ser su compañera. ¡Qué sé yo! Es un hombre que está para mí demasiado alto o demasiado lejos. Lo cierto es que no puedo llegar hasta él. Bueno, pero, ¡qué te importa a ti todo esto! Hablemos de otra cosa. Cuéntame algo. Estás como un tonto. No me dices nada. ¿Cómo me encuentras esta noche?

VILLAMIL

Bella como una tentación.

MERCEDES

No hagas frases. ¿Qué dicen tus amigas las de Irueta? ¡Me miraban con unos ojos!

VILLAMIL

Deslumbradas por el collar que tanto codiciaban.

MERCEDES

Pues que rabien por tacañas. Insistí hasta que Lorenzo me lo regaló.

VILLAMIL

Son caros tus caprichos.

MERCEDES

¡Qué galante eres! Ten en cuenta que los paga mi marido y no los regatea.

VILLAMIL

Así lo compensarás luego.

MERCEDES

¡Qué sutileza de ingenio! Es inconcebible esta idiotez mía. Estoy casada con un hombre como Lorenzo Almeida, y un ser tan insignificante como tú me inspira interés.

VILLAMIL

Nada tan aburrido para una mujer como un grande hombre.

MERCEDES

Son como los clásicos: aburren, pero viste bien el leerlos.

VILLAMIL

¡Qué vanidosa!

MERCEDES

Basta. Vamos adentro.

VILLAMIL

¿Bailaremos?

MERCEDES

No. Ahora atenderé a los invitados. No más tonterías por esta noche.

VILLAMIL

Reconocidísimo y, sin embargo, enamoradoísimo.

ESCENA XI

(*Dichos, LA MARQUESA y FERNANDA*)

MERCEDES

Precisamente iba a buscar una pareja a Villamil y ninguna tan encantadora como tú, Fernanda.

FERNANDA

No era cosa de molestarte; estaba contigo; tú eres la más seductora y no creo que Villamil sea insensible a tu belleza.

VILLAMIL

Al contrario, su admirador más devoto; pero tú, Fernanda, serás la que me haga naufragar esta noche.

(Ofreciéndole el brazo)

FERNANDA

Tú llegaste ya a la playa. No hay peligro.

ESCENA XII

MERCEDES y LA MARQUESA

LA MARQUESA

Tus fiestas, como siempre, espléndidas. Tienes un gusto y un arte únicos para todo esto. En verdad que haces una presidenta, como dicen todos, simpatiquísima.

MERCEDES

Simpatiquísima y... criticadísima.

LA MARQUESA

Privilegio de tu juventud; cuenta que las otras han llegado a tu posición llenas de años y de reuma.

MERCEDES

No todas. Rosario era tan joven como yo cuando su marido fue presidente por primera vez.

LA MARQUESA

También se dijeron cosas.

MERCEDES

Es el pecado de estar arriba lo que no perdonan los demás.

LA MARQUESA

Cierto. Así lo prueba la infame campaña de «La Reacción». ¡Y todo porque tu marido le negó un acta de diputado al director!

MERCEDES

Yo le aconsejé que le diese una subsecretaría. Para callar a un perro que ladra, nada como una buena tajada.

LA MARQUESA

Lo malo es que siempre hay cándidos que creen esas patrañas de los periódicos.

MERCEDES

Y quienes, sin creerlas, contribuyen amistosamente a propalarlas. ¡Cambios de suerte! Hasta hace poco ni historia siquiera teníamos; ahora, ya tenemos nuestra leyenda.

LA MARQUESA

¿Qué noticias tienes del pronunciamiento militar?

MERCEDES

El Gobierno lo sofocará. En resumen, unos cuantos descontentos.

LA MARQUESA

También lo creo. Aquí las preocupaciones políticas se desvanecen pronto.

MERCEDES

Pero quedan las intrigas de los que toman la política por un juego de habilidades.

LA MARQUESA

Los impacientes que quieren trepar al poder sea como sea.

MERCEDES

Y para ellos el camino más fácil es la zancadilla.

LA MARQUESA

No todos se pueden permitir el lujo de tu marido:
llegar por sus propios méritos.

MERCEDES

Por eso, precisamente, quieren echarlo.

LA MARQUESA

En el último debate se creció demasiado. Hay que
subir con tiento para no achicar a los adversarios.

ESCENA XIII

*(Desfilan algunas parejas en animada conversación. Se
forman dos grupos: uno de chicas, y chicos y otro de
MERCEDES, LA MARQUESA y LUCIANO)*

LUCIANO

¿Qué hace usted, Mercedes, para reunir en su casa
tantas mujeres guapas?

MERCEDES

Muy sencillo: procurar atraer pollos casaderos.

LUCIANO

No será eso, porque no son las solteras las que
más se destacan. ¡Hay cada casada!

LA MARQUESA

Para un solterón como tú, una casada tiene menos preocupaciones.

LUCIANO

Y contemplándolas a ustedes, tengo que declarar que más encantos.

MERCEDES

Cásese y créame, va ya para viejo.

LUCIANO

¡Qué mal me quiere usted, Mercedes!

(En el otro grupo)

COCOLÍN

A mí, un novio celoso no me durará más de tres días.

VILLAMIL

Si los celos son una prueba de amor, no hay por qué molestarse.

COCOLÍN

De todos modos son una cursilería y una imper-tinencia.

IGNACIA

Un celoso es un egoísta, un fatuo que pretende que lo quieran las veinticuatro horas del día.

ALBERTO

Algunos se conforman con las de la noche.

NITA

Abomino los romanticismos. Tener un novio, casarse y divorciarse luego... ¿No opinas tú lo mismo, Elena?

ELENA

Cuando se quiere de veras se quiere siempre, y el mayor placer está, no en saberse amada, sino en saber amar.

IGNACIA

Tú eres de otro siglo.

NITA

Tú y Paco Navas haríais una gran pareja para un museo arqueológico.

PACO

Cierto. Elena y yo pertenecemos a la época en que las mujeres tenían corazón.

COCOLÍN

¡Huy, qué chisme tan inútil!

FERNANDA

Eso es ya de la prehistoria.

NITA

¿Qué íbamos a hacer hoy las chicas con un corazón?

COCOLÍN

Un acerico para Cupido.

(De nuevo suena la orquesta. Es una marcha alegre que pone a todos en movimiento)

LAS CHICAS

¡A bailar, a bailar!

ESCENA XIV

LORENZO y JOAQUÍN

(Vienen de la calle)

LORENZO

Quieren destruirme, cerrarme todos los caminos, pero me impondré. No he de ser juguete de una baladronada.

JOAQUÍN

El movimiento es más serio de lo que creíamos en un principio.

LORENZO

Hay fuerzas ocultas que lo amparan.

JOAQUÍN

Y una gran resistencia en cumplir los acuerdos del Gobierno.

LORENZO

La calumnia realiza su obra. Todas las salpicaduras vienen a mí. La difamación me persigue, me acecha. ¿De qué me sirve haber dedicado mi vida al logro de un ideal, si, al realizarlo, las pasiones me deforman de tal modo, que ni yo mismo me conozco ya?

JOAQUÍN

Has llegado a la cumbre demasiado pronto.

LORENZO

Es verdad, pero bien sabe Dios que soy un sacrificado de la política; a ella he dedicado lo mejor de mi inteligencia, y quiero hacerme la ilusión de que el país ha recibido los frutos de mi encumbramiento.

JOAQUÍN

Día llegará que te hagan justicia.

LORENZO

Ese día, Joaquín, no lo deseo; es el día de los muertos. Cantarán nuestras glorias cuando no seamos un peligro a las nuevas ambiciones.

JOAQUÍN

Ésas son las que ahora quieren echarte. La lucha, créeme, Lorenzo, es inútil. Tienes frente a ti muchas intrigas, muchos intereses. ¡Deja que pase la ola; ya se presentará el desquite!

LORENZO

Ahora no. Sería una cobardía darme por vencido ante la calumnia. Mientras cuente con la confianza del Rey me sostendré.

JOAQUÍN

No debes prolongar este estado de violencia.

LORENZO

Piensa que no se ha respetado ni mi profesión ni mi hogar, ni aquellos sentimientos más sagrados del hombre.

JOAQUÍN

Tú estás por encima de esas miserias.

LORENZO

Pero me amargan la existencia. ¿Por qué no me quedaría en mi pueblo, oscuro, ignorado, dedicado a mi trabajo y a mi casa? De seguro que sería más feliz. Esta ambición loca de subir y más que nada esta estúpida ambición de gloria que envenena nuestra existencia para siempre.

JOAQUÍN

Si todo lo has logrado ya, en plena juventud... ¿por qué te aferras tanto a los remos de esta galera? Dimite y templa tu espíritu en la contemplación de los sucesos que se avecinan.

LORENZO

Sería caer al estrépito de unas botas militares.

JOAQUÍN

La situación es grave. El Gobierno está contigo, pero no lucha por ti. Es mi amistad quien te habla. Olvido la disciplina de partido y te aconsejo que termines con este forcejeo.

ESCENA XV

(Dichos y ELENA)

ELENA

Papá, llamada de Palacio: el Rey quiere hablarte.
Ven.

(Sale LORENZO)

¡Para qué lo querrá! ¿No lo sospecha usted, Joaquín?

JOAQUÍN

Algo desagradable, seguramente. Esas llamadas regias rara vez suelen ser para cosa buena.

ELENA

Estoy en un constante sobresalto. Por todas partes oigo cuchicheos, comentarios que se cortan apenas me vislumbran.

JOAQUÍN

Olfatean la tormenta. En el Consejo de esta tarde se acordó sofocar la conjura, obrando con energía, pero ningún ministro quería ordenar determinaciones extremas. Había en todos una pasividad que más parecía complicidad. A las palabras de Lorenzo asentían, pero sin entusiasmo, sin vigor, como si no quisieran hacerse solidarios de las causas del fracaso.

ELENA

Quieren echar sobre él toda la responsabilidad.

JOAQUÍN

Indudablemente. La difamación crece y va creando una gran impopularidad alrededor de la presidencia. Luego Mercedes... tan poco prudente, con sus lujos y sus frivolidades irrita la maledicencia.

ELENA

Esa mujer lleva a mi padre al abismo. ¡Si usted la hubiese visto esta noche! Parece que pone un especial empeño en escandalizar, sin respetar siquiera su propia casa.

JOAQUÍN

¿Y quién le advierte a él de eso?

ELENA

Sería una crueldad. La quiere con locura. No le amarguemos esta hora, harto dolorosa, por cierto.

ESCENA XVI

(*Dichos y LORENZO*)

ELENA

¿Qué pasa? ¿Alguna novedad?

LORENZO
(Con gran abatimiento)

El Rey me retira su confianza.

JOAQUÍN

¿Cómo?

LORENZO

Con palabras muy cordiales me ha manifestado que los sucesos son de tal magnitud, que me releva del sacrificio que para mí representa el poder en estas condiciones.

JOAQUÍN

Ahora me explico la actitud de los ministros en el consejo.

LORENZO

Preferible es así. Caigo por la fuerza.

JOAQUÍN

Pero hemos de pensar con serenidad. Este movimiento es únicamente en contra tuya. Creo que debes ponerte a buen recaudo.

LORENZO

¿Temes que puedan llegar?

JOAQUÍN

A todo. Esto es una revolución, victoriosa ya, toda vez que el Rey te ha retirado su confianza. En el vértigo de los primeros momentos no vacilarán en sacrificarte.

ELENA

Sí, papá, huye.

LORENZO

De ningún modo. ¡Sería una cobardía!

JOAQUÍN

Sería una medida de prudencia.

LORENZO

Harían trizas de mi honra.

ELENA

Ya la defenderíamos; para eso tienes que conservar la libertad.

JOAQUÍN

Deja pasar la turbonada.

LORENZO

¡Imposible! ¿Qué se diría de mí?

ELENA

Te lo pido por lo más que quieras.

LORENZO

¡Huir! ¿Soy acaso un criminal? Seré vencido; pero vencido por malas artes, y tengo que defenderme de todos: de la opinión, de los adversarios.

JOAQUÍN

No te dejarán. Reclaman una víctima y esa víctima eres tú. Concretan en tu persona y en tu política todas las inmoralidades del régimen.

LORENZO

Pues daré el pecho, y si los demás con su silencio secundan esa injuria que alcanza, quieranlo o no, a todos, yo solo levantaré mi voz.

JOAQUÍN

Te amordazarían. Me parece una candidez dejarte cazar de ese modo. No tendrías ni un gesto gallardo al caer. ¡Como chacales se lanzarían sobre tu reputación!

ELENA

Para salvar tu vida y tu honor tienes que ganar la frontera esta misma noche. No queda otro remedio. Hazlo por nosotros, por mí, por tu hija. Ven, ven. ¡Ayúdeme usted, Joaquín!

LORENZO

Tienes razón. ¡Hay que vivir para que se haga justicia!

(Salen)

ESCENA XVII

MERCEDES y VILLAMIL

(MERCEDES, desde una de las puertas, ha oído las últimas palabras. No la han visto. Por su alma ha pasado una revelación y consciente de su responsabilidad es atormentada por el arrepentimiento. Es un instante de angustia, en el que se desarrolla la tragedia de esta mujer a quien el dolor transforma toda en espíritu.—Este silencio, pleno de emoción, es roto por VILLAMIL que, cauteloso, se acerca a MERCEDES)

VILLAMIL

Adiós, Mercedes. Hasta mañana. Te espero en mi casa. ¡No faltes!

MERCEDES

¿Qué dices? ¿Estás todavía aquí? ¡Fuera, fuera de mi casa...! ¡Y de mi vida!

ACTO SEGUNDO

Saloncito en un hotel aristocrático de París

ESCENA I

MERCEDES, MAD. DE MONTCLAIR y LORENZO

LORENZO

Es usted, señora, tan amable con nosotros, que no sé cómo darle las gracias.

MAD. DE MONTCLAIR

Aceptando mis ofrecimientos. No crea que me mueve hacia usted sólo el deseo de hacerle grato su destierro, no; hay, además, un interés particular por medio.

LORENZO

No se me ocurre...

MAD. DE MONTCLAIR

Muy sencillo. Usted es hoy la figura del día en París y, ¿por qué negárselo?, es para mí cuestión de

amor propio, de vanidad tal vez, que honre usted con su presencia mi casa; en ella encontrará a todos los ilustres perseguidos de Europa.

LORENZO

Iré y será para mí un placer.

MAD. DE MONTCLAIR

Gracias.

LORENZO

Ya conocía yo de viejo ese gran espíritu suyo. En mis tiempos de ministro de Estado, la embajada me informó, más de una vez, que sus salones eran refugio de políticos caídos en desgracia.

MAD. DE MONTCLAIR

De gloriosos perseguidos. Cuando están en el poder no me interesan nada. Al caer, en cambio, despiertan toda mi admiración y hasta mi cariño; y, ¡no vayan a pensar mal!, ya saben ustedes que estos superhombres suelen ser más feos y más ridículos...

MERCEDES

Pero están embellecidos por las ideas.

MAD. DE MONTCLAIR

Y por grandes sentimientos.

MERCEDES

¡Qué noble misión la suya! ¡Y qué interesantes deben ser sus reuniones!

MAD. DE MONTCLAIR

Con mucha frecuencia pasa por ellas un resplandor genial.

MERCEDES

Tantos hombres eminentes.

MAD. DE MONTCLAIR

Ya los conocerán ustedes. Desde luego, son temperamentos cultivados y amargados.

MERCEDES

Sienten con más vehemencia que los demás la nostalgia de la patria.

LORENZO

Es que la aman más. Han sufrido persecuciones, injusticias y, en política como en amor, cuanto más combatido, más enamorado. A la patria se han entregado por entero y no pueden vivir lejos de ella.

MAD. DE MONTCLAIR

El poder ejerce también sobre ustedes un irresistible influjo.

LORENZO

Cierto. El hombre de acción al contrario del intelectual puro, necesita imponer sus ideas y por ello lucha constantemente. Ninguna postura más lisonjera para el político de talento que la oposición. Su palabra adquiere entonces el máximum de prestigio. Acusar desde la tribuna parlamentaria es un gesto gallardo, la popularidad nos asiste y, sin embargo, anhelamos el poder, donde, casi siempre, somos escarnecidos.

MAD. DE MONTCLAIR

Es la satisfacción de dominar, imponiéndose.

MERCEDES

O cayendo, como en el caso de Lorenzo.

MAD. DE MONTCLAIR

Para levantarse más fuerte que nunca.

LORENZO

Tal vez no.

MAD. DE MONTCLAIR

La opinión es tornadiza, pero tiene el instinto de los verdaderos valores y ella ha de volver hacia usted, en su busca. En recuperarlo pondrá la misma vehemencia que puso en abandonarlo.

ESCENA II

(Dichos y ELENA)

ELENA
(Saludando)

Señora...

MAD. DE MONTCLAIR

¡Oh, señorita Almeida! Es usted gentilísima. Quiero que seamos amigas. Ya sé que es usted una colaboradora de su padre. Eso está muy bien y enaltece a nuestro sexo. Así verán los hombres que servimos para cosas serias.

ELENA

Es usted muy lisonjera conmigo. Soy solamente una modestísima secretaria de mi padre. Ahora bien: me apasiono y me gusta verlo luchar y... vencer, sobre todo.

LORENZO

¡Vencer! El éxito es el dios de los políticos, pero cuenta que lo tenemos de espaldas.

ELENA

Ya lo volverás a contemplar cara a cara. Tengo tal fe en tu reivindicación, que casi no siento la derrota. Muy pronto te impondrás a tus enemigos.

LORENZO

¡Qué optimista te ha vuelto este París!

MAD. DE MONTCLAIR

Esa seguridad revela todo un carácter. Es usted una voluntad y su firmeza ha ganado mi simpatía. Sí, Lorenzo Almeida se impondrá de nuevo a su país. He conocido a otros más perseguidos y más calumniados, que hoy son ídolos del pueblo. La tiranía hace víctimas, pero también hace héroes.

LORENZO

Sobre mí caen todos los pecados de un régimen.

ELENA

Y las pasiones de muchos intrigantes.

MERCEDES

¡La envidia!

LORENZO

La envidia también. ¡Conque imagine usted, señora, cómo dejarán mi reputación!

ELENA

La verdad se abrirá paso. Tu obra no la derrumba la insidia y tienes amigos que proclaman la nobleza de tu causa.

LORENZO

Los amigos políticos, hija mía, están constituidos por una serie de intereses, de aspiraciones, y cuando sus aspiraciones y sus intereses no tienen posibilidades de realidad, el vínculo se afloja, y entonces, éste huye, el otro niega y quedan los cuquitos, indecisos, sin saber qué partido tomar, ínterin no se despeja el horizonte.

MAD. DE MONTCLAIR

Hay que contar también con los buenos, los desinteresados.

LORENZO

Ésos son nuestros hermanos, están unidos a nosotros, o por una fuerte idealidad o por algo que nace del corazón. Casi siempre son los que no nos deben nada, aquellos a quienes, por estar seguros de su incondicionalidad, nada les dimos en el reparto de las dádivas. ¡Y es hacia ellos adonde tendemos la vista en las horas de infortunio!

ELENA

¡Joaquín...!

LORENZO

Joaquín es el más representativo de estos amigos. Nada he hecho por él, todo se lo debe a su palabra y

a su gran talento, y sin embargo, ¡qué leal, qué generoso, qué bueno ha sido conmigo!

MERCEDES

Abandona su bufete, sus negocios, por venir con nosotros.

ELENA

Ha querido compartir las responsabilidades, identificándose en la desgracia.

UN CRIADO
(Anunciando)

Monsieur Legrand.

LORENZO

Que pase.

ESCENA III

(*Dichos y MONSIEUR LEGRAND*)

MR. LEGRAND

Sr. Almeida, «Le Quotidien», a cuya redacción pertenezco, envía a usted, por mi mediación, un saludo muy efusivo.

LORENZO

Que yo os agradezco profundamente.

MR. LEGRAND

Al mismo tiempo me complazco en comunicarle que sería para nuestro periódico un honor poder hacer público su pensamiento.

LORENZO

Gracias. Acaso haya de aceptar más adelante tan noble hospitalidad. Por ahora necesito serenar mi espíritu y fijar mis ideas. No quiero que mis palabras vayan influidas por sentimientos de venganza, sino de justicia.

MR. LEGRAND

Ya comienzan a hacérsela en su país, según nos comunica nuestro corresponsal. En el registro verificado en su casa no han encontrado nada que pueda manchar su honorabilidad de hombre público.

ELENA

¡Hasta eso han llegado!

MR. LEGRAND

Ha sido una investigación minuciosísima.

MERCEDES

¡Qué infamia! ¡Bien está que se indague su actuación ministerial, pero no el hogar, la vida íntima!

LORENZO

¡Déjales que descerrajen cajones, que intercepten la correspondencia...!

ELENA

¡Cómo te hubieran sacrificado, si no huyes!

MR. LEGRAND

Para el señor Almeida es un triunfo; esperaban encontrar el rastro de negocios secretos.

MAD. DE MONTCLAIR

Su país pedirá pruebas; las sospechas no bastan para condenar a un hombre como usted.

MR. LEGRAND

Es la historia de todos los grandes políticos: un poco de escándalo y después la consagración.

LORENZO

Los hombres pasan, las pasiones también; sólo las ideas quedan.

MR. LEGRAND
(*Despidiéndose*)

Señoras, señor Almeida, reciban el saludo de sus admiradores de París.

LORENZO

Mi agradecimiento a los amigos de «Le Quotidien».

(*Sale MR. LEGRAND*)

ESCENA IV

(*Dichos, menos MR. LEGRAND*)

MAD. DE MONTCLAIR

Todo París se interesa por usted. Su personalidad adquiere un gran relieve mundial y su país no puede permanecer insensible a este movimiento de simpatía.

ELENA

Tienes que defenderte y acusar a tu vez. ¡Si tú hablaras!

LORENZO

Ya llegará el momento de hacerlo y se verá quiénes engañan a la opinión y quiénes pusieron todo su

ser en salvar a la patria. Caerán torres muy altas. Espero ese instante, tranquilo, seguro de mi obra, pues sólo pretendí limpiar de viejos prejuicios la conciencia de mi pueblo, encarándolo con un porvenir tolerante, donde las fuerzas del espíritu no tengan que apoyarse en las armas sino en los sentimientos. ¡Gobernar sin amenazas bélicas ni obstáculos tradicionales!

ELENA

Así me gusta oírte. Tu palabra arrebatará de nuevo a las multitudes.

LORENZO

Ahora esperemos el fallo de los jueces.

MAD. DE MONTCLAIR
(Despidiéndose)

Ya les indicaré día y hora.

LORENZO

Cuenta conmigo y con mi reconocimiento.

MAD. DE MONTCLAIR

Y con vosotras también. Adiós. Hasta muy pronto.

MERCEDES

No nos olvide: para nosotros es una alegría verla a nuestro lado.

(Saludos)

LORENZO
(Retirándose)

Voy a trabajar un poco. Avísenme cuando llegue Joaquín.

ESCENA V

MERCEDES y ELENA

MERCEDES
(Deteniendo a ELENA, que se retira)

No te vayas; hemos de hablar.

ELENA

Si no es cosa urgente, pudiéramos aplazarlo.

MERCEDES

No se me esconde, Elena, que rehuyes estar a solas conmigo, pero te suplico que hagas un esfuerzo y hablemos como buenas amigas.

ELENA

No podré. ¿Para qué engañarte?

MERCEDES

Pues es necesario que me oigas. ¡Va en ello la tranquilidad de todos!

ELENA

¡La que tú nos robaste!

MERCEDES

No me recrimines todavía. Óyeme.

ELENA

¿Por qué te empeñas en esta conversación? Entre nosotras dos no hay nada de común.

MERCEDES

Te equivocas. Entre nosotras dos está tu padre. Su felicidad exige que nos unamos.

ELENA

Tarde piensas en ella.

MERCEDES

¡Es verdad! Ésa es mi culpa, y puedes creer que sólo el remordimiento de las cosas pasadas me trae a ti, humillándome a tus pies, para que me ayudes a hacer una nueva vida, a ser otra. ¡No te impacientes! Ten calma. Si me abandonas, no respondo de mí. Yo sé,

Elena, que tú me odias; pero necesito que ese odio tuyo desaparezca.

ELENA

¿Qué te propones?

MERCEDES'

¡No lo estás viendo! ¡Hacerme digna de tu padre!

ELENA

¿Es tu último capricho?

MERCEDES

¡No me ofendas sin necesidad! Piensa que cuando una mujer como yo se rebaja delante de otra mujer, es que hay en su alma un peso muy grande que la obliga a inclinarse. Dejemos estas menudencias nuestras. Vamos a lo importante. Quiero redimir mi pasado. Sólo tú puedes ayudarme, infiltrar en mi alma esa energía tuya, esa rectitud que, algunas veces —quiero que lo sepas—, me exasperaba, irritándome. Hoy te admiro como aquello que se anhela ser. Tú eres la mujer fuerte, segura de ti misma y de tus sentimientos. ¡No me abandones!

ELENA

Antes de casarte con mi padre debiste pensar en todo eso; aquél era el momento; ya es tarde. El mal está hecho.

MERCEDES

¡Eres cruel conmigo, Elena! Creí que tenías corazón.

ELENA

Piensa lo que tú has sido para mí. Tus ligerezas y tus lujos absurdos crearon alrededor de mi padre —un hombre que vive de su trabajo!— un ambiente de irregularidad. En los momentos en que necesitaba verse asistido de mayor crédito, tú lanzabas su nombre al escándalo público... ¡Su reputación era un buen bocado para sus adversarios! ¡Había luchado, había triunfado, y pobre, sin otros recursos que su talento, había subido a los más altos puestos, y tú, en vez de sentir el orgullo de su ascensión —ese algo que inunda mi ser de alegría— coqueteabas con el primer imbécil, haciendo pasar a tu marido por un tolerante, por un insensible a los dictados de su dignidad.

MERCEDES

¡Calla! ¡Por lo que más quieras, calla!

ELENA

¡No! ¡Has de oirme, has de saber por qué no puedo abrirte los brazos!

MERCEDES

¡Tienes la inflexibilidad de los santos! ¡Habla!

ELENA

En cambio, ¡mi madre, qué diferente! Ella sacrificó su existencia entera para que mi padre se crease una posición. Era en aquellos tiempos en que sólo contaba con un modesto bufete y muchas ambiciones. Pero a su lado tenía una santa mujer que lo alentaba con su ternura. Y llegó la primer acta y sus discursos en el Congreso, ¡y un cerebro que se abre paso a despecho de las intrigas!

MERCEDES

¡Sigue, sigue!

ELENA

De su carrera política se hizo un culto en mi casa. ¡Con qué alegría celebrábamos sus éxitos! Mi madre y yo no tuvimos otros deseos sino verlo ministro, y llegó ese día —que todo en él ha sido rápido—, pero mi pobre madre, ¡había muerto! Yo sola recogí la emoción de aquel triunfo y entonces soñé que llegaría al primer puesto, creándose, con su propio esfuerzo, la más alta personalidad de su época...; pero, ¡qué entiendes tú de esto!

MERCEDES

Sí, comienzo a entender. ¡Sigue!

ELENA

Su proclamación de Jefe del partido, aclamado por hombres de gran mentalidad. Después... tu casamiento. El político austero es tocado de bambollas sociales, el hogar del trabajo se convierte en centro de frivolidades y de apariencias deslumbradoras, ¡y la sociedad tiene carne jugosa y sabrosa donde hincar los dientes!

MERCEDES

¡Mi sangre toda para borrar el mal que le hice!

ELENA

Y ahora, ¡ya lo has visto! ¡La caída! ¡Una caída vergonzosa! ¡Huir para salvar la vida!

MERCEDES

Desde hoy soy otra; en mi espíritu hay una claridad que me guía hacia el deber, y mi vida, si es necesario, la sacrificaré sin vacilaciones.

ELENA

Espera, espera, aun hay más. Algo que él ignora todavía, pero que, fatalmente, y a pesar de mis preocupaciones, no tardará en saber. Tu correspondencia íntima ha sido violada y, lo que es peor, echada al arroyo...

MERCEDES

¿Qué dices? ¿Es posible tal infamia? ¡Qué horror!

ELENA

Y comentada insidiosamente por periódicos asalariados. ¡Temen que pueda volver y le cierran los caminos amontonando basura, basura!

MERCEDES

¡Dios mío, Dios mío!

ELENA

No encontraron nada que le condenara y lo han presentado ante el país como un marido deshonorado y —¡lo que es más infame!— como un marido tolerante. ¿Comprendes ahora por qué te odio? ¡Tú y sólo tú has sido la causa de nuestra desgracia! ¡Has destrozado su vida y la mía! La mía también, porque estaba vinculada a la suya, en una aspiración de gloria, de inmortalidad!

MERCEDES

¡No puedo más!

ELENA

Antes de tu casamiento la lucha era noble, combatían al adversario, al que venían a desplazar, y lo combatían con armas limpias: su reputación salía agigantada

de estas contiendas. En política lo que no se combate está muerto. Ahora no es la lucha, es la difamación, la injuria lo que empequeñece, lo que denigra. Lo que priva al hombre de su hombría. ¡La deshonra!

MERCEDES

Comprendo que me odies, que me desprecies. ¡Si hasta yo misma me desprecio! He sido una mala compañera de tu padre. Mi conducta, esas mismas cartas me condenan seguramente, ¡pero yo te juro, como expiación a mis faltas, que nunca manché su honor!

ELENA

Comienza a gritarlo en medio de la calle, nadie te creará. Las apariencias te pierden.

MERCEDES

¡Pero la verdad me salva, y por ella quiero redimirme y me vuelvo a ti, Elena, para que me ayudes a ser una esposa y una madre!

ELENA

Madre no hay más que una.

MERCEDES

¡Qué dura eres! Me entrego a ti, transida de dolor, y sólo tienes para mí palabras de recriminación; me arrojo a tus pies, y sólo se te ocurre ofender mi

dignidad de mujer, ¡y quién sabe si tú has sido la causante de mis faltas! Desde que me casé quise ser, si no tu madre, tu hermana, tu amiga al menos. Puse todo mi empeño en ganar tu cariño, te buscaba constantemente, y tú siempre huyéndome. Nunca fui para ti sino la intrusa, mis actos todos contaban de antemano con tus censuras. En nuestra casa, ¡en mi casa!, se me miraba hostilmente. Yo era la enemiga. Esa sequedad tuya, ese desvío me hizo cometer las mayores locuras. Con mi marido no podía contar: todo su tiempo lo dedicaba a la política, dejándome en el aislamiento, en la ausencia de todo afecto. ¡En aquella crisis espiritual tú pudiste salvarme y no quisiste! Entonces, como ahora, me cerraste tu corazón. ¡Pero ahora quiero ser buena, no con esa severa bondad tuya, sino con esta otra que sale de mi alma, anhelando querer y que me quieran, como yo te quiero a ti! ¡Así, así...!

(En un transporte de cariño la besa con exaltación maternal y sale transida de dolor)

ESCENA VI

ELENA y JOAQUÍN

JOAQUÍN

¿Soy inoportuno?

ELENA

Al contrario, ha llegado usted muy a tiempo para poner término a una escena dolorosa.

JOAQUÍN

¿Qué ha pasado? Mercedes lloraba.

ELENA

Se ha dado cuenta del mal que ha causado.

JOAQUÍN

En medio de todo es una pena.

ELENA

Me ha conmovido de veras.

JOAQUÍN

¿Sabe lo de las cartas?

ELENA

Se lo he dicho yo misma; pero dígame: ¿cuál es el verdadero alcance de estas cartas? Ella me ha jurado que es inocente.

JOAQUÍN

Son unas cartas de Villamil, que sólo prueban existencia de un *flirt*, pero lo suficiente para que le

maliciosos sospechen todo. Yo creo que se trata de un discreto epistolar con mucha literatura.

ELENA

No puede imaginarse usted los anónimos dirigidos a mi padre que he quemado.

JOAQUÍN

Hay que impedir a todo trance que lleguen a sus manos.

ELENA

Es mi principal cuidado. Sería para él un golpe terrible; pero los periódicos, ¿cómo impedir que los reciba?

JOAQUÍN

Hemos de irle informando poco a poco. Para la defensa necesita conocer todos los detalles del proceso.

ELENA

¿Cómo evitarle ese dolor?

JOAQUÍN

¿Tanto la quiere?

ELENA

¡No lo sabe usted bien!

JOAQUÍN

¿Si llegase a dudar de Mercedes?

ELENA

Sería un desgraciado mientras viviera. Es confiado como un niño y tengo la seguridad de que jamás dudó de ella.

JOAQUÍN

Ese dichoso matrimonio ha sido la causa de su impopularidad.

ELENA

Desde un principio lo creí así. El temor de que diese a mis palabras un sentido egoísta me hizo enmudecer.

JOAQUÍN

En nuestro país una mujer como Mercedes es un obstáculo para un gobernante.

ELENA

Da pábulo a todas las murmuraciones.

JOAQUÍN

Y a todas las tentaciones.

ELENA

¿También a usted, Joaquín?

JOAQUÍN

¡No! ¡Bien sabe usted que no! La mujer de mis ilusiones es el tipo opuesto. Recogida en su propio decoro, fuerte y segura de sí misma, mano que ayuda a llevar la carga de la vida y corazón que sólo se abre, como una flor, para el compañero escogido.

ELENA

¡No le conocía a usted en ese aspecto tan romántico!

JOAQUÍN

Es que ponemos un especial empeño en esconder lo mejor de nosotros mismos.

ELENA

¿Por qué?

JOAQUÍN

Porque nos asustamos de nuestros sentimientos, Elena. Ahora mismo, yo siento una emoción extraña, porque quisiera decirle que la quiero y no sé cómo decirselo.

ELENA

Pues ya está dicho, sólo que... sólo que me ha descubierto usted algo que yo no quería saber todavía y que había prendido también en mi alma. ¡Algo que yo acariciaba como una cosa muy dulce para más adelante!

JOAQUÍN

¡Para hoy y para siempre!

ELENA

No, Joaquín. Hoy mi vida sólo tiene una misión: ayudar a mi padre a reivindicar su nombre, alentarle de nuevo a la conquista del poder. Las cosas no pueden quedar así; sería la destrucción de su personalidad, y los que le queremos hemos de infiltrar en su espíritu un impulso de reconquista. ¡Después...!

JOAQUÍN

Reanudar el ensueño, buscar el amor dentro de nosotros mismos para que sea eterno.

ELENA

Seguros de nuestros sentimientos y compenetrados en una misma aspiración...

JOAQUÍN

De idealidad, de infinito, de todas esas cosas que, en los momentos de grandes revelaciones, nos hacen soñar.

ELENA

¡Cierto, cierto...! Pero ahora a preparar la revancha. Espere. Avisaré a mi padre.

JOAQUÍN

¡No hay que olvidar...!

ELENA

¡Esas palabras las recordaré siempre!

ESCENA VII

(JOAQUÍN queda solo un breve instante; a poco entra LORENZO)

LORENZO

Te esperaba. ¿Tienes noticias?

JOAQUÍN

Sí. La opinión reacciona a tu favor. El registro verificado en la presidencia y en tu domicilio no aporta al proceso documento condenatorio, antes al contrario, queda enaltecida tu gestión ministerial. No han respetado nada, se han violado secretos de orden familiar; han solicitado estados de tus cuentas en los bancos y han hecho, incluso, una minuciosa investigación en la

contabilidad de Marval, por si encontraban alguna partida que diera el rastro de participaciones clandestinas en sus negocios.

LORENZO

¡Cómo se forjan leyendas alrededor de los políticos! Creían que mi interés por los amigos lo cotizaba a buen precio. ¡Infames! ¡No pudieron derrotarme con armas nobles, en un cuerpo a cuerpo, como cumple a personas dignas, y me presentan al país como un logrero desenfrenado!

JOAQUÍN

Pero el país, cansado de palabras, reclama pruebas para enjuiciar definitivamente y no se me alcanza cuáles van a darles, ¡ni qué van a hacer esos jueces! Ha sido un fracaso para tus adversarios.

LORENZO

Esos procedimientos, sin embargo, dejan siempre un sedimento en la conciencia nacional. *¡Miente, miente, que siempre queda algo!* Gritaron a los cuatro vientos que vivía como un nabab, que mis lujos salían del tesoro público, y nadie vaciló en creerlo. ¡Cayeron sobre mi reputación como buitres! ¡Qué asco de oficio! Sacrificas todo por servir a la patria: tu juventud, tus intereses, tu propia familia abandonada, y recibes, en premio, el ultraje de todas las sospechas, el escarnio de todas

las injurias. Marchas impulsado por altos ideales y te cierran el paso diciendo que persigues un medro personal. Eres un idealista y te presentan tocado por la codicia. Quieres desarrollar la industria, fomentar la riqueza y te has vendido a la plutocracia. Sientes en tus entrañas las injusticias sociales y nadie cree en la pureza de tus palabras ni en la sinceridad de tus ideas, sino que te conviene halagar a la muchedumbre para esclavizarla a tus conveniencias de partido. Y así siempre. ¡A veces me entran unas ganas rabiosas de alejarme con mis decepciones donde nadie me conozca!

JOAQUÍN

No puedes. Al reivindicar tu nombre reivindicas el de tu partido. Eres el caudillo y tienes que pensar en los que están detrás de ti, en los que por ti sufren persecuciones y esperan el día de la justicia, de la victoria para recuperar las posiciones perdidas. ¡Son las ideas y los intereses de la colectividad los que reclaman tu palabra, tu dirección!

LORENZO

¿Traes los documentos de Estado?

JOAQUÍN

Están en esta cartera. Tienes materiales para esclarecer todos los últimos hechos.

LORENZO

¡Se esclarecerán, caiga quien caiga!

JOAQUÍN

¡Acomete!

LORENZO

Veremos. ¿Te quedas a comer con nosotros?

JOAQUÍN

Hoy no; estoy invitado por unos paisanos. ¿Qué vas a hacer? Yo voy a dar una vuelta. Está la tarde muy agradable.

LORENZO

Pues espera, saldré contigo.

ESCENA VIII

(Dichos y MERCEDES)

MERCEDES

No salgas ahora, Lorenzo. Usted no se enfada conmigo porque lo retenga, ¿verdad, Joaquín?

JOAQUÍN

De ningún modo. Te quedas, no faltaba más.
Adiós.

(Sale)

MERCEDES

Quiero que estemos juntos. Casi no tenemos tiempo para hablar de nuestras cosas.

LORENZO

Tienes razón. Este dichoso vivir mío me aleja de lo que más quiero, pero esta tarde es tuya; después de todo no tengo nada urgente que hacer.

MERCEDES

¡Hemos vivido tan separados! Y eso no está bien: un matrimonio debe estar más unido.

LORENZO

Esta miserable política le roba a uno hasta los más puros afectos, pero nunca pusiste mayor interés en retenerme. Hacías por tu parte una vida tan de sociedad...

MERCEDES

De eso y de todas mis faltas quiero confesarme contigo.

LORENZO
(En tono jovial)

¿Has hecho examen de conciencia?

MERCEDES

Sí.

LORENZO

¿Con propósito de enmienda y dolor de corazón?

MERCEDES

¡Sí!

LORENZO

Pues comienza.

MERCEDES

Antes has de decirme que me quieres mucho.

LORENZO

Eso es poco. Eres mi ilusión, y no sé qué sortilegio tiene tu belleza, que todos mis sentidos claman por ti.

MERCEDES

Ahora vamos a rehacer nuestra vida, a conocernos bien para amarnos más.

LORENZO

¡Mira por dónde este destierro va a ser nuestra verdadera luna de miel! También yo necesito despreocuparme, tranquilizar mis nervios. Nada, nada, iremos a las reuniones de Mad. de Montclair, a los teatros, visitaremos museos. Este París tiene un atractivo tan seductor... Todo será un pretexto para cambiar impresiones, para encontrarnos el uno dentro del pensamiento del otro. ¿Convenido? ¿Aceptas?

MERCEDES

Sí, pero antes has de oirme. ¡Sabes tan poco de mí! ¡Ignoras el daño que yo te he causado!

LORENZO

¿A qué aludes? ¿A esas murmuraciones, a esos chismorreos? No los he tomado nunca en cuenta. He tenido siempre confianza en ti.

MERCEDES

¡Pues yo quiero que sepas que no he merecido esa confianza!

LORENZO

¿Qué dices?

MERCEDES

Que he abusado de ella, que he cometido ligerezas que amargan hoy mi existencia.

LORENZO

¡Mercedes! ¿Estás loca?

MERCEDES

¡No, no me mires así! ¡Que tu sospecha, por Dios, no me haga más culpable de lo que soy!

LORENZO

¡Habla, habla!

MERCEDES

¡Siento una vergüenza!

LORENZO

¡Acaba de una vez!

MERCEDES

¡Sí, hay que decirlo pronto! Yo he sido la causa de todos tus males. Mi proceder ha enturbiado tu reputación.

LORENZO

¡Esto más! ¡Fracasado también en mi honor!

MERCEDES

¡Eso, no! ¡No! ¡Tu honor está a salvo, digan lo que digan las víboras!

LORENZO

¡No te comprendo! ¡Confiesas y niegas al mismo tiempo! ¿Qué mujer eres tú?

MERCEDES

Fui la mujer inconsciente, enferma de vanidad; la que tuvo todas las tentaciones y vivió sólo en ansias de brillar, de deslumbrar; la que provocó el escándalo, porque el escándalo la ponía de moda.

LORENZO

¡Miserable!

MERCEDES

¡Eso fui ayer, pero hoy soy el arrepentimiento en llaga viva! Hoy soy una mujer nueva que llega, arrastrándose a tus pies, y te ofrece su cuerpo para que lo pises, para que lo aplastes. ¡Si el daño hecho lo pudiera remediar, quitándome de en medio, yo misma rasgaría mis carnes para que la sangre hiciera el milagro de la redención!

LORENZO

¡Te había colocado tan dentro mí, que ni un instante dudé de tu amor! ¡Y me has traicionado!

MERCEDES

¡No, no!

LORENZO

¡Lo que yo creía una ingenuidad de niña era una perversidad de mujer mala! ¡Qué bajo, pero qué bajo he caído, Dios mío!

(La empuja violentamente y cae)

MERCEDES

¡Destrozada, pisoteada, déjame decirte que ahora te quiero como no soñé que se pudiera querer!

LORENZO

¿Entonces?

MERCEDES

Entiéndeme: soy otra, mi espíritu es nuevo, he nacido del remordimiento y por eso vengo a ti con los brazos en cruz, para que me perdones o me mates, si me consideras indigna de tu amor!

LORENZO

¡Ten al menos el valor de decir la verdad!

MERCEDES

La verdad, Lorenzo, es que yo estaba ausente de tu obra y tuvo que venir tu caída para recobrar la conciencia y darme cuenta de que yo era tu mayor enemigo. ¡Y hoy me entrego a ti redimida por todos los dolores! Al renacer al amor sólo tengo un deseo: ser

tuya, tuya en espíritu y en carne. ¡Renovar mi juventud para dártela entera! ¡Nunca he anhelado tanto la belleza como ahora, para ofrecértela con todas las vehemencias de mis sentidos, con todas las fuerzas de mi alma!

LORENZO

Pero...

MERCEDES

No pienses sino en este cariño mío. Desde hoy soy tu compañera, tu esclava. ¡No me mires así! No me guardes rencor, sé bueno y perdóname, perdóname...

(Cae de rodillas)

LORENZO

¡Por ese amor tuyo y por el abandono en que yo te he tenido, ven a mis brazos!

MERCEDES

¡Qué bueno eres!

LORENZO

¡También yo tengo que culparme! ¡Te he dejado tan abandonada! ¡No puedo cerrarte mi corazón sin co meter una injusticia!

MERCEDES

¡Ahora sí que viviremos el uno para el otro! ¿Huirémos de los enemigos? ¿Abandonarás la política?

LORENZO

La resolución está tomada. Marcharemos lejos, donde yo sea un desconocido. Tal como las cosas han venido, he de renunciar a todo para entregarme a ti; de volver a la política, tu serías un obstáculo.

MERCEDES

No te importe, mi cariño te resarcirá. Te combaten porque vales más que los otros. ¡Desprécialos! ¡Qué felices, pero qué felices vamos a ser! ¡Tengo una alegría tan grande!

LORENZO

¿No echarás de menos el pasado?

MERCEDES

¡El pasado! ¡Si yo pudiera matarlo! ¡Ahora es cuando soy yo!

LORENZO

He influido tan poco en tu espíritu.

MERCEDES

¡Qué sabía yo de eso! ¡Entendía de trapos, de joyas! ¡Hasta este instante no he sabido del placer de sufrir y amar a un mismo tiempo!

LORENZO

Del destierro haremos, entonces, un paraíso.

MERCEDES

Pero no dejes que la política nos vuelva a separar.

LORENZO

¡Contigo lejos y solos!

ESCENA IX

(Dichos y ELENA)

ELENA

¡No; eso no! ¡Sería tu derrota, sería la justificación de los cargos que lanzan sobre ti!

MERCEDES

¡Me lo quieres arrebatarse! Ahora que es mío lo defiende contra todos.

ELENA

¡No lo defiendes, lo hundes! ¡Qué amor tan egoísta el tuyo! Él, ni te pertenece ni se pertenece; es nuestro, es de todos. ¡Es de la patria!

MERCEDES

(Revolviéndose airada)

¡La patria! ¡Ésa no tiene entrañas!

ELENA

Tienes que defenderte, padre, tienes que vencer. Por mí, que soy tu hija, por los que vendrán detrás de mí.

LORENZO

¡Qué tormento! ¿Dónde está el deber? ¿Cuál es mi camino?

ELENA

¡No dejes vacilar tu conciencia! Tu camino es el de la reivindicación, el del poder...

MERCEDES

Tienes razón, Elena... Su camino no es el mío. ¡Qué egoísta es mi amor!

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior

ESCENA I

LUCIANO, ALBERTO y JOAQUÍN

ALBERTO

¡Será una entrada triunfal!

LUCIANO

¡Cómo han cambiado las cosas! El perseguido de ayer es hoy el salvador de la patria.

JOAQUÍN

Los mismos adversarios le dan el triunfo. Lanzaron tantas culpas sobre él, que la opinión, al no verlas confirmadas, se vuelve ahora contra sus detractores.

LUCIANO

¡Así es la política!

ALBERTO

Es que Lorenzo Almeida es el primer cerebro de su época. Nuestro país va a un desastre por falta de hombres.

LUCIANO

Y por él venimos.

ALBERTO

Nunca se ha visto un estado de opinión tan unánime hacia un político.

LUCIANO

La nación entera reivindica su nombre y el Rey le entrega el poder.

ALBERTO

¿Qué proyectos tiene? Tú debes saberlo, Joaquín.

LUCIANO

¿Aceptará?

ALBERTO

Claro, hombre, y formará Gobierno con su gente.

JOAQUÍN

En los momentos de constituir ministerio... perded cuidado, no os olvidará.

LUCIANO

¡Chico, lo dices con una ironía! Comprenderás que en aquellos momentos toda adhesión hubiese sido imprudente. Además, las locuras de Mercedes habían llegado a un límite...

ALBERTO

Que, francamente, no era posible; tú mismo, Joaquín, tienes que comprenderlo. El gobernante se ha salvado, pero el marido... En fin, quiera Dios que la presencia de Mercedes no le cree conflictos de nuevo. ¡Han circulado tales cosas, y ya sabes que la mujer del César...! Y el nuestro es un país con reminiscencias atávicas en cuestiones de honor.

LUCIANO

Haces mal en achacar a tibieza ciertas actitudes de los amigos.

JOAQUÍN

No os sinceréis conmigo, no tenéis necesidad. Lo que importa es que el partido se unifique, olvidando lo pasado.

ALBERTO

Lorenzo está hoy en alza y todos se le entregarán incondicionalmente. Puede hacer lo que quiera.

ESCENA II

(Dichos, y ELENA con un montón de telegramas)

ELENA

Todo esto son felicitaciones y adhesiones de quienes menos ustedes piensan. Reclaman su presencia. ¡Qué hermoso desquite!

LUCIANO

Y él, ¿cómo ha recibido la noticia?

ELENA

Con bastante más indiferencia que cualquiera de nosotros. Se había hecho a esta tranquilidad.

JOAQUÍN

Que pierde de nuevo, ¡y quién sabe hasta cuándo! Aquí tiene cuánto hace amable la existencia: afectos, consideración, trababajo bien remunerado... ¡Al volver a nuestro país encontrará aplausos, vítores... hasta que la zarpa de la envidia vuelva a clavársele carne adentro!

ELENA

No hay que pensar en eso, Joaquín.

ALBERTO

No amargues este éxito con tus pesimismo.

JOAQUÍN

Yo he sido —después de Elena, desde luego—
quién con más constancia ha llevado a su ánimo la
idea de reconquistar el poder; pero no he de negaros
que me apesadumbra la carga que vamos a echar so-
bre sus hombros.

ALBERTO

Piensa que su figura en el extranjero terminaría
por desdibujarse.

LUCIANO

¡Y regresa aclamado por todos!

ELENA

No cabe duda que es la consagración de su per-
sonalidad.

ESCENA III

(*Dichos, MAD. DE MONTCLAIR y MR. LEGRAND*)

MR. LEGRAND

¡Qué gran día para Lorenzo Almeida y para su país!

MAD. DE MONTCLAIR

¡Es el triunfo de un hombre contra todo un sistema!

ELENA

Para mí ha sido una satisfacción inmensa.

MAD. DE MONTCLAIR

Que alcanza a todos los que hemos tratado a tu padre.

ELENA

¡Una injusticia tan grande no podía prevalecer!

MAD. DE MONTCLAIR

¿Cuándo os vais?

ELENA

Supongo que en seguida. Acaso mañana mismo.

LUCIANO

Sí, sí, mañana mismo; no podemos aplazarlo.

ELENA

En la situación nuestra todo se arregla rápidamente; es cosa de hacer las maletas.

MR. LEGRAND

Los momentos de efervescencia deben aprovecharse.

JOAQUÍN

¿Qué noticias tienen ustedes, Mr. Legrand?

MR. LEGRAND

Que la crisis está pendiente de solución en espera del Sr. Almeida, a quien se prepara un recibimiento popular.

JOAQUÍN

¿Son recientes?

MR. LEGRAND

Los telegramas de esta madrugada. ¡Cómo cambian las cosas! En política no hay injusticia eterna.

ESCENA IV

(*Dichos, COCOLÍN y NITA*)

COCOLÍN

¡Elena, un abrazo!

NITA

¡Qué guapa estás, chical!

COCOLÍN

¡Cómo te ha sentado este París!

NITA

Nos acabamos de enterar del acontecimiento.

COCOLÍN

Y aquí estamos a felicitaros.

NITA

A felicitarnos también. Nosotras fuimos siempre almeidistas.

ELENA

Gracias, gracias. Ustedes sí que están monísimas.

COCOLÍN

¿Y Mercedes? ¡Estará encantada!

NITA

Ahora que rabien las envidiosas.

COCOLÍN

Las cursis que no podían soportar su elegancia.

ELENA

Pero vengan acá. No les he presentado.

(A MAD. DE MONTCLAIR y a MR. LEGRAND)

MAD. DE MONTCLAIR

Encantada.

ELENA

Son unas amigas muy alegres y muy simpáticas.

MR. LEGRAND

Claveles españoles.

COCOLÍN

Muy galante.

NITA

Unas buenas amigas, sencillamente, que en las horas alegres se divertían en las fiestas de Lorenzo Almeida y que en el destierro han sabido defenderlo de la envidia y de los *amigos incondicionales*.

LUCIANO

¿Desde cuándo estáis en París?

COCOLÍN

Hace una semana. Hemos venido a ver trapos. Pronto regresaremos.

JOAQUÍN

¿Novedades de la patria, Cocolín?

COCOLÍN

Lo más sensacional, después de la revolución, es el casamiento de Paco Navas y Beatriz.

ELENA

¡Por fin!

NITA

¡Un matrimonio romántico en estos tiempos! Ya ves si es grande la noticia.

ESCENA V

(Dichos y LORENZO)

MAD. DE MONTCLAIR

¡Venga acá! Deje que le felicitemos. ¡Qué triunfo, amigo mío!

MR. LEGRAND

¡Es una consagración definitiva!

COCOLÍN

Un desquite estupendo.

NITA

Si no fuera por estos correligionarios mal intencionados, le daba un abrazo, Lorenzo.

LORENZO

Gracias, gracias. Vuestra amistad, vuestro cariño agranda este acontecimiento.

MR. LEGRAND

Es un hecho histórico que enaltece por igual a usted y a quienes lo realizan.

MAD. DE MONTCLAIR

Salir de su patria custodiado por el odio y la calumnia y regresar aclamado, entre palmas. ¡Admirable!

LORENZO

Crean ustedes que, aparte el orgullo de reivindicar mi nombre, no me lleva ninguna ilusión a las alturas del poder. ¡Era tan feliz ahora!

JOAQUÍN

Motivos sobrados tienes para estar orgulloso: la política de nuestro país no registra un caso igual.

ALBERTO

Es único.

LUCIANO

Hay que ir preparando la marcha. No debemos retrasarla.

LORENZO

¿Tanta prisa hay?

ALBERTO

Todo está pendiente de tu regreso.

LORENZO

Necesito tres o cuatro días para arreglar mis asuntos.

ELENA

No, papá, hemos de salir mañana. Los asuntos de París ya los arreglarás con calma. Con las cosas urgentes yo me entiendo. En unas horas quedará todo pronto. Joaquín me ayudará, ¿verdad?

JOAQUÍN

Desde luego. No te preocupes tú de nada, Lorenzo. Me explico tu emoción y debes calmar tus nervios.

LORENZO

Es que le iba tomando apego a esta vida burguesa. Me parecía haber nacido de nuevo. La realidad me despierta y me asusta. Pero, en fin, no hablemos de ello. ¿Mañana queréis el regreso? Pues sea mañana. Cuanto más pronto, mejor.

MR. LEGRAND

La verdad se abre paso siempre. Nuestro gran amigo Almeida abandona el destierro para subir otra vez a la cumbre.

LUCIANO

Entonces Alberto y yo vamos a ocuparnos de los detalles del viaje. Hasta luego.

LORENZO

Sí; encargaos de todo.

MR. LEGRAND

Yo voy al periódico a comunicar el suceso a París. Una vez más mi felicitación, señor Almeida.

COCOLÍN

También nosotras nos vamos.

NITA

Feliz regreso y hasta pronto.

LORENZO

Muchísimas gracias, Mr. Legrand. Contad con que me llevo de vosotros un recuerdo muy grato.

(Salen LUCIANO, ALBERTO, MR. LEGRAND, NITA y COCOLÍN)

ELENA

Nosotros a trabajar también, Joaquín. En poco tiempo arreglaremos todo.

(Salen ELENA y JOAQUÍN)

ESCENA VI

MAD. DE MONTCLAIR y LORENZO

LORENZO

Y a usted, Mad. de Montclair, ¿cómo expresarle mi agradecimiento? ¡Ha sido usted tan buena con nosotros!

MAD. DE MONTCLAIR

Nada, nada... ¡Ya lo sabe usted: si vuelve a caer en desgracia, mi casa le espera con las puertas abiertas y en ella encontrará otra vez mi afecto y mi adhesión personal! En el poder no me interesa usted, querido

Almeida. ¡Con que muchos éxitos y no olvidar a sus amigos de París!

LORENZO

Para quien supo dulcificar los días tristes de mi destierro, mi alma siempre guardará un sentimiento de gratitud.

MAD. DE MONTCLAIR

No ha sido para tanto; basta con un pensamiento de simpatía.

LORENZO

Una amistad como la suya es un tesoro. Ha sido usted mi mascota.

MAD. DE MONTCLAIR

No; su mascota, su verdadera mascota, es su hija. ¡Qué espíritu! Es un tesoro. Elena tiene el temple de las mujeres de otra época. Compañera inapreciable para un luchador. Es de las que impulsan; siente la ambición de ver subir a los que ama.

LORENZO

Es verdad. Hay en ella una fuerza alentadora. Sin ella, acaso, no volvería yo a la vida pública; ella es quien me empuja.

MAD. DE MONTCLAIR

Y hace bien; usted no podía quedar así; hubiese sido una deserción.

LORENZO

¿Y quién le dice a usted que ahora no tendré que desertar también?

MAD. DE MONTCLAIR

¿De dónde?

LORENZO

De mi casa, de mi hogar, de mis cariños. La política, bien lo sabe usted, es exclusivista, absorbente.

MAD. DE MONTCLAIR

Cuando se tiene una mujer tan encantadora como Mercedes, es sensible, lo comprendo. Son ustedes jóvenes y tienen todavía ilusiones; pero la vida para usted, Lorenzo, es algo más. Tiene usted que pensar, no en su propia felicidad, sino en la de los otros; no en sus propios dolores, sino en los dolores de su pueblo. Esa es su misión. ¡Entréguese a su patria sin vacilar, sacrificándole, si fuere necesario, sus más puros sentimientos!

LORENZO

¡He de sacrificárselos, y eso es lo peor, amiga mía, que aquel anhelo de subir —que era como una llama

en que ardía todo mi ser— ya no existe! Antes había en mí un afán, un estímulo...

MAD. DE MONTCLAIR

Que renacerá desde que ponga los pies en su patria. ¡La tierra, nuestra tierra, es también un gran amor!

LORENZO

Más tornadizo que el de las mujeres.

MAD. DE MONTCLAIR

No busque usted eternidad en los sentimientos.

LORENZO

Me conformo con reciprocidad.

MAD. DE MONTCLAIR

Tampoco. Ponga usted su corazón en una mujer o en una idea sin esperar nada de ellas. En esa reciprocidad de amor, que usted quiere, son dos a amar; en el amor sin esperanza es uno solo, y esto, ya lo dijo el poeta, es más grande, más generoso.

LORENZO

¡Más grande, más generoso, tal vez; más humano, no! En el amor hay siempre algo de posesión, y necesitamos saber que aquello que amamos es nuestro, ¡nuestro por imperativos del alma!

MAD. DE MONTCLAIR

¡Nada tan nuestro como la tierra! ¡Nada tan suyo como la patria que hoy reclama sus servicios!

LORENZO

Hasta que arrojado de ella vuelva a buscar refugio en su casa de usted. Entonces ya no será mi patria, sino la de los otros.

MAD. DE MONTCLAIR

Olvide los agravios.

LORENZO

Eso pretendo. La herida duele todavía, pero mis rencores se han calmado.

MAD. DE MONTCLAIR

Pues a seguir su destino. Quisiera saludar a Mercedes antes de irme.

LORENZO

La llamaré yo mismo y...
(Tendiéndole las manos)

MAD. DE MONTCLAIR

Hasta mañana; iré a despedirles a la estación.

ESCENA VII

MAD. DE MONTCLAIR y MERCEDES

MERCEDES

¡Ah, mi querida Mad. de Montclair! Discúlpeme, no sabía que estuviese usted aquí.

MAD. DE MONTCLAIR

He venido a felicitarles; ya he visto a Lorenzo y a Elena.

MERCEDES

Ha sido una cosa inesperada. Creo que le ofrecen el poder; aún no sé lo que contestará Lorenzo.

MAD. DE MONTCLAIR

¿Qué ha de contestar? Sale mañana mismo.

MERCEDES

¡Mañana!

MAD. DE MONTCLAIR

Hace un momento lo han obligado esos amigos que han venido en su busca.

MERCEDES

Entonces, ¿vuelve a la política?

MAD. DE MONTCLAIR

Es su vida, Mercedes, y hay que dejarlo cumplir su misión.

MERCEDES

¿Y dice usted que mañana...?

MAD. DE MONTCLAIR

Regresan ustedes.

MERCEDES

¡Mañana! No creía yo que fuese tan pronto.

MAD. DE MONTCLAIR

Pero, ¿le disgusta a usted, Mercedes?

MERCEDES

(Con la voz rota en lágrimas)

¡No! ¡Si estoy muy alegre! Ya puede usted comprenderlo... ¡El triunfo de Lorenzo, volver a la patria...!
¡Estoy muy alegre! ¿No lo ve usted? ¡Muy alegre, muy alegre, y soy muy feliz...!

MAD. DE MONTCLAIR

¡Cálmese, cálmese...!

MERCEDES

¡Soy muy feliz, muy feliz!

MAD. DE MONTCLAIR

Comprendo su emoción, pero...

MERCEDES

¡Otra vez arriba, a lo alto!

MAD. DE MONTCLAIR

Al primer puesto.

MERCEDES

Destacándose de todos para que los dardos hagan blanco en su pecho.

MAD. DE MONTCLAIR

¿En su pecho?

MERCEDES

¡Y en mi corazón, Mad. de Montclair!

MAD. DE MONTCLAIR

¡Qué ideas! Usted es muy sentimental y se martiriza inútilmente.

MERCEDES

¡Martirizarme no, alegrarme de su exaltación! ¡No sabe usted con cuánto fervor se lo vengo pidiendo a Dios! ¡Él me ha oído, me ha oído!

MAD. DE MONTCLAIR

Descanse un poco; esa inquietud le hace daño.
¡Descanse! Hasta mañana. Iré a despedirles.

MERCEDES

¡Hasta mañana!

(Se besan cariñosamente)

ESCENA VII

(MERCEDS queda sola. Desde lo más íntimo de su ser surge una tristeza infinita. Es un instante de angustia desoladora.

JOAQUÍN cruza la escena con propósito de salir)

JOAQUÍN

Buenos días, Mercedes.

MERCEDES

Un momento, Joaquín. Ya sé que es mañana el día fijado para el regreso.

JOAQUÍN

Sí. Los amigos entienden que Lorenzo no debe retrasar el viaje.

MERCEDES

Pues bien: quiero hacerle una pregunta.

JOAQUÍN

Usted dirá, Mercedes.

MERCEDES

Sé que me dirijo a un hombre de corazón y al mejor amigo de la casa.

JOAQUÍN

Cierto.

MERCEDES

Y quiero creer que me contestará sinceramente.

JOAQUÍN

Seguro. ¿De qué se trata?

MERCEDES

¿Cree usted, Joaquín...? No sé cómo decírselo...

JOAQUÍN

Vamos; sin temor.

MERCEDES

Es una cosa sencilla, sin importancia... Sólo que estoy algo nerviosa...

JOAQUÍN

Tranquilícese.

MERCEDES

¿Cree usted que mi vida... que mi pasado, en fin, pueden echar todavía sombras en la reputación de Lorenzo?

JOAQUÍN

(Con mucha vacilación y sin querer concretar nada)

Yo... Es una pregunta, usted comprenderá, Mercedes...

MERCEDES

Sin rodeos, sin escamotear el pensamiento, Joaquín. Responda a esta confianza que pongo en usted, con claridad. ¡Ello sería para mí una prueba de su estimación!

JOAQUÍN

Es que yo no puedo aventurar juicio sobre asunto tan delicado.

MERCEDES

¡Piense que estoy necesitada de conocer la verdad, que ignorarla me llevó a lo que no quisiera que volviese! ¡Que necesito estar en guardia contra mí misma, Joaquín!

JOAQUÍN

Ya conoce usted nuestro país; la maledicencia se enseñó con usted. Ciertas modalidades son censuradas con criterio africano, y un hombre, en la posición de Lorenzo, es más visto; todas las cosas con él relacionadas se agrandan y los adversarios no tienen escrúpulos para combatir; llegan a todo.

MERCEDES

¡Hasta la calumnia, lo sé!

JOAQUÍN

Me explico en estos términos, porque usted me lo exige.

MERCEDES

Y se lo agradezco.

JOAQUÍN

Pero no quiero que dé a mis palabras mayor alcance del que tienen.

MERCEDES

Pierda cuidado.

JOAQUÍN

¡Usted, Mercedes, es una mujer buena y desgraciada!

MERCEDES

No lo sabe usted bien.

JOAQUÍN

Todo lo suyo será siempre desfigurado. Su belleza, su juventud, su misma elegancia —que a tantas irrita— tienen la culpa. Fuera usted una mujer insignificante y nadie la calumniaría.

MERCEDES

Entonces no sería un obstáculo. ¡Ahora lo soy para Lorenzo!

JOAQUÍN

No, eso no, precisamente...

MERCEDES

Sí, sí. ¡No me dejaré engañar otra vez por dulces mentiras! Vamos a otra cosa. Sé que ama usted a Elena y quiero pedirle que la haga muy feliz, porque es muy buena y muy merecedora de usted. ¡Si yo hubiese sido como ella, qué dichosa sería hoy!

JOAQUÍN

Elena es la mayor ilusión de mi vida.

MERCEDES

No sabe usted qué alegría es para mí oírlo de sus labios.

JOAQUÍN

Y puede estar segura, Mercedes, que haré cuánto de mí dependa por su felicidad.

MERCEDES

Gracias, Joaquín. Ahora un consejo: no deje nunca secar su alma, ni deje tampoco que la política se apodere de usted por completo; piense siempre en su mujer, ¡y piense en ella un poco en amante, que su conducta sea la expresión o la ilusión de un gran amor! ¡Aférrense juntos a la vida, para que ningún embate, por muy adverso que sea, los separe!

JOAQUÍN

Comprendo el alcance de su consejo y no lo olvidaré nunca.

ESCENA IX

(*Dichos y ELENA*)

ELENA

Casi todo está arreglado ya.

MERCEDES

¡Qué contenta estás, Elena!

ELENA

Es verdad... Tengo una alegría tan grande, un regocijo por dentro, que me entran ganas de cantar... ¡Pero tú, en cambio...!

MERCEDES

Más contenta, si es posible, que tú. ¡Y después que Joaquín me ha dicho algo que tú me ocultabas!

ELENA

No había llegado su tiempo.

JOAQUÍN

Ya venció el plazo, ahora no hay dificultad ninguna. Tu padre, camino del poder, de la gloria; nosotros, camino del amor.

MERCEDES

¡Que es la única verdad!

ELENA

Yo había aplazado esta gran ilusión hasta que el nombre de mi padre quedase plenamente reivindicado. ¡Y estos dos sucesos me hacen tan feliz, que estoy loca de contento!

MERCEDES

Y yo pido al cielo que esa dicha te dure siempre.
Vengan acá los dos.

(Los abraza maternalmente)

¡En este abrazo pongo todo el corazón! ¡No me olviden! Tú, Elena, no pienses en mí con rencor. ¡Te quiero tanto!

ELENA

¡Qué niña eres! ¿A qué vienen esas lágrimas?

MERCEDES

Son de alegría. ¡Soy tan feliz!

JOAQUÍN

Nada, nada, a sacudirse; pues no faltaba más...
¡También yo si me descuido...! Me marchó. Hasta luego.

(Sale hondamente conmovido y luchando para que no se le salten las lágrimas)

ESCENA X

MERCEDES y ELENA

MERCEDES

Joaquín te hará muy feliz; es muy bueno.

ELENA

Y nos comprendemos, que es lo principal en estas cosas.

MERCEDES

¿Se lo has dicho a tu padre?

ELENA

Todavía no, pero me parece que lo sospecha.

MERCEDES

Se alegrará mucho. ¡Son tan amigos! Aquí viene

ELENA

No le digas nada; quiero ser yo quién le dé la noticia. Os dejo solos; tengo mucho que hacer.

ESCENA XI

MERCEDES y LORENZO

MERCEDES

Ya sé que has decidido partir mañana. Es lo mejor.

LORENZO

¡Me llevan, Mercedes! Yo, por mi parte, bien quisiera retrasar la salida. ¡Me encuentro tan a gusto aquí!

MERCEDES

De ningún modo. Sería una torpeza. Hay que aprovechar las oportunidades y ninguna como ésta para ti. De nuevo eres el hombre del día.

LORENZO

¡El hombre del día! Si vieras qué poco me satisface, de esta vez, esa actualidad. Tengo como un presentimiento de cosas desagradables.

MERCEDES

¡Quién piensa en eso! ¡No seas tonto, hombre!

LORENZO

¡Fue una caída tan dolorosa...! ¡Pensar que pudiera repetirse...!

MERCEDES

Ten la seguridad de que no se repetirá.

LORENZO

No fíes. La opinión es inconstante. Hoy está conmigo, mañana, sabe Dios con quién. Basta un poco de escándalo para que nos vuelva la espalda. ¡En esas mil cabezas el pensamiento es tornadizo!

MERCEDES

Estás equivocado, Lorenzo. A ti te quieren y te necesitan. Nada entorpecerá tu marcha. ¡Ya verás lo

alto que vas a subir! Y no hablemos más de eso. ¿No me olvidarás?

LORENZO

Hablas como si nos fuésemos a despedir.

MERCEDES

No, no es eso; pero ahora tu vida es distinta; tendrás tanto trabajo que no te quedará tiempo para decirle tonterías a tu mujer y yo quiero que hoy me las digas, que me digas que he sido tu único amor, que me quieres y que me perdonas, ¡que me perdonas, sobre todo!

LORENZO

Para qué hablar de ello? Ya sabes cómo te quiero y cómo te he perdonado, ¡con toda el alma!

MERCEDES

¡Eres muy bueno y no tengo otro cariño que el tuyo! Me gustaría poderme hacer pequeñita para caber en el hueco de tus manos y que me cubrieras toda con un beso. ¡Así pesaría tan poco sobre tu corazón! ¡Mírame, mírame a los ojos!

LORENZO

¡Que son muy embusteros!

MERCEDES

Por mi culpa fuiste perseguido.

LORENZO

No digas eso.

MERCEDES

¡Sí, por mi culpa! Pero ahora quiero despojar mi amor de toda clase de egoísmos. ¡No he de seguir siendo un obstáculo en tu carrera!

LORENZO

El pasado ha muerto. No hay que revolverlo más.

MERCEDES

Para ti comienza otra vida, con un porvenir deslumbrante.

LORENZO

Y sin embargo, Dios sabe cuánto he vacilado antes de ceder a los requerimientos del país. Está uno hecho de barro y se aferra, como un desesperado, a los oropeles de una sociedad que nos odia y a quien nosotros despreciamos. Y por esta escoria, por esta podedumbre abandono mi hogar, abandono mis costumbres, ¡y te abandono a ti otra vez!

MERCEDES

¿Quién habla de abandono?

LORENZO

No puedo evitar el sentir ahora una tristeza...

MERCEDES

¡Cómo corre hoy esa imaginación! ¡Qué niño eres! Aquí tienen ustedes al grande hombre convertido en una criatura. ¡Calla, calla! ¡Si no dices nada en razón! El mimado de la suerte, el domador de su propio destino se queja en la hora más feliz de su vida. ¡Habrá injusticia! Y es que usted, señor esposo, me sigue considerando la muñequita de antes, la inconsciente de sus deberes, la que no toma arte ni parte en los triunfos de su marido, la que se ausenta de todos sus afanes. ¡Se equivoca usted! ¡Te equivocas, Lorenzo! Ahora no hay un latido en mi ser que no se haya compenetrado con tus aspiraciones, ni un pensamiento que no sea una fuerza alentadora de tu ambición. ¡No ser para que tú seas! ¡Destruirme, para que sobre mi carne y mis huesos afirmes tu gloria, es ya mi único deseo!

LORENZO

¡Mercedes, Mercedes! ¡Yo sacrifico tu amor a mis ambiciones y tú, en cambio...!

MERCEDES

¡Qué tonto, qué tonto; si el único sacrificado eres tú; te sacrificas por todos! ¡Si yo valiera algo, pero soy tan poca cosa!

LORENZO

Eres una santa.

MERCEDES

Ven acá. Siéntate. Ahora yo a tus pies.

LORENZO

Como lo que eres, como una niña.

MERCEDES

Y tú, al igual que en aquella tarde...

LORENZO

Allá en nuestra casa, recién casados...

MERCEDES

No, aquí, recién encontrados el uno dentro del otro. ¿Te acuerdas?

LORENZO

Sí.

MERCEDES

Casi me quedé dormida. ¡Fue como un sueño...!
Tu voz venía de lejos. En aquellas palabras tuyas había una extraña emoción, algo infinito. ¿Recuerdas que nos miramos al fondo de las almas y vimos que la verdad era una sola y el dolor y el amor uno solo también y que el mundo estaba viejo y triste porque no nos comprendíamos?

LORENZO

Nos íbamos distanciando y el destierro nos unió.

MERCEDES

Para no separarnos más.

LORENZO

Ni en la muerte.

MERCEDES

En la muerte estaremos más unidos y más libres y más limpios. La redención viene de ella y a ella hay que ir para santificar nuestras pasiones.

LORENZO

Pero, ¡qué ideas tan filosóficas! ¡Estás desconocida!

MERCEDES

¡No te burles! Hay que pensar un poquito en todo. Y en ti también, en que te cuides, en que te guardes de los fríos de los ministerios; en esos ministerios siempre hay corrientes...

LORENZO

De aire y de malas intenciones.

MERCEDES

En la maleta grande va tu ropa interior y tu neceser.

LORENZO

Cualquiera creería que cada uno va por su lado.

MERCEDES

Ahora voy a preparar lo mío; para mí es todo muy sencillo. Como estoy fatigada te ruego que si me duermo no te alarmes, me das un beso sin despertarme y me dejas dormir.

LORENZO

Será como tú quieras.

(MERCEDES lo besa apasionadamente y, al salir, lo contempla desde la puerta, trémula de emoción)

ESCENA XII

(LORENZO queda solo.—De su espíritu se va apoderando una desagradable inquietud, como si un presentimiento agorero le estuviese zumbando al oído. Intentará fijar su atención en un libro, en un periódico; pero las ideas sombrías se le irán clavando en el alma y el temor de una desgracia lo tendrá en dolorosa zozobra.—Esta escena muda durará el tiempo que el actor estime necesario para exteriorizar la incertidumbre de quien teme lo inesperado)

ESCENA XIII

LORENZO, LUCIANO y ALBERTO

ALBERTO

¿Se puede?

LORENZO

¿Quién? ¡Ah! ¿Sois vosotros? Adelante.

LUCIANO

Venimos de la Embajada. Todo está pronto.

ALBERTO

Tenemos a nuestra disposición un vagón de lujo.

LUCIANO

Hemos dispuesto la salida para las diez.

LORENZO

Conforme.

ALBERTO

Ya hemos telegrafiado.

LUCIANO

Muchos elementos de la colonia irán a la estación.
La noticia ha circulado rápidamente.

ALBERTO

Existe una gran expectación alrededor de esta crisis.

LUCIANO

Hay comentarios para todos los gustos.

ALBERTO

Los periódicos de la mañana anuncian un Gobierno nacional.

LUCIANO

A nuestra salida se hablaba de colaboraciones.

LORENZO

Cábalas prematuras.

ESCENA XIV

(Dichos, ELENA y a poco JOAQUÍN)

ELENA

(Desde dentro, con voz desgarrada, implorante)

¡Padre, padre!

(Entra en escena delatando en su rostro
el asombro de la tragedia)

¡Padre!

LORENZO

¿Qué pasa?

ELENA

(Queriendo detenerle)

No, nada...

LORENZO

(Que se precipita adentro)

¡Mercedes, Mercedes, Mercedes!

JOAQUÍN

(Que entra a las voces de ELENA)

¿Qué ha sucedido, Elena? Estás pálida como una
muerta.

ELENA

¡Dios mío, Dios mío!

JOAQUÍN

¿Mercedes?

ELENA

¡Sí!

ALBERTO

¡Qué horror!

LUCIANO

¡Y en qué momento!

JOAQUÍN

(Con desolada ironía)

Ya no hay obstáculo. ¡Ya tenéis libre el camino!

ELENA

¡Qué desgracia, Joaquín!

JOAQUÍN

¡Y qué lección!

ELENA

En este crimen todos pusimos nuestras manos.
¡Están rojas!

LORENZO

(Entra con mirada desvariada)

No hagáis ruido. Duerme. Está cansada y me pidió que no la despertara. Quiere dormir. ¡Dormir!
¡Silencio! ¡Silencio!

TELÓN

EL AMOR EN MARCHA

DIÁLOGOS INVEROSÍMILES

PERSONAJES

LA MUJER

EL POETA

EL FILÓSOFO

EL SEDUCTOR

Srta. Palma

Sr. Reig

Sr. Prado

Sr. Torres

*Estos Diálogos inverosímiles fueron estrenados en
el «Teatro Guimerá» de Santa Cruz de Tenerife
la noche del 23 de marzo de 1911*

En el jardín, entre mirtos y rosas, ostentan su pagana desnudez una Venus y un Apolo.—La luna deja jirones de luz entre los laureles. En la calma del ambiente hay una ofrenda de perfumes.—Un sendero de arrayanes conduce a un surtidor, en el que un artista florentino dejó la gracia de su cincel. La sinfonía del agua tiene la dulce cadencia de una trova morisca. Es una noche propicia al ensueño.

ESCENA I

(EL POETA, enamorado de la luna, sueña con una pasión ultramaterial; visionario y lunático, tiene los ojos ensombrecidos de nostalgia. En alabanza de su amada, rima una poesía. La urdimbre de los versos está tejida con su propia alma. A LA MUJER ofrenda, en vaso sagrado, la esencia de su ser.—A poco entra EL FILÓSOFO, quien, como el Apóstol incrédulo, solamente cree en lo que ve)

EL FILÓSOFO

¿Por qué tan pensativo? ¿Qué piensas, Poeta?

EL POETA
(Sin atenderle)

Amor engendra deseos, caricias, sueños voluptuosos. La amada despierta en el amante ansias de poesía.

Si la vida es realidad, hagamos de la realidad un sueño
y será el sueño azul de los poetas.

EL FILÓSOFO

Soñador, como siempre, te encuentro.

EL POETA

Cuando el amor es medianero entre dos almas,
se es soñador y se es poeta.

EL FILÓSOFO

Pero si entre esas dos almas hay un tercero menos
soñador y más afortunado... ¿qué se es?

EL POETA

¡Cuerno!

EL FILÓSOFO

Ponte en guardia.

EL POETA

¿Por qué dices tal? ¿Acaso no me es fiel la ama-
da? ¿Si sueña, no sueña conmigo, con su poeta que le
dice ternezas y le ofrenda versos?

EL FILÓSOFO

Mira: ella, como todas las mujeres, es un poco co-
queta y otro poco vanidosa, y entre un collar, presente
de... *su amigo*, y un madrigal, ofrenda tuya, prefiere, con

muy buen acierto, el collar, que éste realza la hermosura de la garganta y el madrigal sólo deja un dulzor fugaz, como picada de abeja que acaba de libar en el cáliz de una rosa.

EL POETA

¡Ah! ¡Que tus recelos envenenan mi alma y matan mis alegrías! Habla, Filósofo; pero no: si has de decir algo de ella, no lo hagas. Eres ruin y de todo sospechas.

EL FILÓSOFO

Soy ruin, porque veo y no cierro los ojos, y tú necio, porque puedes ver y te empeñas en no ver. Siempre he creído que si todos los locos no hacen versos, en cambio todos los versos son hechos por locos. Tu amada te engaña.

EL POETA

Mientes. Ella, que es bella como mi otro amor —la luna—, es como ésta, constante y firme.

EL FILÓSOFO

La luna está arriba, fuera del alcance de tu adversario, y la mujer está aquí, en la tierra, cerca de él.

EL POETA

Tu sabiduría, Filósofo, es la sabiduría de la serpiente, se arrastra. ¡No eres capaz de volar! Odias las alturas.

EL FILÓSOFO

Dan mareos y yo soy propenso al vértigo.

EL POETA

Las alturas ensanchan los horizontes.

EL FILÓSOFO

Desciende y contempla. En el jardín hay flores, las mariposas vienen a libar mieles en ellas, y cuando una mariposa abandona una flor, otra mariposa comulga en el mismo cáliz de la misma flor. Y ten presente que el amor es semejante a las flores y a las mariposas.

EL POETA

Siempre fuiste mal pensado, pero nunca como hoy tu voz envenenó mis sueños, que tal es el poder de las palabras cuando nos hablan de traiciones.

EL FILÓSOFO.

Las palabras sólo tienen poder cuando traducen verdades.

EL POETA

También es grande el poder de la mentira.

EL FILÓSOFO

Cuando la mentira rueda, la verdad comienza a formarse.

EL POETA

¡Calla! Toda mi vida la he puesto en ella.

EL FILÓSOFO

En amor no gana más quien más pone.

EL POETA

No es... ¡No puede ser!

EL FILÓSOFO

El que despierto vive, cuida de su hacienda; al que sueña, fácilmente se le engaña.

EL POETA

Vete, vete, no te creo, ¡no quiero creerte!

EL FILÓSOFO

Pues bien, sigue escribiendo versos...

EL POETA

¡No, no es posible! ¿Si ella amara a otro? ¿Por qué dudo? ¿Qué es esto? ¡Lloro! ¿Por qué llorar si ella es mía, sólo mía, sólo...? Pero, ¿puede una mujer ser sólo de un hombre? ¿Será como la flor que hoy da su miel a una mariposa negra y mañana a una mariposa blanca? ¡Ah... maldito Filósofo!

EL FILÓSOFO

Piensa que el lunar que ostenta en la mejilla izquierda, anoche lo lucía en la mejilla derecha; la media luz de la alcoba y las premuras del tiempo fueron las causantes de tal mudanza.

EL POETA

¡Luna, amada luna, inspiradora de los versos que hice en su elogio, dime que el Filósofo miente, que no hay más verdad que la de nuestra fantasía! En las especulaciones del espíritu yo fabrico ilusiones y tú, Filósofo resentido, las destruyes. Matar una realidad no duele tanto como matar un sueño.

EL FILÓSOFO

¡Como no te sea fiel la luna...!

ESCENA II

(EL POETA está sumido en profundo dolor. Por su alma ha pasado un ave agorera: la duda.—A poco entra LA MUJER. Trae el esplendor de una juventud fragante. Es bella como la diosa de un mito, a la cual sacrificaran su virginidad las doncellas de un Imperio)

LA MUJER

¿Qué haces?

EL POETA

Soñar que sueño y que mi sueño es el sueño de mi amada.

LA MUJER

Soñador en demasía te has vuelto de algún tiempo acá. Si tus fantasías son fantasías de amante, el amor hueco encontrará en tu pecho; pero si son las de un loco, como te asegura el Filósofo, te compadezco, Poeta mío.

EL POETA

¿Cómo has dicho? ¿Mío? ¿Mío...? Vuelve a decirlo; necesito saber que soy tuyo, todo tuyo, para que en mi alma cante la alondra.

LA MUJER

Tuya soy también, sólo tuya, que mi alma y mi pensamiento son del Poeta.

EL POETA

Pues oye mis versos. Son para ti. Un madrigal a tus ojos, entre cuyas pestañas mi alma está prisionera. Ojos profundos como el mar y como la muerte.

LA MUJER

¡Cómo me acarician tus palabras!

EL POETA

Son tuyas. La inspiración viene de ti.

*Tus ojos me condenaron
a no ser libre jamás,
me sedujo su misterio,
su inquieta profundidad.*

*Son tan claros, tan azules,
que en su límpido mirar
irradia toda la gloria
de la luz primaveral.*

*Algunas veces los nubla
secreta sombra fugaz,
celajes de algún recuerdo,
de una quimera quizá;*

*entonces muere su brillo
cual rayo crepuscular,
y su caricia es tan triste
como una tarde otoñal.*

*Ojos de místico encanto,
infiernos para mi afán,
miniaturas adorables
de un firmamento ideal,*

*al imperio de la Muerte
vuestro imperio retará...
¡aun para siempre cerrados
seríais mi talismán!*

*Yo que soy vuestro cautivo,
¿qué he de hacer sino cantar
vuestra lírica belleza
sin pedir os libertad? **

LA MUJER

Cuánto te quiero, ¡mi Poeta!

EL POETA

Ése es el mejor elogio de mis versos. ¡Qué valen mis pobres versos si no logran tu amor!

(La duda se apodera del POETA, y ante la sospecha de la traición maldice a la amada. En su espíritu se desarrolla una tragedia y, en esta ocasión, la cara es espejo del alma)

EL POETA

Mujer, si tu cariño fuese mentira y me traicionaras, como asegura el Filósofo, haga el cielo que en los

* MANUEL VERDUGO.

caminos de tu vida no encuentres agua limpia para calmar tu sed.

(Se retira por el foro, donde le sale al encuentro EL FILÓSOFO, que lo esconde detrás de unos árboles)

EL FILÓSOFO

Basta de soñar. Ahora a esconderte aquí conmigo. Abre los ojos y procura ver; la vida va a pasar por delante de ti. Y acuérdate de aquel lunar que de la mejilla izquierda pasó a la mejilla derecha.

ESCENA III

(LA MUJER queda pensativa; deshoja una flor inocente; ensaya sus manos inconstantes, manos que deshojan amores al igual que rosas, manos perversas, dignas de ser elogiadas por Baltasar de Alcázar en un madrigal.—A poco llega EL SEDUCTOR. Es un gallardo mancebo enamorado de la vida, del sol y de las mujeres)

EL SEDUCTOR

Triste te encuentro. Triste, cuando esperaba hallarte alegre como un cascabel. ¿Has visto al Poeta?

LA MUJER

(Después de asegurarse de que no los oyen)

Ésa es la causa de mi tristeza; he hablado con él; comienza a sospechar de nuestros amores.

EL SEDUCTOR

Mejor. Estoy cansado de ocultar este cariño, como si fuera un delito enamorarse de tu belleza, porque ese loco te diga versos y te llame hermana menor de la luna.

LA MUJER

¡Pobrecillo! Me quiere tanto, que si supiera que le engaño... no sé lo que haría.

EL SEDUCTOR

Un soneto con estrambote. Estos poetas, amada mía, miden el amor por consonantes, y el tuyo, cuando sepa que has abandonado esta casa y te has venido conmigo, se lamentará de tu traición en unos versos llorones, en los que te dirá que eres una pérfida, una ingrata, mudable como el tiempo; sin tener en cuenta que la vida es así y que el amor muere y nace como mueren y nacen las rosas, y que cuando una pasión muere quemada por los rayos de un sol de verano, otra pasión comienza a brotar pujante, pletórica de juventud, acariciada por las tibiezas de un sol otoñal. Hasta que el rosal se cansa de dar flores y, envejecido y seco, espera a que la consoladora, la sabia, la buena, la madre muerte ponga fin a lo que amor no puede pedir porque amor no puede dar. Que el girasol por la mañana del sol recibía los besos y ahora mira de cara a la luna.

LA MUJER

Eres cruel cuando hablas.

EL SEDUCTOR

Todo cambia, todo muda, que cosa estable consigo trae el hastío, y firmeza no puede pedirsele a amor cuando el tiempo trae arrugas y se lleva ilusiones.

LA MUJER

El Poeta asegura que amor es uno y es eterno.

EL SEDUCTOR

Cosas de loco. Quien de amor mucho habla, de amor poco entiende. Que si al rimar riman con *belleza*, amor será *firmeza*, mas si riman con *desvío*, amor será *hastío*. Para los poetas todo está en el consonante, y hoy son esclavos de unas pupilas evangélicas y mañana de unas pupilas diabólicas. En carnestolendas tienen el alma prendida de unas crenchas rubias y en cuaresma es prisionera entre rizos negros.

LA MUJER

No es él así, pues nunca tuvo otra musa que yo, ni otro amor que el mío.

EL SEDUCTOR

La luna, a quien constantemente llama su amada y a quien también dedica sus versos. Bien hace el

Filósofo en asegurar que si la luna le oyera, pronto se la pegaría con otro.

LA MUJER

No digas tal. Sus versos son muy bonitos y hacen pensar en cosas muy dulces. No ha mucho me decía palabras tan tiernas, tan sentidas, que llegando hasta lo más profundo de mi ser me dejaban un gozo tan intenso que, como si mi alma fuera una paloma, quería volar, volar lejos, muy lejos, más allá de las altas torres y de los altos montes, más allá de esas nubes y de ese cielo que él con mis ojos iguala... volar, ¡qué sé yo a dónde!

EL SEDUCTOR

A mis brazos.

LA MUJER

Y como continuara aquí abajo, pegada a la tierra, me dió una pena tan grande, que a poder llorar hubiera llorado. Pero la vieja que lee en el porvenir y echa las cartas me ha dicho que con las lágrimas la piel se arruga y los ojos pierden su brillo...

EL SEDUCTOR

¡Llorar! ¿Quién piensa en llorar? La risa es el tesoro de los humildes; la alegría, la herencia que nos

legaron nuestros padres. ¿Qué sería de nosotros, hampones de un ideal, si en nuestras largas jornadas nos acompañara la melancolía, esa terrible enemiga de la vida? ¿Qué sería de nosotros, si en vez de un cielo muy azul y un sol bendito —sonrisa de Dios—, tuviéramos que marchar por un erial, teniendo por dosel todas las brumas de un invierno crudo? Yo desdeño la luna, amo el sol. ¡Desgraciados los que siempre viven en la hora gris del crepúsculo y nunca vivieron en la hora soberbia en que el sol, desde su carro triunfal, dice a los valles y a los montes, a las aldeas y a las ciudades, a las plantas y a los hombres: ¡alegraos, alegraos que ya vuelvo a estar entre vosotros, a madurar la mies, a calentar los nidos, a hacer germinar los semillas... alegraos, alegraos!

LA MUJER

También tú eres poeta.

EL SEDUCTOR

También soy poeta, pero a mi modo; no hago versos, no sujeto las palabras a ritmo ni medida, mas siento y vivo la poesía, que el mundo no es tan malo como dice el Filósofo, mientras haya sol que pregone la abundancia y agua que rime el poema de la fecundidad. La alegría de vivir, ahí tienes la mejor de las estrofas.

LA MUJER

¡Dura tan poco la alegría, se borra con tal rapidez

de los labios la señal de la risa, se marca tan profundamente la huella del dolor!

EL SEDUCTOR

La alegría y el dolor dependen no más que de nosotros. ¿Queremos estar alegres? Hagamos de nuestra vida no un terrible problema en el cual el debe siempre arroja más que el haber; no vivamos pensando en las amarguras de un porvenir desastroso; vivamos en el presente, siempre que éste valga la pena de vivirle, y si también fuere menguado, improvisemos uno lleno de abundancias y felicidades. Si pobres, imaginémosnos herederos de un rico hombre; si humildes y la vanidad nos halaga, inflémonos con las grandezas de cualquier poderoso señor, a quien daremos título de antepasado, que estando muerto, a buen seguro desmienta esta consanguinidad. Y así, soñando con las herencias de ricos parientes que jamás existieron y con la nobleza de altivos hidalgos, que tampoco vieron la luz del día, seremos tan ricos como Creso y tan nobles como el mismo Cid. Y si de gastar se trata, rumbosos echemos manos al bolsillo, hagamos intención de pagar y... sabido es que con la intención basta; la mano continúa en el bolsillo y el dinero en el arca del pariente a quien, sin existir, hemos de heredar.

LA MUJER

Bien está que finjamos noblezas y fortunas; pero

en la vida necesitamos algo más que no se puede fingir, que cuando se posee; el gozo nos retoza por todo el cuerpo y todo nos parece bello: el paisaje lleno de luz, el alma llena de luz también; pero cuando de ello estamos sedientos, cuando esta sed santa nos ahoga y no hallamos en nuestro camino una Samaritana que con el agua de su cántaro refresque nuestro espíritu, entonces el paisaje es gris y gris es nuestro pensamiento, que tales son las afinidades entre el alma y la Naturaleza.

EL SEDUCTOR

Lo sé. Ese algo misterioso que no se puede fingir ni se puede improvisar y que de las penumbras hace luz, como dices, es el amor: lo que yo hoy te ofrezco y mañana, tal vez, no te pueda dar. Es tan mudable la condición humana, hay en nosotros tal propensión a hacer juramentos de amor eterno... La noche, el sitio, la luna, el follaje, todo nos invita a hacer promesas de fidelidad constante, y al hacerlas no mentimos, que en estos momentos la eternidad es una mirada de tus ojos y un beso de tus labios.

LA MUJER

¿Y luego?

EL SEDUCTOR

Luego. ¿Para qué pensar en esa puerta cerrada?

El amor vive hoy en nosotros: gozamos de todos los placeres que tan magnífico señor nos brinda, sin pensar que en una tarde del otoño, cuando las hojas caen de los árboles en la tristeza del crepúsculo, hayamos de asistir —serenos, valientes, sin hipocresía en las palabras— al entierro de este amor. Estrechándonos las manos fuertemente, en señal de mutua gratitud, nos separemos sin rencores, sin odios, sin haber dado hospedaje al hastío... ¡Quién sabe si en otra tarde del otoño nuestras almas se buscarán para recordar! ¡Recordar es volver a vivir!

LA MUJER

Es tan pasajero el recuerdo... Cuando el amor muere, se olvida tan pronto...

EL SEDUCTOR

El olvido es la negación del ser, como diría nuestro Filósofo, el cual encierra toda su filosofía en aquel antiguo refrán que dice: «Piensa mal y acertarás». Pero yo creo que si el amor murió en plena juventud, el recuerdo es eterno.

LA MUJER

Eterno será en mí el recuerdo del Poeta. ¡Qué amarga lección encierra la muñeca despanzurrada, con sus ojitos de cristal muy abiertos, que rueda de un rincón para otro de la casa y de la cual en nuestra niñez

pronto nos cansamos, porque pronto pusimos otra en su lugar! Sólo que un día, no sabemos por qué, nos acordamos de la abandonada y afanosas corremos a buscarla; pero, ¿dónde hallarla? Más tarde, ya mujeres, repetimos el juego con el amor. Pero, después de arrojarlo, ¿dónde lo hemos de hallar?

(Pequeña pausa)

EL SEDUCTOR

(Entregándole un collar de piedras preciosas)

Toma. Al abandonar esta casa y este jardín donde amaneció mi alma cuajada de flores, quiero que salgas espléndidamente bella. Este collar realzará la hermosura de tu garganta y en tu piel encontrará su mejor estuche, de jazmín y terciopelo.

LA MUJER

(Con gran contento)

¡Qué hermoso! ¡Qué lindos brillantes! ¡Qué esmeraldas tan encantadoras...!

(Con lagotería)

¡Cuánto te quiero, amor mío!

EL SEDUCTOR

Pues bien: esos brillantes que en tu pecho refulgen como estrellas; esos rubíes, lunares rojos, rojos como tus labios, y esas esmeraldas, verdes como el mar, verdes como el laurel que corona la frente de los elegidos,

y esos zafiros, azules como los ojos de mi amada, son falsos. Pero no te disgustes, nadie los distinguirá de los legítimos.

LA MUJER

Así nadie sabrá tampoco distinguir el amor verdad del amor mentira.

EL SEDUCTOR

¿Sabemos por ventura dónde termina la verdad y comienza la mentira?

LA MUJER

Tampoco sé si en esta noche, en que dejo el amor del Poeta por tu amor, comienza la verdad o comienza la mentira.

EL SEDUCTOR

No tratemos de averiguarlo. Unidos, tus ojos fijos en mis ojos, tus labios ansiosos de besar mis labios, emprendamos nuestra peregrinación.

(EL SEDUCTOR pasa el brazo por la cintura de LA MUJER y se alejan lentamente por el sendero de los arrayanes)

ESCENA IV

(Un soplo de paganismo ha pasado por entre la fronda, como una evocación de gentílicos sacrificios. Van a alzar en el templo de Afrodita.—EL POETA, desde las ruinas de su Iglesia, ve surgir una nueva religión y llora ante el roto altar de su diosa.—EL FILÓSOFO pone el comentario de una sonrisa escéptica)

EL POETA

(Queriendo detener a LA MUJER)

¡Y se va!

EL FILÓSOFO

Déjalos. ¿No ves que es la vida que se aleja?

EL POETA

Es la traición, el engaño.

EL FILÓSOFO

No. Es la verdadera poesía que emprende el vuelo: EL AMOR EN MARCHA.

EL POETA

¡Amada, amada, ven, ven...!

EL FILÓSOFO

¿Para qué la llamas, necio?

EL POETA

¿Qué es de mí sin ella, sin la musa inspiradora de mis versos...?

EL FILÓSOFO
(Señalándole la luna)

Ahí tienes a tu amada, la que no te engaña, la que te es fiel. ¡Canta... canta, soñador!

EL POETA

La vida es sólo eso. ¿Un sueño de amor o un sueño de dolor...? ¡Qué más da! Para no morir, viejo Filósofo, déjame soñar.

TELÓN

EL ABISMO

DRAMA EN DOS ACTOS

PERSONAJES

	<i>Tenerife</i>	<i>Buenos Aires</i>
LA HERMANA CONSOLACIÓN	María Banquer	Consuelo Abad
BERTA DE BUITRAGO	Almudena Medina	Haydé Recabarren
CONCHA ARMIÑO	Felisa Torres	María Santos
ELISA	Pilar Roy	Elena Peña
ROSAURA	Josefa Satorres	Emilia Romne
ANTONIA	Victoria Calzadilla	Teresa Franch
RAMIRO BUITRAGO	Julio Villarreal	Ramón Carbonell
DIEGO COÉLLAR	Luis de Llano	Joaquín Solá
ÁLVARO MIGUEL	Antonio Gentil	Carlos Soto
NICOLÁS	Ricardo Cuenca	Ramón Tormo

ACTO PRIMERO

En la casa solariega de BUITRAGO. Salón amplio, severo, con un marcado sello de tristeza, aminorada, en parte, por unos cuantos cachivaches modernos. Mesa y sillas de roble. Butacón monacal tapizado de cuero con tachones de bronce. Bargeño de ébano con incrustaciones de marfil. Una panoplia. Caballete con el retrato del fundador del mayorazgo. Algunos cuadros en los que el tiempo dejó una pátina sombría.—Por el ventanal, medio cubierto de madreselvas, se ve el huerto en el esplendor de la primavera, doselado por un cielo diáfano, inmensamente azul.—Es un mediodía soleado y placentero.

ESCENA I

BERTA y ANTONIA

(Ocupadas en el arreglo de la habitación)

ANTONIA

Quién lo diría hace tres años, cuando vinieron ustedes a pasar la luna de miel.

BERTA

Es verdad, Antonia. ¡Cómo han cambiado las cosas!

ANTONIA

Tan buen mozo, tan fuerte, tan contento, que la vieja casa de Buitrago parecía gozar con la alegría del último de sus descendientes.

BERTA

Nuestra juventud, nuestro amor, trajo entonces a la casa triste un poco de alegría. Ahora, ya lo ves, Ramiro está muy enfermo, y con nuestro dolor hemos venido a aumentar la tristeza de esta casa.

ANTONIA

Quiera Dios que los aires de la montaña devuelvan la salud al niño, que no le pase como a su madre, que se marchó tan joven, tan bonita, con aquella resignación tan dulce. ¡Pobre doña María; camino de amargas fue para ella esta vida!

BERTA

Ramiro, felizmente, está algo mejor; la gravedad ha pasado y Diego confía en curarlo.

ANTONIA

El Señor le ayude.

BERTA

Estas flores pónlas sobre la mesa; el sillón así. Desde aquí el paisaje es muy hermoso. En su enfermedad influye tanto lo que le rodea, que si no alegramos la casa el tedio le consumirá. Junto al sillón esa mesita con los periódicos. Esto ya parece otra cosa.

ANTONIA

Sí que ha cambiado usted el salón.

BERTA

(Aludiendo al retrato del caballete)

Ese señor feo y tan serio, llévatelo. ¡Qué cara tiene; es para poner de malhumor a cualquieral

ANTONIA

Es el bisabuelo del señorito, el almirante Buitrago, el que fundó la casa.

BERTA

Pues cubre al almirante Buitrago con este mantón; al fin y al cabo el mantón es insignia nacional como la bandera. Muy bien. ¿Ves? ¿Cuánto más bonito no es esto que los ojos escrutadores del viejo Buitrago, que mira como si quisiera llegar hasta el fondo de las almas?

ANTONIA

Y el médico, ¿cuándo vendrá?

BERTA

No tardará mucho. Me prometió que llegaría temprano. No pudo acompañarnos por tener una consulta inaplazable; pero pronto lo espero. Ya Ramiro ha preguntado varias veces por él.

ANTONIA

Dicen que a él le debe la vida el señorito.

BERTA

Sí, Antonia. Cuando los otros médicos, desesperanzados de salvarlo, lo abandonaron, Diego puso toda su ciencia, todo su empeño, en arrancar de las manos de la muerte al enfermo. Fue una lucha angustiosa, prolongada. Día y noche a su lado, sin dormir casi, abandonada su clientela, pendiente constantemente de los más insignificantes detalles. Fueron días de dolor, de hondos temores; hubo momentos en que todos temíamos que aquella vida tan querida se apagara para siempre.

ANTONIA

¡Pobrecito; cuánto sufriría!

BERTA

Pero Diego le confortaba, le llenaba de esperanzas obligándole a desechar los pesimismos. La operación en la pleura, que los otros médicos consideraban una temeridad, la realizó Diego con todo éxito.

ANTONIA

¡Dios le premie cuánto ha hecho por el niño!

ESCENA II

(Dichas y NICOLÁS, que trae dos macetas)

NICOLÁS

Las he cogido del invernadero.

BERTA

Colócalas junto a la ventana... No, espera, la palma aquí, sobre el bargueño.

NICOLÁS

Los frailecitos del monasterio mandaron a Nicandro, el lego, a enterarse de si los señores habían llegado bien.

BERTA

Diles que agradecemos mucho su atención.

NICOLÁS

Luego subiré yo mismo en un salto a decírselo, porque Nicandro se marchó ya. Y que no dejara de decirles también que los padres no olvidan al señorito en sus oraciones.

ANTONIA

Son muy agradecidos a los favores que han recibido de la casa. ¿Cómo no han de pedir a Dios por la salud del niño?

BERTA

Con la primavera se inició la mejoría. Ahora tiene unos deseos grandes de sanar; es la juventud que se rebela a abandonar la tierra cuando la tierra está cubierta de flores.

NICOLÁS

Y aquí acabaremos de curarlo, ya verá la señorita; lo que es aire puro y leche fresca no han de faltarle.

ANTONIA

Y con ese médico tan bueno y con el cariño de usted y con la voluntad de todos, pronto volverá a ser

el guapo mozo por quien aún suspiran muchas mocitas del pueblo.

BERTA

El último brote de los Buitrago.

NICOLÁS

Ya se encargará la señorita de que no sea el último, que familias como éstas no deben terminar nunca.

BERTA

Hay que esperar, esperar siempre.

ANTONIA

San Antonio, mi patrón, lo haga, que un niño de cera y dos misas le tengo ofrecidos.

BERTA

Bueno, bueno. Es necesario que podes la enredadera para que entre más luz en el salón. Luz, mucha luz recomienda el médico. La penumbra entristece el ánimo del enfermo, y Ramiro es muy dado a la melancolía.

ANTONIA

Igual que su madre, la pobrecita; siempre estaba triste, como si llevara escondida una pena muy grande en las entrañas.

NICOLÁS

La maldita enfermedad.

ANTONIA

Todavía lo recuerdo; me parece que fue ayer. El día de su muerte me mandó traer al niño del colegio; la señora no cesó de rezar; estaba muy pálida, había llorado mucho; al niño lo acariciaba como si viniera de muy lejos, como si se despidiera para siempre. Lo cubría de besos y le decía: ¡Que esta mala herencia no llegue a ti, hijo mío; que esta enfermedad muera conmigo! El niño era entonces pequeñito, tenía seis años, y con mucha angustia, apenadito, le suplicaba: ¡Que estoy muy triste, mamita y me haces llorar...!

BERTA

Y lloramos todos, Antonia. Basta de historias, que vamos a tener el día amargo y es necesario estar alegres... o fingir alegría para que Ramiro no se entristezca también.

NICOLÁS

Dice muy bien la señorita; dejémonos hoy de tristezas.

BERTA

Un automóvil; debe de ser el médico; corre, Nicolás, recoge la maleta y colócala en su habitación, ya

sabes cuál es, y tú, Antonia, da un vistazo y mira si todo está arreglado y en orden. .

ANTONIA

Corro, señorita... y perdone, perdone, señorita, son recuerdos de vieja.

ESCENA III

(BERTA y a poco DIEGO)

BERTA

¡Con qué impaciencia te esperaba! Cuánto te agradezco que hayas venido.

DIEGO

¿Y Ramiro?

BERTA

Preguntando siempre por ti. Un poco intranquilo, nervioso, tal vez por el viaje. Ahora duerme. Le cuida la hermana Consolación; solicitamos permiso especial de la madre superiora para que nos acompañara y nos lo ha concedido por todo el tiempo que dure la gravedad.

DIEGO

¿Y tú, cómo te encuentras?

BERTA

No hablemos de mí, hablemos de él, Diego. ¡De él siempre! Necesito que lo salves, que lo salvemos... Tú no sabes cómo sufro; tu no sabes qué tormenta sorda se ha desencadenado en mi alma. Desde que llegué a esta casa siento una enorme inquietud, como si todos los Buitrago, concedores de mi falta, quisieran arrojarme de aquí. ¡Los muertos defendiendo su honor!

DIEGO

(Receloso de que los puedan oír)

Cálmate, serénate, puede alguien venir y...

BERTA

No; ven aquí, siéntate.

DIEGO

Piensa que pudieran oírnos.

BERTA

Estamos solos. Quiero hablarte, quiero que me des fuerzas para continuar esta lucha. Necesito que lo cures, que lo sacrifiques todo a él, ¿me entiendes?, que lo cures. Si lo salvas, si lo salvamos, me parece que

soy menos mala, que mi traición tiene alguna disculpa; porque a cambio de este amor nuestro, de este amor infame, le devolvemos la vida, que ya se le marchaba al darnos nosotros el primer beso.

DIEGO

Y aquel beso la detuvo.

BERTA

Es lo único que calma mis remordimientos.

DIEGO

Por este amor infame, como tú le llamas, vive él aún.

BERTA

Es verdad.

DIEGO

No mi saber; mi constancia, el esfuerzo más grande de mi voluntad y tus desvelos, tus cuidados, son los que han hecho el milagro.

BERTA

Hemos luchado como héroes.

DIEGO

Héroes en el silencio de una alcoba.

BERTA

Juntos a un cadáver.

DIEGO

Ha sido una batalla ruda, tenaz. No podrás comprender mi desesperación, mi angustia, en aquellas noches largas, pesadas, interminables, en que la muerte estaba en acecho, esperando vigilante el menor descuido para arrojar sobre la presa. Hubo un momento en que yo comencé a vacilar, derrotado casi, pero hice un esfuerzo supremo, decisivo y... triunfé de la muerte; triunfó el amor de la muerte, porque fue tu amor, Berta mía, quien lo salvó.

BERTA

Sea esa vida salvada el perdón de nuestro pecado.

DIEGO

La obra no está terminada aún. La lucha comienza de nuevo. Vencimos a la muerte, pero se nos presenta otro enemigo y hay que cortar el paso, estrangularlo.

BERTA

¿Alguna complicación? ¿El corazón, tal vez?

DIEGO

No; éste es peor. Es un enemigo cauteloso, traicionero.

BERTA

¿Qué es, Diego? Dime, dímelo pronto.

DIEGO

La tuberculosis.

BERTA

¡Dios mío!

DIEGO

La tuberculosis, a la que hay que combatir enérgicamente; echarla antes que invada el otro pulmón.

BERTA

Esto más. ¡Qué desesperación! ¡Tuberculoso!

DIEGO

No llores, mujer, ten esperanzas. Hay que salvarlo y lo salvaremos. Tengo mi plan. Es necesario curarlo para ahogar el remordimiento.

BERTA

¡El remordimiento!

DIEGO

El remordimiento, ¿de qué? ¡Necio remordimiento!
El remordimiento de mi amor, del único amor de mi

vida. ¡No, Berta! Este amor no es un pecado, es algo que puede más que nosotros, que nos envuelve, que nos duele como una herida recién abierta. Es el dolor de amar, que no cambiaríamos por ningún placer.

BERTA

Es verdad, y en mí este dolor es más intenso, porque soy más culpable. Pero te quiero, y contra este querer no valen razones, ni dolores ni deberes. ¡Te quiero! Única razón de mi culpa y tal vez de mi vida, y... óyeme, Diego, ¡óyeme! ¡También le quiero a él! ¿Comprendes esto? ¡Cuanto más grande es mi cariño por ti, más me acerco a él; cuanto más te recuerdo, más viva llevo su imagen en mi alma! Y siempre, siempre que me separo de ti, corro a besar sus manos pálidas que me tiende en ademán de perdón. ¡De perdón! Si conocieran mi culpa, aquellas manos palidas me ahogarían.

DIEGO

Ni para eso tienen ya fuerzas.

BERTA

Es necesario dárselas para que me castigue, para que me castigue.

DIEGO

Vamos. No hablemos más de esto. Estoy nervioso, estás nerviosa tú también y necesitamos estar serenos,

tranquilos. ¿No sé qué afán es éste de torturarnos el corazón, de estrujarnos la conciencia? ¡La conciencia! El amor no tiene conciencia. ¡Malditas ideas! Ven, Berta, ven, acércate.

BERTA

Dime, ¿qué...?

DIEGO

Sí, te lo contaré, te lo diré todo. ¡Es la hora de las grandes revelaciones; sacudamos los malos pensamientos! Yo, Berta, nunca quise a nadie, no tuve amores ni aun de muchacho y, francamente, no tenía fe en el amor; creía que era una de esas mentiras que alegran la vida; pero te vi, y te vi en aquellos momentos de congoja, llorando por la enfermedad de Ramiro, y no sé qué cosas misteriosas se revolvieron en mis entrañas, que tu voz y tu recuerdo me seguían por todas partes como una sombra. Era una obsesión agobiadora y al mismo tiempo plácida, que bajo los pensamientos más sombríos me hacía sonreír. Y esta placidez, esta obsesión se fueron convirtiendo en un anhelo de poseerte, en un deseo de que fueras mía, mía para siempre, y... ¡entonces pasó por mi imaginación la idea maldita! Pensé... pensé que si tú fueses libre, nada se opondría a este amor... Tu marido era una luz que se apagaba, una vida que se iba y ¡yo podía dejarla marchar!

BERTA
(*Horrorizada*)

¡Diego!

DIEGO

¡No! Que yo ahogué este ruin sentimiento, y lo salvé, ¿lo entiendes?, lo salvé, porque tú me lo pedías angustiada y porque yo no tenía ya más voluntad que la tuya.

ESCENA IV

(*Dichos y LA HERMANA CONSOLACIÓN*)

LA HERMANA CONSOLACIÓN

El enfermo pregunta si usted ha llegado. Está impaciente por verlo.

BERTA

¿Hace mucho que despertó, hermana?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Unos minutos nada más; pero el sueño debió de ser poco reparador; estaba muy agitado, como si alguna

pesadilla o idea mortificante le turbara el descanso. Apenas despertó me preguntó por usted.

DIEGO

Voy en seguida. ¿Tiene fiebre?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Algunas décimas.

DIEGO

¿Ha hecho algún movimiento brusco?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Ninguno.

DIEGO

Hay que cuidar mucho de la herida; está cicatrizándose y cualquier violencia pudiera ser funesta: ocasionaría la hemorragia y entonces se perdería todo.

BERTA

Cuidamos mucho al mudarle las vendas.

DIEGO

Bueno, Voy a tranquilizarlo; le traeré aquí. Dígame, hermana, ¿le puso la inyección antes de dormirse o ahora, al despertar?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Antes de dormirse.

DIEGO

(Preocupado)

Es extraña, entonces, esa agitación.

BERTA

Corra, Diego, vea lo que tiene, anímelo. La hermana y yo terminaremos de arreglar el salón.

ESCENA V

BERTA y LA HERMANA CONSOLACIÓN

BERTA

¡Qué buena es usted, hermana Consolación! ¿Cómo le pagaremos todo el bien que nos hace?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Quién piensa en eso. Cumplo con mi deber. Dios nos pagará a todos. Nuestro Señor no olvida nada.

BERTA

¡Qué fe más hermosa, más consoladora la de usted, hermana!

LA HERMANA CONSOLACIÓN

No deje usted morir la suya. Cuando la fe muere es difícil recobrarla, y sin fe este camino es muy pesado.

BERTA

Es verdad. Cuando no esperamos en nada ni en nadie, la vida es un desierto.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Pero cuando tenemos fe, fe en Dios, fe en nosotros mismos y en los que están a nuestro lado, la vida, por muy dura, por muy cruel que sea, siempre tiene una alegría: la alegría de pensar que el día siguiente será mejor, que este sacrificio que hacemos será recompensado, que el dolor se convertirá en un inefable regocijo, que si hoy pasamos por la tristeza de ser incomprendidos, mañana encontraremos el alma hermana, la que goce con nuestras alegrías y llore con nuestras penas. ¡Que también en las cosas de la vida y del amor hay que tener fe, hermana, mucha fe!

BERTA

Cuando la fe peligra muere el amor. Si no creemos en el hombre, si dudamos de sus palabras y de sus sentimientos, si las dulces mentiras que nos cuenta no suenan a verdades en el alma, es que ya no amamos

lo que creíamos amar. ¡Crear, creer siempre en el hombre, aun cuando nos engañe, es tener fe, y tener fe es vivir amando!

LA HERMANA CONSOLACIÓN

¡Vivir amando! También yo vivo amando; pero este amor mío es más grande, más firme, es la verdad hecha amor. Es el refugio de toda alma torturada, el desagravio de toda injusticia, el amparo de los pobres y de los débiles, el consuelo de los que lloran, el que tiene los brazos abiertos para estrechar a los tristes y a los desamparados, el que siempre perdona, porque siempre amó. ¡Y quién sabe, hermana, si algún falso amor de la vida me hizo volver a Cristo encendida de amores y de piedad infinita!

BERTA

De seguro que usted, hermana, conservará algún recuerdo íntimo de su vida anterior. ¡Es usted muy hermosa!

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Desgraciada la mujer que sólo es amada por su belleza y no supo inspirar otro sentimiento que el culto a su hermosura. Amor pasajero será este que se queda a la puerta contemplando el exterior, sin atreverse a llegar al espíritu.

BERTA

¡Qué saben los hombres de nuestro espíritu! Aman la carne, lo que envejece, lo que muere; el alma, lo que hay en nosotras de eterno, no les interesa. «¡Te quiero con toda el alma!» nos dicen, y no es verdad; nos quieren con todos sus deseos.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Así aman los que nunca miraron hacia arriba. Así fui yo amada, con deseos, con todo lo que es frívolo y pasajero, y ese amor enteco y mudable fue quien despertó en mí este otro amor fuerte, infinito, amor del alma, sin mancha alguna, amor que todo lo da y nada pide, que siempre consuela y siempre alivia, que es ungüento que cura las heridas interiores y bálsamo que mitiga nuestras tristezas, que llora por los que lloran y se da por entero a los que sufren, a los proscritos, a los desheredados, a los que tienen hambre y sed de justicia.

BERTA

¡Divino amor que todo lo espera en la eternidad!

LA HERMANA CONSOLACIÓN

*«... Y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.*

*Aquesta divina unión
del amor con que yo vivo
hace a Dios ser mi cautivo
y libre mi corazón;
mas causa en mí tal pasión
ver a Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.*

*Sólo con la confianza
vivo de que he de morir,
porque muriendo, el vivir
me asegura mi esperanza.
Muerte do el vivir se alcanza,
no tardes, que te espero,
que muero porque no muero.*

*Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dame la vida;
no me tengas impedida
en este lazo tan fuerte;
mira que muero por verte
y vivir sin ti no quiero,
que muero porque no muero».*

BERTA

¡Qué hermoso!

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Esto dijo una mujer que lloró mucho, que como San Francisco tuvo amor para todos y se dio a Cristo por entero.

ESCENA VI

(Dichas y ANTONIA, que trae unos cojines)

BERTA

¿Viene ya Ramiro?

ANTONIA

Sí, señorita.

BERTA

Trae, coloca los cojines aquí.

ANTONIA

El médico le ha estado mudando las vendas. Desde que él llegó parece otro.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

¡Cuánta fe tiene en él!

BERTA

No es para menos. Nadie creía que le pudiera salvar.

ANTONIA

Qué bueno es; le trata como a un niño.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Los enfermos son como los niños y como a ellos hay que cuidarles y hasta reprenderles.

BERTA

Así le trata Diego; pero pone tanta dulzura en sus palabras...

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Y al verlo parece tan serio, que nadie le creería como es.

BERTA

Cierto; antes de tratarlo nos imaginamos un hombre seco.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

En el hospital los niños le quieren de tal manera, que le llaman por su nombre, como a un camarada:

«Diego, Diego» le dicen. Nosotras tratamos de amonestarles, pero él no nos deja. Juega con ellos como si fuera otro chico.

ANTONIA

Como él debieran ser todos los médicos y no como don Pablo, que siempre receta regañando y de mal humor. Para él todas las enfermedades de las mujeres son pamplinas: si nos duele la cabeza, pamplinas; si nos duele el estómago, pamplinas; si nos duele...

BERTA

Pamplinas también, Antonia.

ESCENA VII

BERTA, LA HERMANA CONSOLACIÓN, RAMIRO y DIEGO

BERTA

Siéntate aquí, Ramiro, en el sillón patriarcal.

DIEGO

Tal que si fueras un clérigo prebendado.

RAMIRO

Este sillón perteneció, precisamente, a mi tío el arcipreste Buitrago. Arrellenado en él compuso sus célebres homilias y desde aquí seguía los laudes que rezan los frailes del monasterio.

BERTA

(Colocándole un almohadón en la espalda)

¿Estás cómodo así, Ramiro?

RAMIRO

Muy bien, Berta; tu bondad no descuida nada.

BERTA

Es muy bello el paisaje que se ve desde aquí. ¿Verdad? Mira. ¡Qué hermosos los naranjos; están cubiertos de flores, como si se vistieran de blanco para darte la bienvenida!

RAMIRO

Estos árboles son viejos amigos.

BERTA

Ya he dicho a Nicolás que corte un poco la enredadera; cubre casi por completo la ventana y ensombrece la habitación.

RAMIRO

¡Cómo se nos entra alma adentro la primavera y cuánto bien nos hace!

BERTA

Hay tantas rosas, que el huerto es un prodigio.

RAMIRO

¡Es mi última primavera!

DIEGO

No digas eso, Ramiro; aún verás florecer infinidad de veces los naranjos, tus viejos amigos.

RAMIRO

¿Ves aquel tan blanco, lleno de azahares? Tiene mi edad; lo plantó Nicolás el día que yo nací; treinta años cumplirá en este otoño. Aquel otro, que apenas tiene hojas, el más triste de todos, fue plantado la mañana que murió mi madre, y dijérase que está siempre de luto por la muerta. Es una vieja costumbre de la casa plantar árboles en las fechas memorables.

DIEGO

Alégrate, que los naranjos te ayudarán a curar.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

En el convento hay una hermana que cura todos sus males con tisanas de naranjo.

BERTA

Ramiro está ya bueno; tan pronto cierre la herida puede correr. No le queda sino mimo. ¡Somos tantos a cuidarlo!

RAMIRO

¿Y a quererme?

BERTA

A quererte también. ¡Qué no daría yo por verte contento y fuerte!

RAMIRO

La vida, ¿verdad, Berta?

BERTA

¡Más que la vida!

RAMIRO

¡No, Berta! La vida, sólo la vida. Hay algo que no se puede dar. Siento frío. Este horrible frío que se esconde en los huesos.

BERTA

(Abrigándole las piernas con un cubrepiés)

¿Estás bien ahora? ¿Quieres que cierre la ventana?

RAMIRO

No, déjala abierta; sube del huerto un perfume delicioso, a juventud, a tierra fresca.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

¿Le parece a usted, doctor, que le prepare un cóctel caliente?

DIEGO

Sí, eso le hará bien. Es un poco de fiebre que pasará pronto.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Pues voy a hacerlo. Vuelvo en seguida.

ESCENA VIII

(Dichos, menos LA HERMANA CONSOLACIÓN)

BERTA

Estás triste, Ramiro, y ayer, en cambio, al llegar a la casa, estabas tan contento, tan alegre. Alégrate de

nuevo. Estamos a tu lado los que te hemos de curar, los que te queremos. ¡Alégrate, chiquillo!

RAMIRO

Estáis todos los buenos, mis salvadores; pero tengo una pena, una congoja, como si estuviera zumbando a mí alrededor un negro presentimiento.

DIEGO

¡Siempre con esos pesimismos! Lo peor que puede suceder a un enfermo es dejarse tocar de melancolía.

RAMIRO

Tienes razón.

DIEGO

Además que tú no tienes por qué verlo todo gris; al contrario, lo que te rodea está pleno de optimismo: flores, cielo azul, agua susurrante y... si sigo me voy a poner romántico como un poeta.

BERTA

A propósito de poetas. Álvaro Miguel, apenas supe que habíamos llegado, mandó a preguntar por ti; dice que vendrá en seguida. Está impaciente por abrazarte.

RAMIRO

Ya me extrañaba que no hubiese venido. Es tan buen amigo.

BERTA

Es un admirable poeta. ¡Cómo conmueven y aca-
rician sus versos!

RAMIRO

Es todo sentimiento.

BERTA

Un gran corazón y una gran inteligencia.

ESCENA IX

(Dichos y LA HERMANA CONSOLACIÓN)

LA HERMANA CONSOLACIÓN
(Presentándole el cóctel)

Tome. Esto le hará bien. Verá usted como lo
anima. Le he puesto unas gotas de coñac.

RAMIRO

Todo lo que usted me prepara me alegre el alma.
Es usted tan buena. Sus manos, hermana Consolación,

merecen ser loadas en unos versos de Álvaro Miguel.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Me está usted lisonjeando, don Ramiro, y si la reverenda madre superiora se entera, me castiga con una semana a pan y agua.

BERTA

Muy bien. Has tenido una buena idea. Yo misma pediré a Álvaro Miguel que escriba los versos.

DIEGO

Y yo a la madre superiora que sea benévola en su castigo.

RAMIRO

Y yo... ¿qué pediré yo para usted?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

La gloria.

RAMIRO

Ni aun la gloria, porque esas puertas hace tiempo que están abiertas para Sor Consolación. Es usted una santa.

DIEGO

No lo saben ustedes bien. Hay que verla, como

yo diariamente en el hospital, para comprender toda la grandeza y toda la abnegación de su alma.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Soy una pobre pecadora que aprendió a tiempo a levantar los ojos. En mi alma entraron las palabras de Cristo y cambiaron mi existencia.

RAMIRO

¡Sublimes palabras, que son un sedante para todas las inquietudes, para todas las zozobras! Palabras de amor y de perdón, que la intransigencia de los hombres ha entenebrecido, poniéndolas al servicio de las pasiones y del fanatismo. ¡Si Cristo volviera...! Perdóneme, hermana, a veces me olvido de que puedo ofender sus creencias. Es usted tan tolerante, tan comprensiva, que me parece hablar con un compañero y no con una religiosa.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Perdonarle, ¿de qué? ¿De ese poquito de desconuelo? Si hasta yo lo siento; si a veces tengo que rezar mucho para no caer en pecado de rebeldía. ¡Hay tanta miseria! ¡Hay tanto dolor! En cumplimiento de mi santo ministerio lo veo tan de cerca, que en el fondo de mi alma surge la protesta por tanta injusticia, por el desamparo de tanta criatura, por tanto niño que pide

pan y tanta madre que busca ese pan a cualquier precio. Unas veces, ¡por el pan de los hijos se da el alma y otras, las más, el cuerpo, si hay quien lo compre...! Viendo estas penas también yo pienso como usted. ¡Si Cristo volviera...! Y disimulen mis impertinencias, que tal vez no está bien que las diga ni las piense una sierva de Cristo.

ESCENA X

(Dichos, ANTONIA y a poco ÁLVARO MIGUEL)

ANTONIA

Ahí está, señorita.

BERTA

¿Quién?

ANTONIA

El amigo del señorito, don Álvaro Miguel.

RAMIRO

Que entre, que entre en seguida.

ANTONIA

Voy corriendo. Está impaciente por ver a ustedes.
¡Quiere tanto al niño!

BERTA

Sí, sí, que pase. ¿Por qué se hace anunciar?

ÁLVARO MIGUEL

¡Ramiro, amigo mío!

RAMIRO

¡Un abrazo, poeta! No aprietes, porque, ya ves, no soy nada; una sombra, una sombra...

ÁLVARO MIGUEL

Y usted, Berta, ¿cómo está?

RAMIRO

Ven, ven, que te voy a presentar a mis salvadores. El doctor Diego Coéllar, la hermana Consolación; y a Berta ya la conoces, sois viejos amigos.

BERTA

Y buenos amigos.

RAMIRO

Conque ya lo ves, poeta: el amor, la caridad y la ciencia, a quienes tu amigo debe la vida, te saludan, no en nombre de Apolo, como tú mereces, sino en nombre de Ramiro Buitrago, tu más ferviente admirador.

ÁLVARO MIGUEL

Mi más querido amigo. Es un verdadero placer para mí saludar a ustedes. Su nombre, doctor, ya me era conocido: hasta estos riscos ha llegado su fama, y los que queremos de veras a Ramiro sentimos por usted un gran afecto y una viva admiración.

DIEGO

Muy reconocido, es usted muy amable, pero yo no he hecho sino cumplir con mi deber, casi un doble deber: el deber profesional y el de la amistad. Soy también viejo amigo de Ramiro, y así, cuando la ciencia vacilaba, el cariño la orientaba, le daba bríos, nuevas fuerzas para continuar la lucha. A esto añade usted la ayuda de Berta, toda amor y abnegación, y la de la hermana, toda caridad. Ya ve usted; menguada hubiera sido mi obra, si con tan buenos auxiliares no salgo triunfante.

RAMIRO

No han querido que emprendiera la marcha sin saludarte, sin que estrechara tu mano. Una amistad como la nuestra no podía despedirse así; el viaje era muy largo.

ÁLVARO MIGUEL

Bien, chiquillo, bien. No hablemos ahora de eso, hablemos de ti, de la vida. Tú siempre fuiste luchador,

querías conquistar el mundo, pues a conquistar la salud.

BERTA

Eso le decimos todos: que tenga fe, que tenga esperanzas; pero a ratos le entran unas murrias, unas tristezas. Y no está bien; Coéllar quiere que esté alegre, que aleje todos los malos pensamientos.

RAMIRO

¿Cómo alejar los malos pensamientos, cómo matar la tristeza cuando unos y otra se nos metieron en lo más íntimo de nuestro ser? Y, ¿cómo matar esta enfermedad, la nueva, la que no me habéis querido decir, esta que yo siento avanzar poco a poco, como si se arrastrara, como si quisiera pasar desapercibida, buscando cavernas donde esconderse?

DIEGO

Eres un niño, Ramiro. ¡Qué sospechas más ridículas! Mereces azotes. Yo te aseguro, y debes tener confianza en mí, ¿lo entiendes?, yo te aseguro que no tardarás en estar bueno, completamente sano, como antes de enfermar.

RAMIRO

Tienes razón y te creo, quiero creerte. Con mis pesimismo os entristezco y os aburro a todos.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

No diga eso. Lo que queremos todos es que no se disguste.

BERTA

Hablemos de otra cosa. De usted, Álvaro Miguel. De sus versos.

RAMIRO

Por cierto, hace un momento yo he prometido, y es promesa sagrada, un madrigal tuyo en elogio de unas manos.

ÁLVARO MIGUEL

Bien merecen, por buenas, todas estas manos, no mis pobres versos, sino el más bello y mejor acordado madrigal de Gutierre de Cetina. ¡Manos que curan, manos que acarician, manos que consuelan, dignas soís de la inmortalidad y bien quisiera que mis rimas os hicieran vivir por los siglos de los siglos en el triunfo de la poesía!

BERTA

Esas tres virtudes tienen las manos a quien queremos que usted dedique sus versos, Álvaro Miguel: acarician, consuelan, curan y, además, son bellas.

RAMIRO

También es virtud la belleza.

DIEGO

Tiene usted ya todos los consonantes.

ÁLVARO MIGUEL

Pues a no dudarlo son las de usted, Berta.

BERTA

Pues se equivoca usted, poeta.

ÁLVARO MIGUEL

Es que como la hermana oculta las suyas bajo el hábito, no puedo comprobar en ellas la última virtud.

BERTA

Siempre en los hombres la incredulidad de que hablábamos antes, Sor Consolación; no creen sino en la belleza que ven.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Fundamento tiene esa incredulidad, porque de esta vez el hábito oculta unas manos que sólo saben orar.

ÁLVARO MIGUEL

¡Glorificadas como las de Teresa de Jesús!

DIEGO

¡Un encanto más!

RAMIRO

¿Hay en el convento algún pajarito, hermana?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Muchos tienen sus nidos en el huerto.

RAMIRO

Pues como las superiores siempre tienen un pajarito chismoso, en esta ocasión no hay quién la salve a usted de la semana a pan y agua.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Si con este inocente discreteo logramos alejar de usted la melancolía, no hay por qué penarme, y el pajarito le dirá a la reverenda madre cómo con chanzas a las humildes manos de la hermana Consolación se alegraba un enfermo.

ÁLVARO MIGUEL

Yo quiero que usted acepte mis versos; pondré en ellos lo más puro de mi alma, y crea, hermana, que serán candorosos como el sueño de un niño, limpios de toda mancha; que su recuerdo no los dejará descender a las bajas pasiones ni a las impurezas de nuestro vivir. Mi musa estará de blanco ese día, como una novicia.

BERTA

Acéptelos, sí.

DIEGO

¿Qué mal hay en ello?

RAMIRO

Mal ninguno. La poesía es santa; todos los místicos han sido grandes poetas y a Dios se acercaban encendidos de lirismo.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Es verdad. El hermano de Asís, la Santa de Ávila, Juan de la Cruz; poetas, poetas siempre, cuando hablaban con los hombres y cuando hablaban con Dios.

ESCENA XI

(*Dichos, ROSAURA y ELISA*)

ROSAURA

(*Desde dentro*)

No es necesario avisar, Antonia; somos de confianza.

ÁLVARO MIGUEL

Rosaura y Elisa. Me había olvidado de anunciarles su visita.

BERTA

Adelante, adelante.

ROSAURA

Por Álvaro Miguel nos enteramos de vuestra llegada.

ELISA

Tú siempre tan guapa, Berta. Más joven cada día.

ROSAURA

Ya estamos enteradas de su mejoría, Ramiro.

RAMIRO

Gracias, Rosaura.

ELISA

Sí que ha pasado usted un temporal.

ROSAURA

¿Quién había de sospecharlo al verlo la última vez que estuvo en el pueblo?

ELISA

Lo que es la vida; tan fuerte entonces, tan bien...

RAMIRO

Este temporal, como usted dice, ya pasó. Ahora a fortalecernos en la montaña.

BERTA

(Haciendo las presentaciones)

La hermana Consolación. El doctor Diego Coéllar.
Mis amigas Rosaura y Elisa.

ROSAURA

¿Cuánto tiempo vais a permanecer aquí?

BERTA

Hasta que Diego disponga; pero seguramente toda la primavera y gran parte del verano.

ELISA

¡Qué alegría tenerte entre nosotras todo ese tiempo!

ROSAURA

Aunque somos las primeras en lamentar el motivo.

ELISA

Si vieras cuánto nos hemos acordado de ti. Una enfermedad tan terrible.

ROSAURA

¡Pobre Berta, cómo habrás sufrido!

BERTA

No sentía yo mis sufrimientos, sino los de Ramiro.

ELISA

En muchas ocasiones los enfermos son los que menos sufren. Ahí tienes el caso de mamá; dos años hace que está en cama, casi se ha llegado a familiarizar con la enfermedad; pero yo, en cambio, sufro lo indecible, como que tengo que adivinarle todos los caprichos, los menores deseos, de tal modo que no me queda tiempo para nada. A Rosaura le venía diciendo que no debieron nombrarme de la Junta organizadora de la velada; pero, hija, si no aceptaba, la marquesa de Vega-Hermosa, que es la presidenta, se ofendía. Y como yo no sé decir a nada que no, tengo que sacrificar-me; así es que, con esto de invitar a los que han de tomar parte en la fiesta, hay días que apenas si llego a casa. Mamá, aburrída de estar sola, ha leído ya, por tercera vez, *Oscar y Amanda*.

BERTA

¿Organizáis una velada?

ELISA

Sí, a beneficio de la Cruz Roja. Hace un mes que no nos ocupamos de otra cosa.

RAMIRO

Estará muy bien. Tienen ustedes mucho gusto para estas fiestas.

ROSAURA

Esperamos que el público responda a nuestros esfuerzos.

ELISA

Es un trabajo muy grande organizar estos espectáculos, pero se trata de la caridad y no nos podemos negar.

ROSAURA

Aunque nadie lo agradezca.

BERTA

Siempre hay quien lo agradezca.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Debemos hacer el bien, no por los demás, sino por nosotros mismos, por nuestra propia satisfacción.

BERTA

¿Y qué más? Contadme cosas del pueblo. ¿Qué es de Conchita Armiño, a quien tanto quiero? ¿Se ha casado?

ELISA

Sí, y ya está gestionando la separación.

BERTA

¿Cómo?

ROSAURA

Fue un matrimonio precipitado; conveniencias de familia.

BERTA

Pero, ¿no se casó con aquel muchacho abogado, su novio de tanto tiempo?

ELISA

No, esos amores terminaron. De la noche a la mañana rompieron sin que nadie supiera la causa; él se embarcó, y a los tres meses se casaba ella con el tarambana de su primo Andrés.

BERTA

¡Pobre Conchita! Tan simpática.

ROSAURA

Pues ahora está que no se conoce. Aseguran que se casó por despecho; si así es, caro lo ha pagado; lleva una vida muy desgraciada.

ELISA

Ella siempre fue coquetilla, ligera de corazón.

ROSAURA

Se dijeron cosas... Mentiras, desde luego.

ÁLVARO MIGUEL

Una víctima más del ambiente, del prejuicio social. Al romper Concha con el novio, su verdadero amor, hubo un poco de murmuración, cosas de amigas; la murmuración fue creciendo y los padres de la chica ya no pensaron sino en salvar el nombre; precisaba buscar pronto quién acallara el chismorreo, y al presentarse Andrés, el villano, el rufián de Andrés, la familia no reparó en las condiciones morales del sujeto, no vaciló en sacrificar a la muchacha que, idiotizada por la congoja de ver todos sus sueños truncados, se avino resignada a borrar una mancha —si mancha hubo en sus amores, que yo no lo creo— con otra mancha mayor; pero al casarse con Andrés se había salvado para los de Armiño lo importante, lo único: el honor de la casa, nublado un instante por la maledicencia.

RAMIRO

(Como si una idea lacerante y sombría se apoderase de su alma, entenebreciéndola)

¡El honor! Si se resintieron los sillares, ¿cómo reconstruirlo?

ROSAURA

Tiene Conchita en Álvaro Miguel un gran defensor.

ÁLVARO MIGUEL

Siempre lo fui.

ROSAURA

Aunque alguien dice que no le agradece Andrés a usted esa defensa.

ELISA

Pero se lo agradece ella, y eso es lo que busca Álvaro Miguel.

ÁLVARO MIGUEL

No. Se equivoca usted, Elisa, y se equivocan todos. Ni busco el agradecimiento de Concha, que estimo grandemente, ni me importa lo que piense su marido ni lo que digan los otros, que ya sé yo que en este pueblo, en mi pueblo, se sospecha de todo, no porque todos seamos malos, sino porque pensamos que los demás harían siempre aquello que nosotros hubiésemos hecho en su lugar.

ELISA

Nos vamos; tenemos todavía que ultimar muchos detalles del programa.

ROSAURA

Ya vendremos con frecuencia por aquí.

BERTA

No dejéis de venir.

ELISA

Y usted, Ramiro, a curarse, a curarse pronto para no desmentir la fama de nuestro clima.

RAMIRO

Gracias, gracias.

ROSAURA

Adiós, hermana, adiós, doctor. Álvaro Miguel, adiós.

ÁLVARO MIGUEL

Adiós. Hasta luego.

ESCENA XII

(Dichos, menos ROSAURA y ELISA)

DIEGO

Qué chicas tan originales.

RAMIRO

Habladorcitas, chismositas, recataditas.

ÁLVARO MIGUEL

El símbolo del pueblo.

BERTA

Son unas buenas muchachas, muy cariñosas.

ÁLVARO MIGUEL

Desde que perdieron la esperanza de casarse odian a todos los hombres.

RAMIRO

Y a todas las mujeres casadas.

BERTA

¡Bah! Cosas tuyas.

DIEGO

No son muy piadosas con vuestra amiga.

BERTA

¿Con la de Armiño? De soltera les inspiraba envidia. Es guapa.

ÁLVARO MIGUEL

Y ahora de mal casada les inspira una cordialísima satisfacción.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

¿Son tan malas?

ÁLVARO MIGUEL

No, hermana. Son honestas, virtuosas, lo que en el pueblo llaman buenas; pero incapaces de comprender y menos de perdonar ningún pecado de amor.

BERTA

(Desde la ventana)

¡Qué día tan alegre! ¡El sol se nos mete en el alma y nos hace soñar y ser buenos!

DIEGO

Nos limpia de impurezas.

RAMIRO

(Amargado y como quien no quiere descubrir toda la verdad de su horrible sospecha)

¿Por qué no limpiaré también nuestra alma de dudas? Si el sol entrara dentro de mí y pusiera luz en mi espíritu, yo sanaría de esta enfermedad; de la que tú no puedes curarme, Diego, de esta que yo siento aquí dentro, muy adentro.

DIEGO

Te empeñas en atormentarte. No sigas.

BERTA

(*Deseosa de romper esta situación*)

¿Recuerda, Álvaro Miguel, aquellos versos que usted dedicó a Ramiro, poco antes de nuestra boda?

ÁLVARO MIGUEL

Los hice la noche que la conocí a usted. Su belleza y su bondad me impresionaron de tal manera, que pensé expresarle con ellos mi simpatía.

RAMIRO

Son unos versos desesperanzados, de cansancio, de quien no espera nada de la vida; un reproche a la voz amiga que te incitaba a la lucha, en la seguridad de que tuyo sería el triunfo, tuya la gloria, tuyo el amor también.

ÁLVARO MIGUEL

¡El amor; la gloria! Conoces mi vida, Ramiro, nunca tuve secretos para ti, y bien sabes que mi amor y mi gloria se fueron en una tarde muy triste, llevándose los más puros anhelos de mi alma, mis ilusiones, mi juventud, todos mis ideales:

Pero yo, ¿para qué lucho? Nadie espera mi llegada...

Así creo que terminaban aquellos versos.

BERTA

Que yo, con perdón del poeta, voy a recitar:

*¿Para qué quieres que luche...? ¿Para qué quieres que espere?
A luchar tú, tú que tienes una mujer que te quiere,
y que espera tu llegada ya vencido o vencedor...
Que ella sabe si te vencen los tormentos que has sufrido,
y ella hará con su cariño que relegues al olvido
tus tormentos y dolores embriagándote en su amor.*

*Y si vences, ella espera como simple enamorada,
a que vengas y coloques en su frente inmaculada
la corona de laureles que has sabido conquistar;
y estará tu hermosa virgen de tus triunfos orgullosa,
¡que la virgen de tus sueños es tan buena y tan hermosa
cual la virgen de los cielos que se adora en el altar!*

*Pero yo, ¿para qué lucho? Nadie espera mi llegada,
yo no tengo, cual tú tienes, una virgen adorada,
que plegarias musitando no se cansa de esperar,
y es mi vida amarga y triste; sólo ansío que sea corta,
si me vencen, ¿quién lo sabe?; si yo venzo, ¿a quién le importa?
Y por mí, ¿para qué lucho? Lo que quiero es descansar. **

RAMIRO

Ya ves cuánto te admira, que sabe tus versos de memoria.

* LÁZARO SÁNCHEZ PINTO.

ÁLVARO MIGUEL

Al recitarlos usted me enorgullezco de su paternidad. Es el mejor elogio que de ellos me han hecho.

DIEGO

No rima bien el escepticismo con un poeta. Debemos luchar por la lucha misma, por la vida, sin esperar recompensas, sin pensar en la mujer que, enamorada, espera anhelante nuestro regreso.

RAMIRO

De las grandes penas, de las grandes angustias, del dolor que jamás se calma, han surgido casi todos los redentores de la humanidad.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Cristo mismo llevó siempre en lo más íntimo de su alma una gran tristeza.

ÁLVARO MIGUEL

Pero Cristo esperaba.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

También usted debe esperar. La esperanza es lo único que nos redime de la maldad, y los que amaron mucho nunca pierden la esperanza de encontrar al ser amado. ¡El amor que se fue no retorna, pero nosotros vamos a él por los caminos de la eternidad!

BERTA

¡El amor! ¿Sabemos nunca donde hemos de encontrarlo?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

En Dios.

RAMIRO

En el deber.

DIEGO

En la vida.

ÁLVARO MIGUEL

En los sueños.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

El amor de Jesús es infinito. Es luz, es guía, es bienaventuranza.

RAMIRO

Fuera del deber, el amor es traición, es engaño.

DIEGO

El amor es vida, es juventud, es nervio y sangre.
Es la floración de la carne.

ÁLVARO MIGUEL

Sólo los que sueñan saben amar.

(Amortiguada por la distancia llega hasta ellos la oración del monasterio. Los salmos de David tienen en la quietud de este atardacer una mística poesía propicia al ensueño y a la meditación. El órgano suena dulce y plácidamente, como una querrela, como la queja de un espíritu divino y exaltado)

BERTA

Oid. Es el rezo de los frailecitos.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Los salmos de David.

ÁLVARO MIGUEL

El padre Leocadio con sus ochenta años los acompaña al órgano.

RAMIRO

Es el pasado que vuelve. El arcipreste. Las vísperas.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

(Llevando el rezo)

Convertere anima mea in requiem tuam. ¡También esto es amor, hermanos!

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior

ESCENA I

LA HERMANA CONSOLACIÓN y ÁLVARO MIGUEL

LA HERMANA CONSOLACIÓN

En estos días que llevamos aquí ha estado más intranquilo que nunca.

ÁLVARO MIGUEL

Esta paz es un sedante.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Eso creíamos todos.

ÁLVARO MIGUEL

¡Pobre amigo!

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Esperábamos que esta tranquilidad calmaría sus nervios.

ÁLVARO MIGUEL

Acaso el recuerdo de sus muertos lo entristezca.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Tal vez.

ÁLVARO MIGUEL

Tienen un frío extraño las casas largo tiempo abandonadas.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Nombra mucho a su madre.

ÁLVARO MIGUEL

Murió de la misma enfermedad.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Mala herencia.

ÁLVARO MIGUEL

Sí. ¿Y la fiebre?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Continúa. Al principio creíamos que sería de la herida.

ÁLVARO MIGUEL

¿Cierra bien?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Lentamente, conforme a los deseos del médico.
Lo peor es el estado de su espíritu. Se mata él mismo.

ÁLVARO MIGUEL

Esa melancolía pasará.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

La casa para el enfermo es un poco triste.

ÁLVARO MIGUEL

.. Demasiado severa.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

En estos corredores tan largos resuenan los pasos
de un modo...

ÁLVARO MIGUEL

Como si vinieran de muy lejos.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Yo a veces vuelvo la cabeza, como si alguien me
siguiera.

ÁLVARO MIGUEL

De chicos jugábamos aquí, pero sin hacer ruido, silenciosamente. De cuando en cuando pasaba doña María, la madre de Ramiro; nos acariciaba y nos daba dulces. Era muy buena. Nosotros la queríamos besar, pero ella no se dejaba y... siempre, siempre se iba con los ojos en lágrimas. Yo era muy pequeño y conservo aún la impresión de aquella señora enferma, pálida, que desaparecía como una sombra por los corredores solitarios.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

¡Pobre señora! ¿Murió muy joven?

ÁLVARO MIGUEL

Sí, muy joven.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

¿No tuvo más hijos?

ÁLVARO MIGUEL

No. Ramiro es el último de la familia.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Nuestro Señor le devuelva la salud.

ÁLVARO MIGUEL

Yo tengo esperanzas. Para mí es como un hermano.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Él también lo quiere a usted mucho.

ÁLVARO MIGUEL

Es el cariño de la infancia, que no se borra nunca.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Voy adentro; puedo hacer falta.

ÁLVARO MIGUEL

Hasta luego.

ESCENA II

(ÁLVARO MIGUEL, a poco CONCHA ARMIÑO)

ANTONIA

(Acompañándola hasta la puerta)

Pase, pase señorita.

ÁLVARO MIGUEL

¿Es usted, Concha? Adelante.

CONCHA

Gracias. ¿Y Berta?

ÁLVARO MIGUEL

Saldrá en seguida. ¿Quiere usted que le avise?

CONCHA

No tengo prisa. Además, me alegro de encontrar a usted; deseo hacerle un ruego.

ÁLVARO MIGUEL

Crea usted que para mí el serle útil en algo será un placer.

CONCHA

Lo sé, Álvaro Miguel. Es usted muy bueno conmigo.

ÁLVARO MIGUEL

Por Dios, no faltaba más.

CONCHA

El único que se ha compadecido de mi desgracia; el que no ha ultrajado mi dolor.

ÁLVARO MIGUEL

Desprecie las pequeñeces de este pueblo.

CONCHA

Es que han sido muy injustos conmigo.

ÁLVARO MIGUEL

Lo sé; pero, ¿a qué acordarse de ello?

CONCHA

En medio de mis tribulaciones ha sido para mí un consuelo saber que usted tenía siempre una palabra de defensa.

ÁLVARO MIGUEL

De justicia.

CONCHA

Impidiendo, muchas veces, que la mala intención se ensañara en mi desgracia.

ÁLVARO MIGUEL

Todo eso son miserias que sólo merecen su desdén.

CONCHA

Me han hecho sufrir tanto.

ÁLVARO MIGUEL

Lo sospecho.

CONCHA

He pagado tan cara esta equivocación.

ÁLVARO MIGUEL

Fue usted cobarde.

CONCHA

Fui cobarde, es verdad; no supe resistir la imposición de los míos, sacrifiqué todo lo que una mujer puede sacrificar a los veinte años y aún no me he curado de esta cobardía y sigo sujeta a mi desventura, no por ninguno de esos lazos que ennoblecen la vida, sino por el prejuicio de esta sociedad despiadada. Ni hijos ni amor y, sin embargo, no tengo fuerzas para separarme de un hombre que, después de haberse empequeñecido a mis ojos de la manera más vil, me está empequeñeciendo ante mi propia conciencia.

ÁLVARO MIGUEL

Tenga valor y termine de una vez.

CONCHA

Imposible.

ÁLVARO MIGUEL

Aún puede reconstruir su vida.

CONCHA

En otro lado tal vez, pero aquí no. Las gentes, ya usted las conoce, no tienen piedad, murmuran de todo.

ÁLVARO MIGUEL

De no tomar una resolución, será víctima del ambiente.

CONCHA

Lo soy ya, Álvaro Miguel.

ÁLVARO MIGUEL

No quisiera creerlo.

CONCHA

Ahora mi ruego: no me defienda más.

ÁLVARO MIGUEL

¿Cómo?

CONCHA

Sí; no me obligue a decirle que ni los sentimientos más nobles se respetan en este pueblo.

ÁLVARO MIGUEL

Pero, ¿es posible?

CONCHA

Sí, es posible. Créalo usted todo de esas amigas que tanto me quieren, de esas que por mi bien, sólo por mi bien, según ellas, me dicen que ya se habla de las acaloradas defensas que Álvaro Miguel hace de mí.

ÁLVARO MIGUEL

¡Hasta dónde llegan!

CONCHA

Y no pararán mientras no haya otro caso que comentar, otra víctima.

ÁLVARO MIGUEL

Es para mí una pena el pensar que hasta mis palabras hayan amargado su vida.

CONCHA

No diga eso. Sus palabras han sido para mí la única alegría; no puede usted imaginarse mi satisfacción, casi mi orgullo, al ver que, en medio de tanta injusticia, alguien comprendía mi dolor y me amparaba contra la maledicencia de todos y que ese alguien era usted, Álvaro Miguel, a quien tanto admiro.

ÁLVARO MIGUEL

Por Dios; si llegaran a saber que usted me admira.

CONCHA

Pues no crea usted, a veces me entran unos deseos rabiosos de decirlo a gritos, de que sepan todos que le estoy profundamente agradecida; pero ya ve usted, si sospechan que son interesadas sus palabras, ¿qué no sospecharían de las mías? ¡Hasta esta simpatía tengo que ocultarla como una mancha!

ÁLVARO MIGUEL

Hace bien, ocúltela, escóndala; desde hoy yo esconderé también la mía y de seguro que escondida aquí, en lo más íntimo, en lo más puro de nuestro corazón, irá creciendo, irá creciendo y ¡quién sabe si acostumbrada nuestra simpatía a las sombras del espíritu, se convertirá en otro sentimiento más fuerte, más recio, que no podamos arrancárnoslo del pecho sino sangrando, en llaga viva!

CONCHA

No siga, Álvaro Miguel.

ÁLVARO MIGUEL

Acaso el mal pensamiento de los otros haya entrado en mi alma sin yo saberlo.

CONCHA

¿Qué dice?

ÁLVARO MIGUEL

Que si se empeñan, bien pudiéramos hacer de nuestras dos soledades una nueva vida. Hay algo en nosotros que nos une: el dolor, el amor...

CONCHA

Aunque así fuera.

ÁLVARO MIGUEL

Aunque así es.

CONCHA

¡Aunque así es! No debemos, Álvaro Miguel. No pensemos ahora en los demás, pensemos en nosotros mismos: por nosotros mismos, por nuestra propia estimación, no debemos.

ÁLVARO MIGUEL

¿Sacrificándonos?

CONCHA

Sacrificándonos, ahogando en lágrimas, si es preciso, este sentimiento; haciéndonos sangre, como usted dice.

ÁLVARO MIGUEL

Piense que es el porvenir, que es toda una vida, que es el amor que renace purificado en nosotros.

CONCHA

No.

ÁLVARO MIGUEL

Es la felicidad que sólo pasa una vez por nuestra puerta.

CONCHA

No, y bien sé que con este *no* mato todas mis esperanzas. ¡No!

ÁLVARO MIGUEL

¡Concha!

CONCHA

Guardemos a la sombra del espíritu este sentimiento.

ÁLVARO MIGUEL

Somos cobardes ante este amor que nace.

CONCHA

Seremos fuertes para vencerlo.

ESCENA III

(*Dichos y BERTA*)

BERTA

Tú aquí; ¡qué alegría!

CONCHA

A pesar de no salir desde hace bastante tiempo, no quería dejar de abrazarte.

BERTA

Cuánto te lo agradezco.

CONCHA

Saber que habías llegado y no venir a verte no era posible. Después de seis meses es ésta la primera salida que hago.

BERTA

Hubiera sido una ingratitud que no te perdonaría.

CONCHA

Dime, y Ramiro, ¿cómo sigue?

BERTA

Mejorando lentamente.

CONCHA

Me he acordado mucho de vosotros.

BERTA

Eres muy buena. De ti yo he sabido por Rosaura y Elisa.

CONCHA

Siento que hayan sido las primeras en traerte noticias mías.

BERTA

No, que también Álvaro Miguel me ha hablado de ti. Por cierto, chica, me he llevado una gran sorpresa; yo te creía casada con tu novio de siempre...

CONCHA

No hablemos de eso ahora; ¿para qué aumentar tus penas con las mías?

BERTA

Pues nada, a sacudir la amargura y a vivir.

ÁLVARO MIGUEL

A vivir como se pueda, con amor o con odio.

CONCHA

Odiar. ¿A quién: a los demás, a nosotros mismos? ¿Sé yo, por ventura, quién es el culpable de mi suerte?

BERTA

Es verdad. Somos unos peleles movidos por el destino.

ÁLVARO MIGUEL

Ridícula pantomima la de nuestro vivir. Buscamos constantemente la verdad, y cuando, guiados por un impulso generoso, hemos creído encontrarla, entonces otra verdad nos dice: por ahí no, por aquí, y nos señala el camino de la soledad y de la tristeza.

CONCHA

La tristeza tiene también su encanto. Me he familiarizado ya de tal modo con ella, que no le temo. Es una buena amiga.

BERTA

Hay a veces una secreta voluptuosidad en la tristeza, que nos hace entornar dulcemente los ojos.

ÁLVARO MIGUEL

Y soñar con la dicha lejana.

CONCHA

Y con las ilusiones muertas.

BERTA

Estamos muy románticos.

ÁLVARO MIGUEL

Y muy cursis, ¿verdad?

CONCHA

Cierto.

BERTA

No sé qué tiene esta dichosa casa; todos nos sentimos en ella tocados de melancolía. Cambiemos de disco.

ÁLVARO MIGUEL

Sí, hablemos de otra cosa.

CONCHA

Tenía muchos deseos de hablar contigo. En el pueblo hago una vida aislada, retraída.

BERTA

Ahora vendrás a verme con frecuencia.

CONCHA

Algunos días.

BERTA

Me contarás muchas cosas. Voy a avisar para que nos sirvan el té. Esta tarde me perteneces.

(Llama)

CONCHA

Quisiera estar en casa...

BERTA

No, no me digas que no. Así saludas a Ramiro.

CONCHA

No pensaba irme sin hacerlo. ¿Descansa?

BERTA

No; está en la galería con la hermana. Ya le hemos hecho la cura.

CONCHA

¿Es dolorosa?

BERTA

Bastante. Coéllar desea que tenga abierta algún tiempo la herida.

ANTONIA

(Desde la puerta)

¿Llamaba la señorita?

BERTA

Sí; prepara el té.

ANTONIA

Lo subiré en seguida.

(Sale)

CONCHA

Antonia está muy contenta de tenerles aquí.

BERTA

Nos quiere mucho.

ÁLVARO MIGUEL

A Ramiro lo vio nacer.

BERTA

Vamos a buscarle. ¿Queréis?

ÁLVARO MIGUEL

Sí.

CONCHA

Vamos.

BERTA

Él se alegrará de verte.

ESCENA IV

BERTA y DIEGO

(En el momento en que BERTA, precedida de CONCHA y de ÁLVARO MIGUEL, va a entrar en busca de RAMIRO, aparece DIEGO por la puerta del fondo, de cuyo dintel no pasa en toda la escena.—Es éste un diálogo de inquietud, de sobresalto, de quienes temen ser sorprendidos y están refrenando sus palabras y sus sentimientos)

DIEGO

Berta...

BERTA

¡Ah! ¿Es usted, Diego...? Sigan. Voy en seguida.
(Retrocede y va hacia donde está DIEGO)

Íbamos a buscar a Ramiro.

(Con marcado temor y recelo)

¿Qué quieres?

DIEGO

Nada, absolutamente nada. Anunciarte que me marcho.

BERTA

¿Que te vas?

DIEGO

Hoy mismo.

BERTA

¿Lo abandonas?

DIEGO

(Con acritud y amarga ironía)

No pretenderás que continúe presenciando por más tiempo vuestro idilio. ¡Tu nueva luna de miel!

BERTA

No seas cruel. No me hables así.

DIEGO

En el tiempo que llevamos aquí no has tenido un solo momento para mí, una sola palabra. Todas tus caricias, todas tus ternezas han sido para él.

BERTA

Es mi reivindicación.

DIEGO

Y mi tormento.

BERTA

Piensa que es el enfermo.

DIEGO

Todo eso está bien, pero yo necesito que me oigas.

BERTA

Mientras permanezcamos en esta casa, deja que me entregue a él por completo.

DIEGO

¿Para qué me has traído, entonces?

BERTA

Para que lo cures.

DIEGO

¿Es decir, que aquí sólo soy el médico?

BERTA

Más aún: el salvador.

DIEGO

No, Berta, no me entiendes; es que yo sufro también; tu indiferencia, tu alejamiento no me dejan vivir. Es mejor que me vaya.

BERTA

¡No! Es cuando más necesito de tu auxilio.

DIEGO

Y yo de tu amor.

BERTA

No hablemos de eso. Esta casa pesa de tal modo en mi conciencia, que no me deja acercar a ti como yo quisiera.

DIEGO

Necesitamos hablar. ¡Tengo tantas cosas que decirte!

BERTA

Ahora no, van a venir; le fueron a traer.

DIEGO

¿Cuándo, entonces? Dime.

BERTA

Temo que alguien pueda sospechar...

DIEGO

¡Cómo has cambiado!

BERTA

Piensa que lo mataríamos, si nos sorprendiera.

DIEGO

Algo ha pasado por tu alma, Berta.

BERTA

Sí, Diego, una luz; pero ya tú la apagaste... ¡Te quiero!

DIEGO

¿Hablaresmos?

BERTA

Sí, yo te lo prometo; pero no lo abandones.

DIEGO

Me quedaré mientras tengas una mirada para mí.

BERTA

Ahora, vete.

DIEGO

Voy a mi cuarto. Hasta luego. Hasta siempre.

*(Le besa las manos apasionadamente y se aleja
satisfecho y enamorado)*

BERTA

Ven a tomar el té.

DIEGO
(Desde dentro)

Sí.

BERTA
(Queda vacilante y pensativa, sumida
en hondo recogimiento espiritual)

¡Hasta siempre!

ESCENA V

BERTA y ANTONIA

ANTONIA

Esto no marcha. Yo esperaba curarlo aquí, en la vieja casa de los padres, pero no mejora.

BERTA

No seas pesimista, se va reponiendo; no puede cambiar de un día a otro.

ANTONIA

Donde hay tristeza no hay mejoría, y yo no lo he visto reír todavía. Me he adelantado para dar claridad al salón. ¡Qué día tan hermoso! El sol brilla en las plantas y el niño está sin luz, atribulado.

BERTA

No me atribules tú a mí también. ¿Has preparado el té?

ANTONIA

Ahora lo subiré, y no se aflija usted con mis impertinencias. Achaques de vieja.

BERTA

No, cariño de madre. Tú lo quieres como a un hijo. Lo curaremos. Alegra esa cara.

ANTONIA

Ya estoy más contenta... Vuelvo, vuelvo en seguida.

(Sale secándose las lágrimas que apuntan a sus ojos)

ESCENA VI

BERTA, LA HERMANA CONSOLACIÓN, CONCHA,
RAMIRO y ÁLVARO MIGUEL

RAMIRO

(Apoyado en el brazo de ÁLVARO MIGUEL y como si continuara su conversación con CONCHA ARMIÑO)

Veo que no se olvidan en el pueblo de mí.

ÁLVARO MIGUEL

Te quieren de veras.

RAMIRO
(A BERTA)

¿Con quién hablabas?

BERTA

Con Diego.

RAMIRO

¿Por qué se ha ido?

BERTA

Creo que fue a mudarse. Vuelve en seguida.

(Cambiando la conversación)

Todos están contentos con tu mejoría.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Constantemente vienen a interesarse por su salud.

ÁLVARO MIGUEL

En el casino colocan un parte diario dando cuenta a los socios de tu estado.

CONCHA

Es una deferencia que tienen con su antiguo presidente.

RAMIRO

Lo fui poco tiempo.

CONCHA

El necesario para organizar los bailes más lucidos que se han dado en el pueblo.

RAMIRO

Fue aquélla una época de mucha animación. ¡Cómo nos divertíamos! ¿Recuerdas, Álvaro Miguel?

ÁLVARO MIGUEL

Esos tiempos no se olvidan, sólo que ya resultamos viejos con nuestros treinta años. Nuestros valeses y nuestros rigodones ceremoniosos resultan antiguallas.

CONCHA

Ahora son otros bailes y otros primores, en los que las parejas muy juntitas hacen toda clase de monadas.

BERTA

Es lo moderno, lo *chic*.

ÁLVARO MIGUEL

La galante invitación, la frase cortesana con que solicitábamos el honor de bailar con una chica ya no cuentan. A nuevos tiempos nuevos modos.

(*Entra ANTONIA con el servicio de té*)

ANTONIA

El té, señorita.

BERTA

Coloca la bandeja en la mesa y pasa aviso al médico, que está en su cuarto.

RAMIRO

En nuestro país la renovación ha comenzado por el baile. A los pollos bien corresponden todos los honores de este movimiento.

ÁLVARO MIGUEL

La revolución desde arriba.

BERTA

(Sirviendo el té)

¿Solo o con leche?

CONCHA

Un poco, así; basta. Dos terrones nada más; no soy muy golosa.

BERTA

A usted como siempre, ¿verdad, hermana?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

No se moleste, yo misma me serviré.

BERTA

Acérquese, Álvaro Miguel. La mantequilla es de la casa, fresca, recién hecha.

ÁLVARO MIGUEL

Riquísima.

BERTA

Para ti, Ramiro, sólo un poco de té. ¿Más azúcar?

ESCENA VII

(*Dichos y DIEGO*)

DIEGO

¿Queda una taza para mí?

BERTA

Aquí está esperándole.

RAMIRO

¿Trabajabas?

DIEGO

Leía un poco, por no perder la costumbre.

CONCHA

«El Eco de la Montaña», nuestro periódico, publica un artículo en términos muy cordiales y afectuosos, dándoles la bienvenida. ¿Lo habéis visto?

BERTA

No, no lo hemos leído. Mándamelo.

RAMIRO

De seguro que no será ajeno a ello el poeta.

CONCHA

Tan pronto llegue a casa lo enviaré. Está escrito con mucho cariño.

BERTA

¿No se sirve de este dulce, Diego? Es confección casera.

DIEGO

Sí, un poco.

BERTA

¿Tostadas?

DIEGO

También, tienen buena cara.

BERTA

Otra taza, hermana; usted siempre toma dos.

RAMIRO

Después que se podó la enredadera está el salón más alegre.

DIEGO

Entra el sol; antes se quedaba prisionero en la madre selva.

BERTA

Los pájaros no me dejaron dormir la mañana: estuvieron cantando desde que amaneció.

RAMIRO

Hay centenares.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

El alero está lleno de nidos; es una gloria ver llegar a los padres con la comida.

BERTA

Hoy hacían algunos su primer vuelo; un gorrión vino a caer a mis pies, lo coloqué en el rosal de nieve y allí se quedó cansadito, como si durmiera.

ESCENA VIII

(*Dichos, ROSAURA y ELISA, anunciadas por ANTONIA*)

ROSAURA

¡Qué agradable encuentro! ¡Aquí están todos, hasta Concha, a quien no se ve nunca!

ÁLVARO MIGUEL

El ruiseñor y la alondra, los que faltaban.

ELISA

Hija, qué cara te vendes.

CONCHA

Ya sabes que salgo poco.

ROSAURA

Veníamos a traerles un palco para la velada; esperamos que Berta nos honrará con su asistencia.

BERTA

De noche no me separo de Ramiro, pero lo tomaremos para contribuir con algo. ¿Os sirvo una taza de té?

ROSAURA

Gracias, acabamos de merendar.

ELISA

Nosotras que habíamos asegurado que tú vendrías.

BERTA

Siento no complacerles; discúlpenme.

ELISA

Álvaro Miguel ya nos dio sus versos. ¡Qué bonitos son!

ROSAURA

Parece mentira que una persona a quien vemos todos los días escriba cosas tan bellas.

ÁLVARO MIGUEL

He cambiado de pensar y no serán esos los que lea. Leeré una composición titulada *En elogio de sus manos*.

ROSAURA

¡Ah, no! Aquellos versos tan hermosos, de ningún modo.

ELISA

Serán la nota más tierna de la velada.

ROSAURA

Ayer, en junta, los leyó Rosario Soler, que es una

admirable lectora, y nos hizo llorar a todas. ¡Qué sentimiento, qué poesía!

BERTA

Ya nos los recitará.

ÁLVARO MIGUEL

No valen nada. Sentimentalismos ridículos.

ELISA

La marquesa de Vega-Hermosa me decía conmovida: por un hombre así, que nos hace vibrar las más escondidas fibras, comprendo que se olvide una de su alcurnia.

CONCHA

Sea enhorabuena. Un gran partido. No pierda la oportunidad.

BERTA

Para un poeta, para un soñador como usted, la marquesa es el ideal.

CONCHA

Vieja, fea y rica. ¡Un porvenir!

RAMIRO

Los poetas lo idealizan todo, y la marquesa, idealizada, está todavía aceptable.

ÁLVARO MIGUEL

En esa obra flaquea mi imaginación.

ROSAURA

Los hombres siempre tan materialistas.

BERTA

Hasta los poetas, Rosaura.

ROSAURA

Los poetas son falsos, hipócritas; hoy dicen que mueren de amor por unos ojos azules y mañana por unos ojos negros.

RAMIRO

Fuerza del consonante.

DIEGO

Culpemos de esa veleidad, no a los poetas, sino a la vida misma, que es tan mudable; eternidad y amor no riman bien, aunque otra cosa crean los enamorados.

RAMIRO

Es desconsoladora esta teoría tuya. Si el amor es verdad, si no es un espejismo de nuestras almas, es eterno, va más allá de la vida y más allá de la muerte.

CONCHA

No hay que matar la ilusión.

ÁLVARO MIGUEL

Con el alma vacía, la vida no tiene interés, hay que llenarla de algo, aunque sea de dolor.

DIEGO

Alguien dijo que desprenderse de una realidad no es nada, lo heroico es desprenderse de un sueño.

RAMIRO

Los que sueñan son felices.

CONCHA

(Despidiéndose)

Yo, Ramiro, guardaré mi sueño, aunque al pisar la calle ya me harán despertar. Volveré.

BERTA

Nos dejas tan pronto.

CONCHA

Que cuando vuelva esté completamente bueno.

RAMIRO

Gracias, Concha.

ELISA

Nos vamos contigo. La dichosa velada nos da mucho que hacer.

CONCHA

Adiós, Álvaro Miguel...

ÁLVARO MIGUEL

Salgo con ustedes. Hasta cada momento, Ramiro.

RAMIRO

Ven, ven mañana. Tenemos que hablar.

ÁLVARO MIGUEL

No faltaré nunca.

(A LA HERMANA CONSOLACIÓN, que en toda esta escena ha permanecido leyendo en su libro de oraciones)

Su bondad, hermana, me ha hecho levantar los ojos de la tierra.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Espere, espere siempre. ¡Los que se fueron también esperan!

ESCENA IX

BERTA, LA HERMANA CONSOLACIÓN,
RAMIRO y DIEGO

DIEGO

Es muy simpático vuestro amigo el poeta.

BERTA

Y muy bueno. A Ramiro lo quiere como a un hermano.

RAMIRO

Hemos pasado nuestra juventud juntos. Éramos los inseparables.

BERTA

En vísperas de casarse se le murió la novia, una chica encantadora.

RAMIRO

Fue ése un golpe terrible; esa pena la lleva en lo más puro de su alma.

BERTA

Un idilio roto.

DIEGO

Hoy he dado una vuelta por el pueblo. Es interesante.

RAMIRO

¿Te gusta?

DIEGO

Mucho. Con sus calles solitarias, con sus plazas románticas y sus templos cerrados, parece una ciudad dormida, una vieja ciudad que reposa de las pasadas fatigas en un sueño de siglos.

BERTA

La vega es muy bonita. Hay muchos jardines.

RAMIRO

Acompaña a Diego para que vea nuestro huerto. Enséñale el estanque de los cisnes y también el colmenar. Es muy curioso y seguramente te interesará. La hermana Consolación me hará compañía.

BERTA

¿Quiere usted venir, Diego?

DIEGO

Sí, con mucho gusto. Realmente es muy bello todo

esto. Para unos meses de descanso, tu casa solariega es un paraíso.

BERTA

Sin serpiente.

RAMIRO

Pero con manzanas.

BERTA

Y que son riquísimas, ya las comerán ustedes. Es una especialidad en todo el mayorazgo.

RAMIRO

No dejéis de ver el castaño. Es el patriarca, el abuelo.

BERTA

Volveremos en seguida. Hasta ahora. ¿Quieres tomar algo? ¿Tienes frío?

RAMIRO

No, estoy bien, ve tranquila. Adiós.

ESCENA X

RAMIRO y LA HERMANA CONSOLACIÓN

(Se hace un silencio pesado, angustioso, agorero. Uno de esos silencios llenos de presentimientos y de amarguras, como si las almas estuvieran alerta, en espera de que la fatalidad mate la dicha)

RAMIRO

Cuando no está aquí Berta, el salón parece volver a adquirir su vieja tristeza. Ella es la alegría, su presencia es para mi alma un rayo de sol.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Es muy buena. ¿Le quiere a usted tanto!

RAMIRO

¿Amor o compasión, hermana?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Amor. ¿Por qué esa duda?

RAMIRO

Tal vez sea lo mismo. Compadecer ya es amar.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Todo amor es compasivo.

RAMIRO

Ellos son la juventud, la vida, y yo, ¿qué soy yo...?
Ayúdeme, hermana; quiero ir a la ventana; verlos, con-
templarlos.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Volverán pronto.

RAMIRO

(*Con intención reconcentrada*)

¡Algo se ha ido ya que no vuelve!

LA HERMANA CONSOLACIÓN

No tardarán.

RAMIRO

Los enfermos podemos llegar hasta el fondo de
las almas y sorprender los secretos más ocultos.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

No se martirice con tan extrañas ideas. Recuerde
lo que recomienda siempre don Diego.

RAMIRO

Él quiere que no piense, que ahogue mis sospechas.

(*Ya en la ventana*)

Mírelos, hermana; qué buena pareja hacen. Van
muy interesados en la conversación. No reparan en

nada; han pasado por el viejo castaño sin mirarlo. ¿Qué hablarán? Ahora se han callado y este silencio está lleno de temores, como si temieran expresar lo que piensan.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Vamos; no continúe aquí, el aire no debe hacerle bien; vuelva a la butaca.

RAMIRO

No, hermana. El aire es tibio. Además, no puede usted imaginarse cuánto me alegra contemplarlos así, de lejos, cuando ellos se creen libres, solos... ¡Se miran largamente a los ojos! ¡Quieren sorprender sus pensamientos! Vacilan. ¿Por qué se estrechan las manos?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Venga, venga. Está nervioso; abandone la ventana. Créame, no le hace bien.

RAMIRO

La verdad siempre hace bien; la duda es la que nos muerde, nos desgarrar el corazón. Vea, hermana, ¡es la vida que se aleja!

(Les observa con dolorosa atención)

Van tan unidos, cogidos por la cintura; ella reclina la cabeza en el hombro de él y...

(Horrorizado al verles besarse, vuelve la vista)

LA HERMANA CONSOLACIÓN

¡Dios mío!

RAMIRO

(Reponiéndose lentamente)

¡También eso es la vida, hermana! ¡La verdad ya es mía!

(Arrastra su cuerpo enfermo. Es una asoladora tormenta espiritual.—Se hace la penumbra durante algún tiempo; es necesario para crear el clima apropiado. Después de esta larga pausa se reanuda la escena)

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Rece. Cuando tenemos una pena muy grande, sólo la oración nos consuela.

RAMIRO

(Exaltándose gradualmente hasta llegar a la desesperación)

No, hermana. Esto es preferible a la sospecha, a la incertidumbre, a la idea diabólica que se nos mete en

el alma, robándonos la paz, matándonos el sueño. ¡Ah, el maldito fantasma que nos dice en todos los momentos: tu mujer te engaña, los ojos donde tú crees contemplar toda la pureza han sido ensombrecidos por los besos de otro hombre!

LA HERMANA CONSOLACIÓN

¡Por Dios, cálmese, está muy excitado! Piense en los sufrimientos de Nuestro Señor; piense cómo lo es-carnecieron.

RAMIRO

¡Pero no lo deshonraron! No pasó por el dolor de amar a una mujer y ser engañado por ella.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Vea que sin darse cuenta está pecando. Pobre de mí que no tengo palabras para consolarle; mas este libro que voy a leerle tiene alivio para todos los sufrimientos del alma. Es la *Imitación de Cristo*.

RAMIRO

Lea, hermana...

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Oiga con fe, con mucha fe.

(Lee con voz empapada de evangélica unción)

«Habla, Señor, que tu siervo escucha.

»Conviene dejar un amado por otro amado. El amor de la criatura es engañoso y mudable; el amor de Jesús es fiel y duradero. El que se llega a la criatura caerá en lo caedizo; el que abraza a Jesús afirmará en Él para siempre. Cuando Jesús no habla dentro, vil es la consolación, mas si habla una sola palabra, gran consolación se siente».

RAMIRO

(*Interrumpiéndola*)

¿No dice nada el *Kempis* para consuelo de los maridos engañados, hermana?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Olvide, olvide y perdone, que Dios le compensará.

RAMIRO

Hay dolores que no tienen sino un alivio: la venganza.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

No, hermano: por sobre la venganza está el perdón. Las almas fuertes perdonan siempre y al perdonar se acercan a Dios.

RAMIRO

¡Jamás!

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Poco importa que se borren nuestras ilusiones más queridas, que aquello que creímos una verdad firme, eterna, se desvanezca, si más allá de la muerte está la verdad única, la verdad suprema.

RAMIRO

Ellos me creían ignorante de todo; el enfermo —pensarían— no tiene derecho a nada; ya que le damos la vida, bien podemos robarle su amor. ¡Ah, miserables, cobardes! ¿Por qué no me dejaron morir antes de ver esta infamia? Y pensar que la quería con toda mi alma, que sólo por ella, por su amor, anhelaba recobrar la juventud. ¡Si aún tuviera fuerzas, cómo les hubiera estrangulado, ahogando el beso maldito!

LA HERMANA CONSOLACIÓN

No piense más en ello; su estado requiere tranquilidad, reposo, y esa agitación pudiera ser peligrosa. Cuida por su vida.

RAMIRO

La que ellos me han dado; ¡no la quiero!

LA HERMANA CONSOLACIÓN

¿Quién sabe si sólo están unidos por un afecto puro, fraternal, sin mancha alguna?

RAMIRO

No, es un amor manchado por todos los apetitos, por todas las traiciones. Ellos son la vida, la juventud, nervios y sangre... y se buscaban, se buscaban hace tiempo, sin darse cuenta, tal vez, con ansia de intimidad, de posesión, sin poder acallar los gritos del deseo. No fue culpa de ellos, sino de la primavera, de esta primavera que germina en los árboles, en las almas y en la carne. Amor espiritual, divinamente espiritual, sólo es el nuestro, hermana, el de los enfermos y el de los que como usted todo lo esperan de Dios.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Amor callado, sordo, escondido en lo más íntimo de nuestro ser; amor del espíritu, sin deseos, sin pasiones, sacrificándose siempre, lleno de resignación, de tristeza y de ternura, porque quisiéramos consolar al que sufre y las palabras mueren antes de llegar a nuestros labios, tímidas, vergonzosas; triste porque queremos arrancar la espina que la traición clavó en el costado y nuestras manos no saben o no pueden. ¡Triste siempre, porque queremos ser buenas y no sabemos si este amor de nuestro espíritu ofende a Cristo, nuestro Esposo y Señor.

RAMIRO

¡Quién sabe si los dos equivocamos nuestro camino, hermana Consolación! No me olvide, rece por mí.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Hace tiempo que no le aparto en mis oraciones. ¡Es tan bueno rezar! Cuando tenemos una pena, rezando se nos queda el alma ligera, como si le quitásemos el peso de los malos pensamientos, de las malas intenciones.

RAMIRO

¡Hermana Consolación, hermana Consolación! ¡Cómo halaga y consuela su nombre y cómo fortalece mi ánimo el saber que entre los escombros de mi vida hay algo honrado y santo! Si no fuera usted, si no fuera por su piedad, sería ésta para mí hora de odio, de incredulidad, de desprecio. ¡Sólo usted, en este derrumbamiento de mis afectos, me reconcilia con Dios!

LA HERMANA CONSOLACIÓN

El Señor no lo abandonará. ¡Es usted tan bueno!

RAMIRO

Para usted, sí; para los demás soy un deshonorado. ¿Un deshonorado? ¡No! Les devuelvo lo que me han dado y en paz.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Cálmese, cálmese.

RAMIRO

Y a mí, hermana, ¿quién me devuelve lo que me han robado?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

El Altísimo. Nuestro Padre repara toda injusticia.

RAMIRO

¡Dios, Dios! Pues a buscarle iré.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Él está en todas partes.

RAMIRO

Sólo en la muerte le vemos la cara.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Termine con esas inquietudes; busque refugio para sus sufrimientos, no en la vida exterior, sino en el espíritu, en el tabernáculo de que nos habla el *Kempis*.

RAMIRO

En la nueva vida.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Tranquilícese, tranquilícese.

RAMIRO

Estoy tranquilo, más tranquilo y más sereno que nunca. Ahora ya puedo morir sin que la duda me estruje el corazón. No podrá comprender usted nunca los sufrimientos de estos últimos días, las mil vacilaciones en que mi alma, sedienta de la verdad, se abismaba. Yo no tenía una prueba clara, y, sin embargo, presentía el engaño, la traición que Berta ocultaba bajo su ternura, como si quisiera redimirse prodigándome las más apasionadas caricias; pero sus caricias dejaban en todo mi ser, en esta carne enferma, un dolor punzante, encendido. Los enfermos escudriñamos las ideas que aún no han tomado cuerpo. Yo les he adivinado esta pasión y he visto en sus conciencias las inquietudes de su amor. ¡Yo puedo aún separarlos!

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Siempre esos pensamientos.

RAMIRO

Desde hoy quedará abierto entre ellos un abismo. No se besarán más; yo lo impediré.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Tal vez le convenga descansar. Vamos adentro.

RAMIRO

No. Les espero aquí.

(Un acceso de tos le deja rendido, casi extenuado)

LA HERMANA CONSOLACIÓN

La tos, la tos otra vez... ¡Yo no sé qué hacer, Dios mío!

RAMIRO

Estoy mejor que nunca. No se asuste, hermana: Diego me curará. Ya lo habéis oído: él me dará la vida. ¡La vida! Si me da la vida, ¿de qué me quejo? ¡El honor! Palabra hueca, vacía. Si no tengo fuerzas para matar, ¿cómo puedo defenderlo?

LA HERMANA CONSOLACIÓN

Pensando en la venganza. Sobrepóngase a ese mal impulso.

RAMIRO

¡Vengarme! ¿De quién? ¿De los que me han dado la vida, de los que sólo han pensado en salvarme? Deuda de gratitud era la mía y ellos la han saldado a cuenta de mi amor. Los restos de mi honor, hermana Consolación, sirven para pagar las cuentas del último Buitrago.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

¡Ya llegan! Por Dios, serénese, serénese y... perdone, perdone siempre, piense en Cristo Nuestro Señor, que murió amando y perdonando a sus enemigos. El verdadero honor es saber perdonar.

RAMIRO

Gracias, hermana. ¡Qué buena es usted! Dios le premie todo el bien que me hace. Y por mí no se detenga más, vaya a hacer sus oraciones de la tarde, pídale al Señor que no me deje caer. Y ahora, hermana, deme el crucifijo.

*(Besa con emoción religiosa el crucifijo
que le presenta la hermana)*

¡Padre mío, que estás en los cielos, perdóname, perdóname!

LA HERMANA CONSOLACIÓN

¡Piedad para todos, Señor!

ESCENA XI

RAMIRO y BERTA

RAMIRO

Con cuánta impaciencia te esperaba; temí que no volvieras.

BERTA

Ya me tienes aquí. Todas estas flores las he cogido para ti, para mi enfermo. Es tu primavera.

RAMIRO

(Abraza el manojo de flores con voluptuosidad y nostálgico sentimiento)

Mi primavera. ¡Primavera muerta!

BERTA

Mira qué rosa tan bonita, es del rosal que está en el cenador. Voy a ponerlas en este jarro. Los claveles en este vaso. ¡Cómo alegran las flores!

RAMIRO

Ven, Berta.

BERTA

Espera, voy en seguida... Aquí me tienes.

RAMIRO

Acércate, junto a mí.

BERTA

A tu lado, a tu lado siempre.

RAMIRO

¡Siempre! Abre los ojos y mírame. ¡Cómo mienten!

BERTA

¡Ramiro!

RAMIRO

No, amor mío, si tus ojos tan serenos, tan quietos son todo candor, inocencia...

(Le coge la cabeza, y con ansia, con avidez de llegar hasta la conciencia, le mira fija y escrutadoramente a los ojos)

Mírame así. Ni una sombra, ni una mancha; luz y pudor. ¡Cómo acarician tus ojos! No los entornes, no los pongas en el suelo. ¡Qué bellos y qué serenos! Y sin embargo en el fondo se ve el engaño y, más allá, ¡la deshonra!

BERTA

¡Por Dios, Ramiro, vuelve en ti!

RAMIRO

(Con un gesto de doliente ironía)

¡Qué inocente, qué cándida es mi mujer! ¡Ni la sombra de un mal pensamiento oscurece su mirada!

(Le echa las manos al cuello, que débiles, sin fuerzas, intentan en vano ahogarla)

BERTA

Me haces daño.

RAMIRO

(Dejando caer desalentado las manos)

¡Ni para eso sirven!

ESCENA XII

(*Dichos y DIEGO*)

DIEGO

Eres un insensato, Ramiro, ¿qué haces? Esa ridícula agitación es peligrosísima para la herida.

RAMIRO

¡Ah, eres tú, mi amigo, mi salvador! Acércate, acércate también. Aún te preocupas de mi vida, de esta piltrafa de vida que me has dado. ¡Qué generoso y qué noble eres!

DIEGO

¿Qué has hecho?

RAMIRO

Apoderarme de la verdad.

DIEGO

¿De qué verdad? ¡Estás loco! La fiebre te hace delirar.

RAMIRO

Os han visto mis ojos, estos ojos que pronto pudrirán la tierra, y lo negáis. ¡Infames!

BERTA

¡Ramiro, Ramiro! No me rechaces; soy culpable, pero te quiero con todas mis fuerzas.

RAMIRO

¡Miserable!

BERTA

¡Mátame, mátame!

RAMIRO

¡No ves que no puedo, mujer! Si estas manos tuvieran fuerzas... Pero si no tienen fuerzas para matarte, para matarlo, tienen para devolveros lo que me habéis dado, lo que no quiero por venir de vosotros: esta vida que habéis deshonrado. ¡Cobardes! ¿Por qué no me dejasteis morir? ¿Qué mal os hice para condenarme a presenciar mi propio dolor? Y pensar que yo, mujer, te adoraba como a un dios, que eras mi único amor, la única alegría de mi alma. Y me has burlado, me has robado lo que hubiera defendido con toda mi sangre. ¡Cómo te desprecio! ¡Cuántas veces me habrás tendido tus brazos cansados de estrechar al canalla, al ladrón que no tiene valor ni para defenderte!

DIEGO

Termina de una vez. Si la rechazas, en mí encontrará quien la ampare y quien la defienda.

RAMIRO

¿Y quién la ame?

DIEGO

¡Basta!

RAMIRO

¡No, no! No os volveréis a unir, no os volveréis a besar. Yo lo impediré. Entre vosotros abriré un abismo. Es mi venganza. ¡Mi castigo!

BERTA

¿Qué dices, Ramiro, esposo mío?

RAMIRO

Aléjate, aparta; ¡yete con él si puedes! Pero antes espera, os quiero devolver lo que me habéis dado. Sería una indignidad conservar nada de vosotros. ¡Tomad, tomad!

(Se desabrocha y se arranca frenético, crispado por el dolor, las vendas de la herida)

Me habéis dado la vida, os la devuelvo. ¡Duele! ¡Mejor! Es necesario romper la carne... ¡Ya está! Para eso sirven todavía estas manos.

BERTA

Sálvale, Diego, sálvale.

DIEGO

(Acercándose para socorrerle)

La hemorragia; imposible.

RAMIRO

No os acerquéis. Es lo que me habéis dado. La vida. Os la devuelvo... ¡No la quiero!

BERTA

(En un grito desgarrado y dolorido)

¡Hermana! ¡Se muere, lo he matado yo, yo!

ESCENA XIII

(Dichos, y LA HERMANA CONSOLACIÓN)

LA HERMANA CONSOLACIÓN

¡Dios mío!

RAMIRO

Ya no les debo nada, hermana.

LA HERMANA CONSOLACIÓN

¿Qué ha hecho usted?

RAMIRO

Devolverles lo que me dieron... Ellos no pueden devolverme lo que me robaron.

BERTA

Ven, Diego, sálvate, sálvate, aún está vivo.

DIEGO

¡Imposible; no hay remedio!

BERTA

Aparta entonces. ¡Vete! ¡Vete!

(Desesperanzada ya, tiene un arranque de suprema energía y rechaza a DIEGO, que se aleja silencioso, apesadumbrado)

RAMIRO

Hermana, haga que Antonia plante un naranjo en el huerto. ¡El último naranjo de los Buitrago! Mi muerte los separa. ¡El abismo... el abismo!

(Muere)

(BERTA, transida de dolor, cae de rodillas junto al cadáver de su marido. Las más ardientes y sentidas lágrimas la redimen de su pecado en esta hora de desolación y arrepentimiento)

LA HERMANA CONSOLACIÓN

«Parte alma cristiana de este mundo, ya que esta es la voluntad de Dios, y goza de la eterna bienaventuranza, ¡oh, alma!»

TELÓN

**En memoria de José Tallaví, el
gran actor, por quien y para quien
se escribió «El Abismo».**

D. C. C.

ÍNDICE

LA MUJER DORMIDA	9
EL AMOR EN MARCHA	149
EL ABISMO	175

BIBL.UNIV.-LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



485124

BIG 860-2 CAB tea

